

DA
100



OCIOS
POETICOS



PG7 276

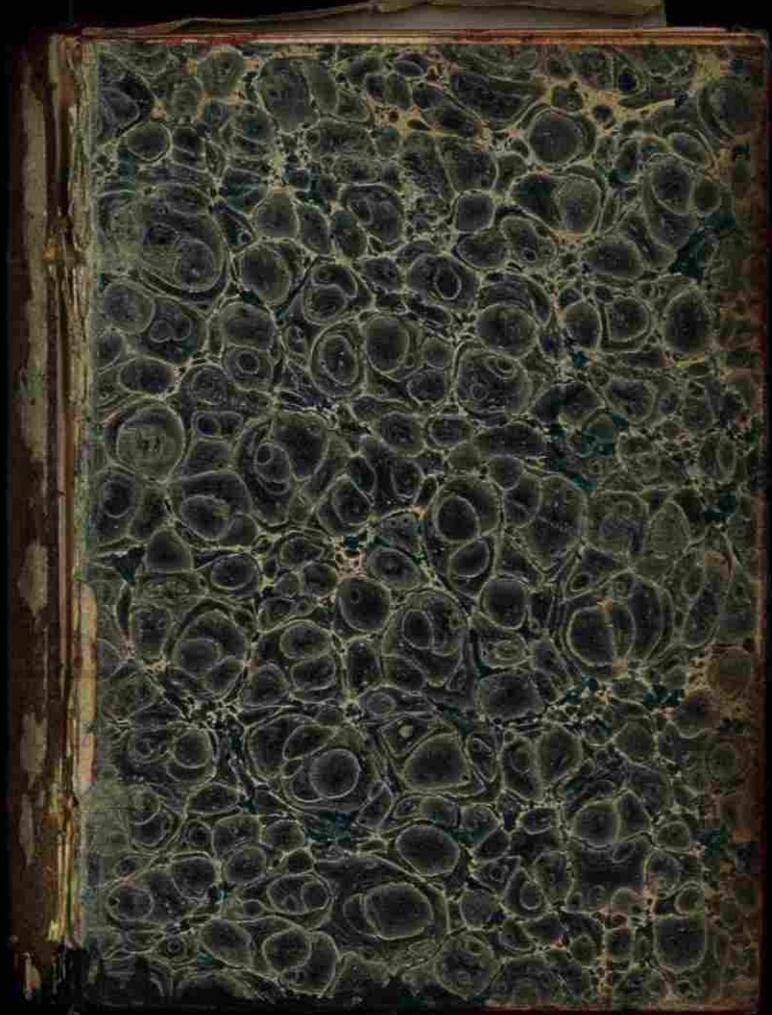
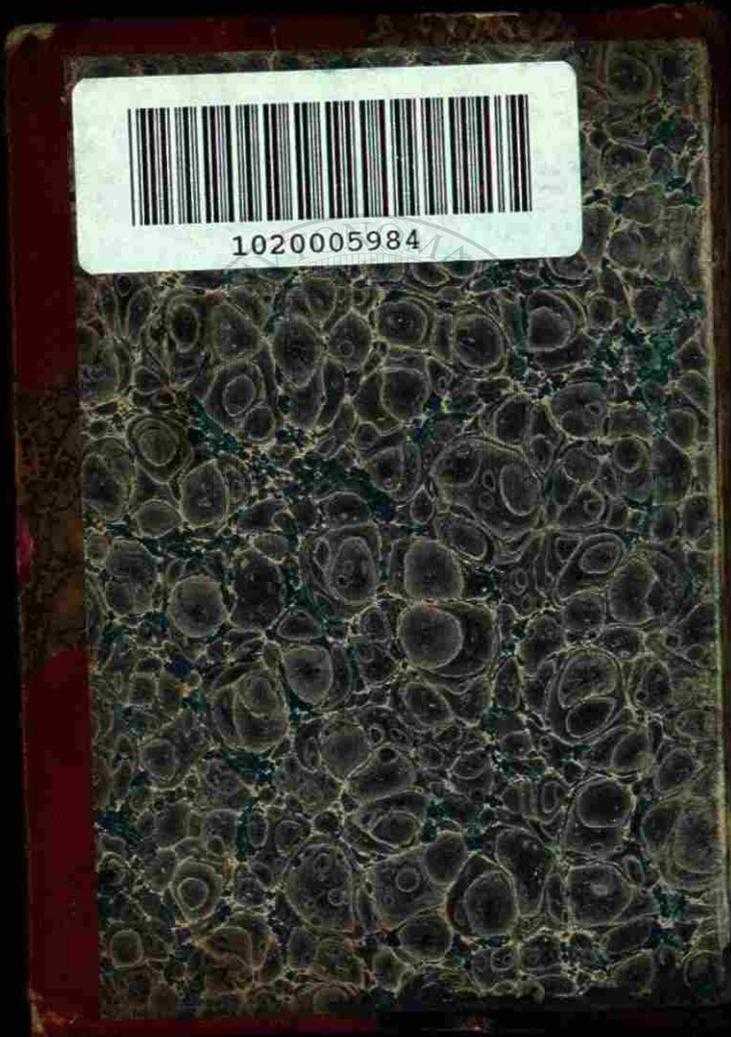
A22

03

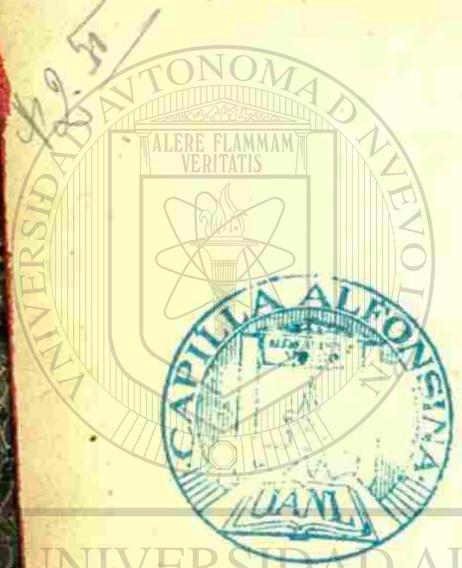
104031



1020005984



R. u



Obsequio de
 El Autor
 "

OCIOS POETICOS

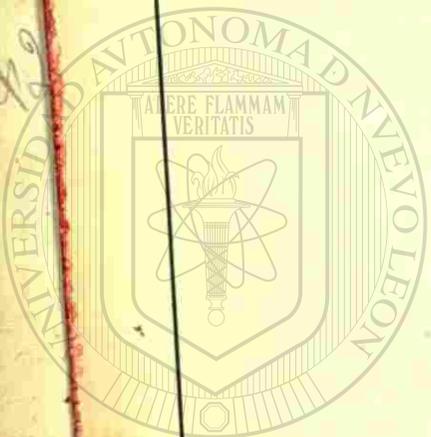
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

104631

100



OCIOS POETICOS

DE

IPANDRO ACAICO



MEXICO

IMP. DE I. ESCALANTE, BAJOS S. AGUSTIN, 1.

1878

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7276

A22

03

EDICION

DE DOSCIENTOS EJEMPLARES NUMERADOS.

Ejemplar Núm. 70.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VALLERO, FOT.

A
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
GRACIA SORABAJERO
LA FERIA DEL LIBRO
DESPUES DE UN NOMBRAMIENTO DEL UNO VANECH
SU SOCIO CORRESPONDIENTE
EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OFRECE AGRADECIDO

LA PRIMERA PRODUCCION

DESPUES DE UN NOMBRAMIENTO QUE LO ENVANECE

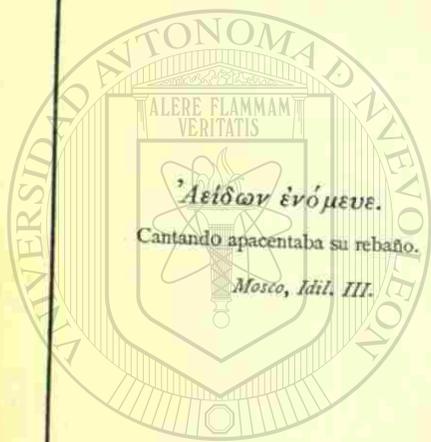
SU SOCIO CORRESPONDIENTE

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PREFACIO

Presento á mis amigos y al público la colección de mis versos, dividida en cuatro libros, que quizá con el tiempo se aumentarán. Forman el primero cien sonetos, de los cuales diez fueron escritos antes de los veinte años; el resto después de los treinta y cinco. Llena el segundo libro una epístola moral, obra ya de la edad

PREFACIO

madura; y en el tercero aparece un pequeño poema heroico, que tracé á los diez y nueve años. En el libro cuarto doy á luz una serie de odas, himnos y canciones, cuyos títulos, asuntos y estilo, revelan que son producciones de un estudiante. Todas, en efecto, salvo una que otra, fueron dictadas durante mi vida de universidad, y por exigencias del momento; tales como la primera misa de un compañero, la consagración ó partida de un Prelado, una visita del Padre Santo, una canonización, ú otras semejantes. Me quedan inéditos muchos ensayos en inglés y en latin, y uno que otro juguete en italiano y en francés, que no merecen ver la luz pública. En castellano casi nada me resta sin publicar, que sea digno de leerse. Ocupado desde niño en estudios serios y en el extranjero; encerrado muy jóven en austero seminario, y ordenado sacerdote á los veintidos años, ni tiem-

PREFACIO

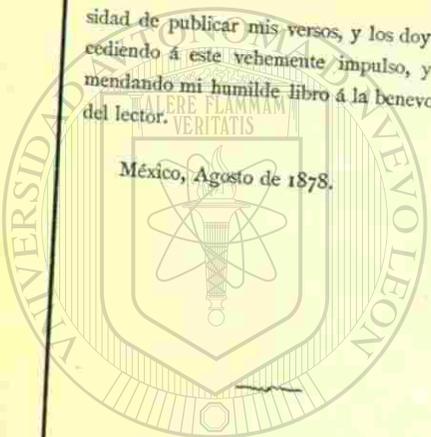
po tuve, ni inclinacion, para componer versos de un género ligero; y si faltan en la presente coleccion, es porque nunca salieron de mi pluma.

Aunque ni me avergüenzo de cultivar la poesía, ni creo que desdore á un hombre el ser poeta, cualesquiera que sean su posición y su dignidad, llamo á mis coplas *Ocios Poeticos*, porque son en realidad fruto de aquellos ratos de ocio que no es posible llenar de otra manera. Quien como yo carece habitualmente de sociedad, ¿con qué puede mejor distraerse en las horas de soledad y de aislamiento, que con los ecos de su lira? *Canto*, pues, *apacientando mi rebaño*, del mismo modo que en el colegio cantaba cuando ocupaciones más graves no me lo impedían ó mis superiores me mandaban cantar. *Canto*; y como al que canta no basta escucharse á sí mismo, siento una especie de nece-

PREFACIO

sidad de publicar mis versos, y los doy á luz,
cediendo á este vehemente impulso, y reco-
mendando mi humilde libro á la benevolencia
del lector.

México, Agosto de 1878.



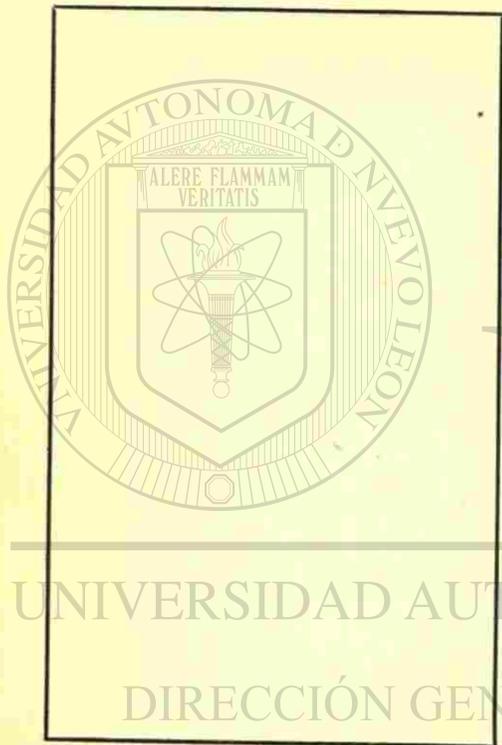
LIBRO PRIMERO

SONETOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FLORECILLAS
DEL
BREVIARIO ROMANO

DEDICADAS AL ILMO. SR. DR.
DON FRANCISCO DE P. VEREA,
Dignísimo Obispo de Linares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

FLOR PRIMERA

SANTA INES VIRGEN Y MARTIR.

I

INES A SU AMANTE.

¡Apártate veloz de mi camino,
Manjar de muerte! que amador más bello
Con margaritas circundó mi cuello
Y há tiempo en mis afectos te previno.

Con diadema de piedras y oro fino
Grato cifó mi virginal cabello:
Marcó mi frente con eterno sello
A su amor enlazando mi destino.

Puso en mi dedo anillo relumbrante
Que fiel ostento; y túnica preciosa
De plata me donó, pura y brillante.

De amor por Él mi corazón rebosa:
¡Léjos de mí! De tan glorioso amante
La prometida soy y casta esposa.

II

II
INES AL PREFECTO.

Buscas en balde en la Romana Corte
Al rico Esposo cuyo amor me llaga;
Que ni fasto imperial mi pecho halaga,
Ni me deslumbra terrenal consorte.

En vano ¡oh Juez! tu arrebatado porte
Con degradarme ante mi Bien me amaga;
Porque doquiera Su dulzor me embriaga,
Y es mi dueño doquier, mi escudo y norte.

Admirán Sol y Luna la hermosura
Del augusto Señor, en quien coloco
Mi esperanza, mi gloria, mi ventura.

A Cristo reverencio, á Cristo invoco:
Yo lo amo, y al amarlo soy más pura:
Me abraza, y limpia soy cuando lo toco.

III

III
INES EN EL LUPANAR.

Arrastran á la tórtola inocente
Al torpe lupanar; y entre la ruda
Romana soldadesca, va desnuda
Con ojos bajos y tranquila frente.

Mas nadie puede su mirada ardiente
En la virgen cebar; porque la escuda
Del Angel tutelar la espada aguda,
Y á su esposa el Señor viste clemente.

Y desde el hombro hasta la breve planta
Baja veloz la densa cabellera,
Y cubre la beldad que á Roma encanta.

Y en vez de los deleites de Citera,
Halla el procaz que osado se adelanta
Sempiterno baldon y muerte fiera.

INES EN LA HOGUERA.

¡Omnipotente Padre á quien adoro!
Mi amor recibe y gratitud profunda:
Limpia salí de la mansion inmunda,
Cual sale del crisol más fino el oro.

Yo te bendigo ¡oh Cristo! Mi decoro
Salvaste de la turba furibunda;
Y en la llama voraz que me circunda,
Merced á tu poder, ilesa moro.

De mi veste nupcial bajo los pliegues
Late mi pecho; y, encendido el cirio,
Aguardo ansiosa que á mi puerta llegues.

De virgen me donaste el almo lirio,
¡Esposo Celestial! ¡Oh! No me niegues
La suspirada palma del martirio.

FLOR SEGUNDA

SAN LORENZO MARTIR.

I

EL DIACONO Y EL PONTIFICE.

¡Oh santo Sacerdote! ¿A dó caminas
Sin tu Diácono fiel? El sacrificio
No sueles ofrecer sin mi servicio:
¿Por qué al morir ¡oh Padre! me abominas?

¿Hijo tuyo no soy? ¿De las divinas
Aras me aleja indignidad ó vicio?
A tu ministro prueba en el suplicio:
De Cristo ve si olvido las doctrinas.

—¡Hijo! No te abandono. A tí mayores
Combates guarda el Cielo soberano:
A tu viejo Pastor, ménos dolores.

Tú seguirás, triunfante del tirano,
De la tercer mañana á los albores,
Jóven Levita, al Sacerdote anciano.

EL MARTIR Y EL TIRANO.

De oro vestido y purpurina estofa,
Mientras arde Lorenzo en la parrilla,
El tirano feroz desde alta silla
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,
La frente del Levita no se humilla
Y al vil perseguidor así apostrofa:

“Pónme en el plato ya, que bien asado
Está mi cuerpo: de tu trono baja,
Y cébate en manjar tan delicado.

“No espere tu codicia otra ventaja:
De la Iglesia el tesoro han colocado
Mendigos mil en la celeste Caja.”

FLOR TERCERA

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR.

I

LA HECHICERA AL AMANTE.

Conquistar á la virgen es delirio
Que para esposa tu poder reserva;
Ni Griego filtro, ni Trinacria yerba
Domarla pueden, ni veneno Asirio.

No sé qué talisman ú oculto lirio
(Así lo llama) con afán conserva,
Que mis virtudes mágicas enerva:

No sé qué palma busca de *martirio*.
Fué vano de mis hijas el ejemplo;
Fué vana la mansion de largos meses
De la Diva Citéres en el Templo.

Si no quieres sufrir nuevos revests,
Mejor es que la asustes (yo contemplo)
Del verdugo y lictor con los amests.

LA VIRGEN AL PRETOR.

Vanos serán tus filtros y pociones
 Para la que ama á Dios, tierna doncella:
 Contra una virgen tu poder se estrella,
 No temo tus tormentos ni prisiones.

Si me arrojas á tigres y leones,
 Mansas las fieras seguirán mi huella:
 No harán las llamas en su cuerpo mella
 Si en hoguera voraz á Agueda pones.

Amante soy del cándido Cordero
 Que entre azucenas de sin par blancura
 Pace tan solo, en el celeste Otero.

Tu Céres odio y tu Ciprina impura;
 Ni de tu Vesta mancillarme quiero,
 ¡Quinciano! con la mística impostura.

LA MARTIR Y EL APOSTOL.

¿Quién eres tú, que el lacerado seno
 Que verdugo feroz, dando al olvido
 El materno alimento, me ha partido,
 Vinistes á curar, de encantos lleno?

A carnal medicina siempre ajeno
 Fué mi cándido cuerpo; y solo cuidó
 De no manchar mi virginal vestido
 Del mundo vil con el impuro cieno.

—No temas. Soy el Príncipe, hija mía,
 Del glorioso Apostólico Senado;
 Tus llagas á sanar Cristo me envía.

¡Bendice á tu Señor! Bien has luchado,
 La verde palma te dará otro día
 Que, atleta varonil, has conquistado.

ERUPCIÓN DEL ETNA.

La hora sonó. Del irritado Cielo
 La burlada clemencia al fin acaba:
 Voraz torrente de encendida lava
 Sobre Catania vierte el Mongibelo.

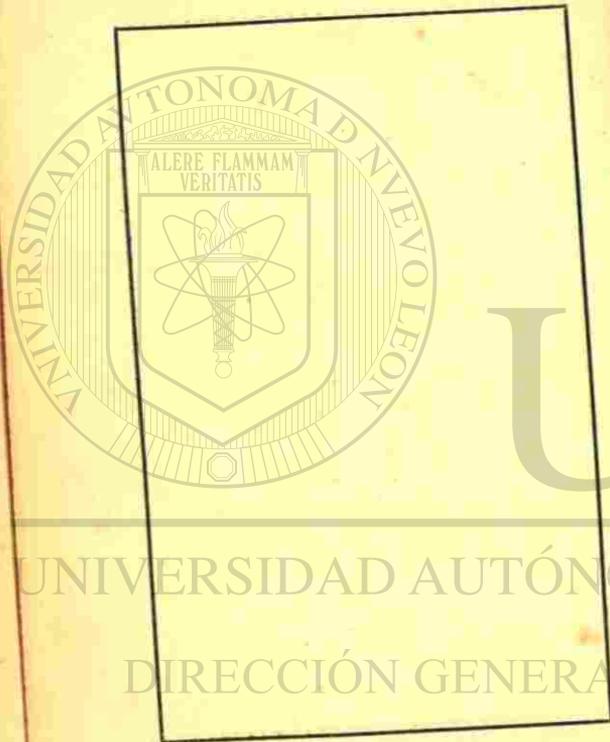
La misera Ciudad en hondo duelo
 A Dios invoca, á su Patrona alaba,
 Y, á guisa de pendon, piadosa clava
 En el alto volcan de Agueda el velo.

A su contacto el Etna se estremece;
 En lánguido suspiro el trueno muda,
 Y su candente falda reverdece.

¡Oh Siciliana Virgen! A tí acuda
 El cuitado mortal. Seguro ofrece
 Remedio al pecador tu santa ayuda.

EPIGRAMAS

GRIEGOS



AMOR CORONADO.

De Mariano Estolástico.

¿Dónde has dejado tu arco, buen Cupido?
¿Dó tus alas están? ¿Dónde las flechas
Que al corazón del hombre van derechas
Y la antorcha que á mil ha consumido?

¿Has olvidado tu carcax en Gnido?
¿Bajo nuevo disfraz por qué me acechas
Y tres coronas en la mano estrechas
Mientras otra tu sien ha circuido?

— No soy hijo de Vénus, ni me llamo
Cupido. Soy Amor que al Cielo guía:
Las almas puras con mi fuego inflamo.

Cuatro virtudes á la frente mía
Tejen coronas. Hoy el áureo ramo
Cifo de la inmortal Sabiduría.

A AMOR DORMIDO.

VALERE FLAMMAM
VERITATEM
De Estalio Flaco.

Duermes ¡oh niño! que al mortal despierto
Penas y angustias implacable infieres;
Duermes ¡funesta prole de Citéres!
Entre las flores del Idalio huerto.

Duermes, no hay duda: desarmado y yerto
Te miro y sin carcax; pero Amor eres.
Con tu punzante dardo ya no hieres,
Y hasta la antorecha que te falta advierto.

¡Otros se engañen viéndote dormido!
Mi vigilancia tu sopor no quita,
Rapaz soberbio de la infausta Gnido.

Maléfica vision quizá te agita
Y alguna trama, digna de Cupido,
Aun entre sueños tu ánimo medita.

DE ANTIPATRO SIDONIO.

Plátano seco soy ¡oh caminante!
Mira mi tronco deshojado y yerto
Por el follaje y pámpanos cubierto
Con que en redor me enlaza vid amante.

Mis propios ramos extendí arrogante;
Asombro fui del monte y del desierto:
Ni aunque prestada y nueva, es hoy por cierto
Mi veste ménos rica y abundante.

Sírvate de modelo mi ventura;
Y al enlazarte con humana esposa,
Busca virtud y amor, más que hermosura.

¡Feliz si tu consorte cariñosa
Te abriga fiel en la vejez madura
Y presta sombra á tu funérea losa!

IMITACION

ALERE FLAMMAM
VERITATIS De Zona Sardinio.

Dejad, blondas abejas, la colmena:
Líbad el néctar de exquisito aroma
Que entre las hojas del jazmín asoma,
Y la uva negra y la violeta llena.

Bebed de la amapola y la azucena
El dulce jugo, y la sabrosa goma
Que en redor nutre la cidonia poma,
Y el zumo que destila la verbena.

Tornad á vuestra plácida guarida
Y la cera labrad, para el servicio
Del santo Dios, que de vosotras cuida.

Arderá en su incruento sacrificio
Vuestra labor; pero alimento y vida
En recompensa ós doblará propicio.

A UNA ESTATUA DE DIDO.

La efigie ves de la infelice Dido,
De majestad radiante y de hermosura:
Bien representa el mármol mi figura;
Muy mal la historia mi ánimo ha fingido.

Ni á Eneas ví jamás, ni el fementido
Entró conmigo en la caverna oscura;
Ni me arrojó de Troya la captura
De Libia al litoral desconocido.

El himeneo y el odiado yugo
De Várbas por huir, vibré con saña
La espada, y de mí propia fui verdugo.
¡Oh Musas! ¿Contra mí de ira tamaña
Por qué al casto Virgilio armar os plugo
Que así mi nombre y mi pureza empañe?

LA NOBRIZA.

De Filipo de Tesalónica.

Tres bellos hijos regalé á Fileno,
Amante madre, y adorada esposa;
Y en breve tiempo ¡oh Cielos! triple fosa
Cavé á los frutos de mi casto seno.

Brindé mi pecho, aún turgente y lleno,
De otras entrañas á la prole hermosa,
Esperando que el hado más dichosa
Ser me dejara con el niño ajeno.

¡Con cuánto afán lo alimenté! ¡Con cuánto
Cariño lo velé! ¡Vana esperanza
Que acrece solo mi fatal quebranto!

Mio lo llamo apénas, cuando lanza
La Muerte el dardo fúnebre; y mi llanto
A otra madre infeliz también alcanza.

EPITAFIO DE UN PASTOR.

De Leonidas de Tarento.

¡Pastores que paeis en la colina
Blanco ganado de vellon vestido!
Un pequeño favor humilde os pido
Por la Tierra y la casta Proserpina.

Resuene, do mi cuerpo se reclina,
De los corderos vuestros el balido,
Y al desnudo peñon, zagal garrido
Venga á pulsar su fistula argentina.

Con las primeras flores mano hermosa
Bella guirnalda para mí entreteja
Y orne con ella mi funérea losa.

Regad con leche, al ordenar la oveja,
Mi tumba, en fin: sin recompensa honrosa
Jamás un muerto los favores deja.

EPITAFIO DE UN NAUFRAGO.

Del mismo.

Ay! No te lances á la mar de Atlante,
 Fiado en tu barco sólido y velero:
 Destruye con un soplo el Noto fiero
 La nave más robusta en un instante.

El que aquí yace, osado navegante,
 Víctima fué del huracan de Enero,
 Quedando sepultado el marinero
 En las ondas del piélago espumante.

Mas en el patrio suelo ya disfruta
 De alto sepulcro, y fúnebres honores
 La parentela triste le tributa.

Templó, por fin, la suerte sus rigores,
 Y su cadáver á la playa enjuta
 Arrojaron los vientos bramadores.

EL PAPAGAYO.

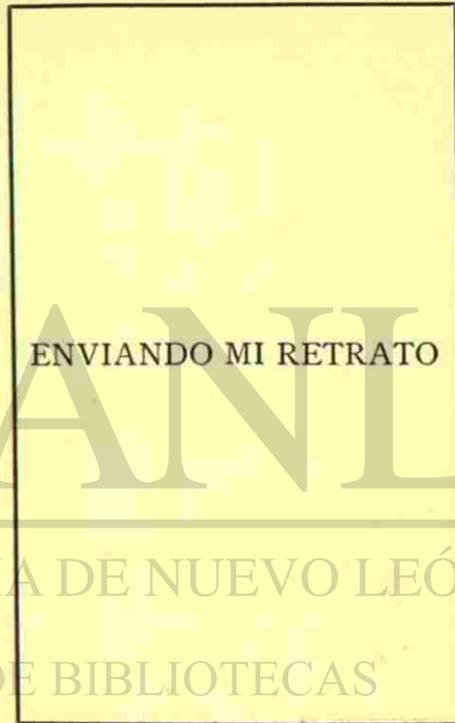
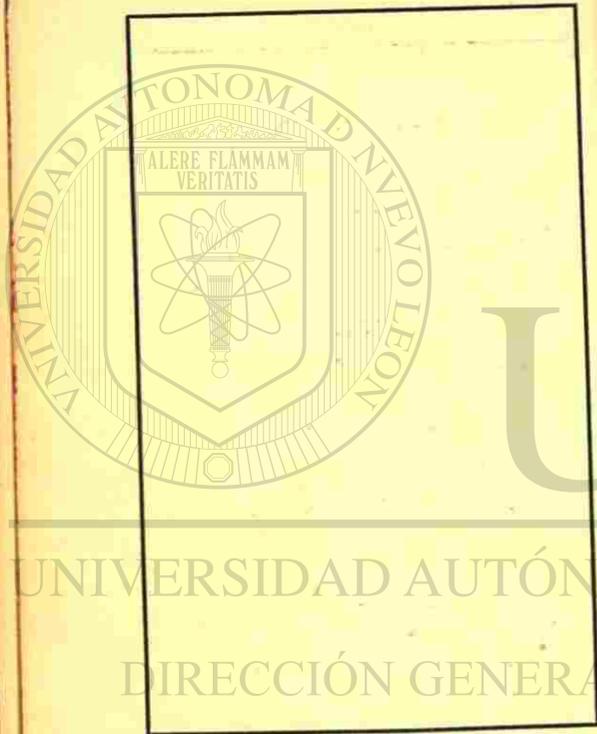
Imitacion.

Las rejas de oro y la feliz clausura
 Rompió á la par de jaula y de convento,
 Loro hablador de sin igual talento,
 Delicia y propiedad de virgen pura.

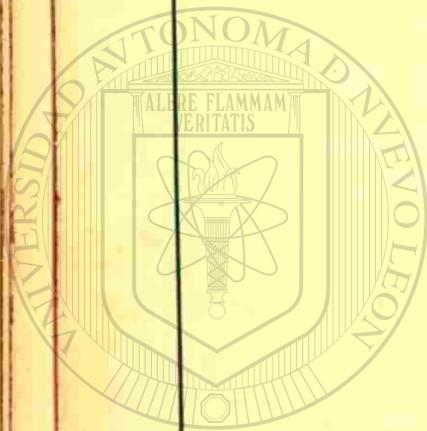
Y del nativo bosque en la espesura,
 Con fiel remedo del humano acento,
 En derredor atrajo ciento y ciento
 Papagayos de apuesta donosura.

En alto ramo de la selva umbría
 Empezó á modular con aire grave
 El saludo del Angel á María:

El verde coro repitió slave
 Del maestro las notas á porfía,
 Y hoy todos cantan de Gabriel el AVE.



ENVIANDO MI RETRATO



I

A UN POETA.

—
Esa que ostento, despejada frente,
Esa sonrisa y juvenil mirada,
Ocultan ¡ay! una alma acongojada
Y un corazón que el exterior desmiente.

La que en mi pecho brilla refulgente
Pequeña cruz, de piedras adornada,
Atórméntame más, y es más pesada
Que la que lleva al hombro el delincuente.

¿El anillo lucir veis en mi dedo?
Es manantial perenne de dolores
Que á quien no los sintió, decir no puedo.

De vuestra alegre Musa entre las flores
La triste efigie conservad, ALFREDO,
Del último y menor de los Pastores. ®

II

A UN RELIGIOSO.

¡Dichoso tú, que en el claustral retiro
Ignoras del malvado la perfidia,
Y satisfecho gozas sin envidia
De la paz monacal por que suspiro!

Tu amigo en tanto, en incesante giro
Contra el hereje y el salvaje lidia;
Me cansa el mando, el brillo me fastidia,
Y el báculo á entregar tan solo aspiro.

Pues no permite Dios que frente á frente
En sabroso coloquio, cual antaño,
Mis cuitas y pesares hoy te cuente,

Mi triste imagen te dirá, MONTAÑO,
Que la pena mayor que mi alma siente
Es ver al lobo en mi infeliz rebaño.

III

A UN SACERDOTE,

el décimo aniversario de su primera misa.

Diez años hace que por vez primera
Te condujo al altar mi amante mano
Do la reliquia santa, el fiel Romano
Del Angélico Luis grato venera.

A tí despues la suerte lisonjera
Te ha sonreído; á mí á país lejano
Me trajo Dios á predicar en vano
A gente que su nombre no tolera.

Más el que nos unió fraterno nudo
En Inglaterra y en el suelo Ausonio,
Nuestra vária mision romper no pudo.

Y aunque abrazarte no me es dado, ANTONIO,
Mi nueva imagen llevará el saludo
Que de mi amor te mando en testimonio.

IV

A UN CORTESANO.

¿De mi gesto barbático te asombras?
 ¿Te admira el ver mi montaraz ropaje,
 Y sonriendo, á augusto personaje
 E infausta fecha con malicia nombras?

El mismo soy que séricas alfombras
 A tu lado pisé con rico traje;
 La voluntad de Dios me hizo salvaje
 Y hoy moro de la selva entre las sombras.

Del Señor todo puede el llamamiento:
 En nómade convierte al cortesano
 Y al párvulo de atleta da el aliento.

Si El te manda bajar del Vaticano,
 Verás que un buen pastor puede contento
 Vivir entre el hereje y el pagano.

V

A UNA DAMA

al volver de Tierra Santa.

No te asuste esa barba de rabino
 Ni me declares del Oriente azote;
 Esa tostada faz y ese bigote
 No son de musulman ni de beduino.

Reconoce al devoto peregrino,
 Venera al misionero y sacerdote,
 Que acaba de saltar del raudal bote
 Que lo trajo del suelo palestino.

Del Tabor he subido á la eminencia;
 He navegado á Mágdalo y Betsaida;
 Llegué de Tierra Santa á los confines.

Mas siempre el mismo soy que aquí en Florencia,
 Cuando eras niña te llevé, ADELAIDA,
 De Bóboli á los mágicos jardines.

VI

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

A PERSONA DESCONOCIDA.

¿El rostro contemplar del vate quieres
Que imitando á Teócrito y Virgilio
Cantó en romance el Siciliano Idilio
De Adónis en loor y de Citéres?

A gallardo mancebo ver no esperes.
Que, acepto de las Musas al concilio,
De erótico laúd con el auxilio
Busca la admiracion y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas,
Pastor; mas no de Arcádico ganado,
Es ese IPANDRO cuyo nombre extrañas.

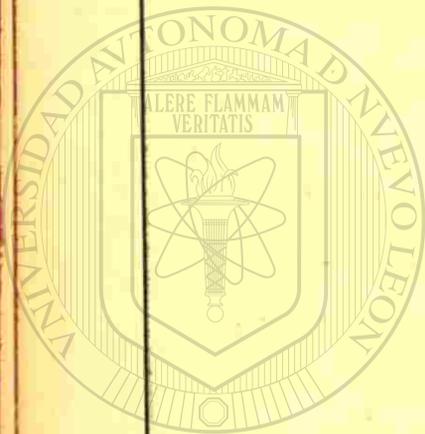
De místico redil Jefe y Prelado,
Mientras cuido mi grey en las montañas,
Canto muy poco, y con rabel prestado.

TRADUCCIONES

DE

ANACREONTE





ODA IX.

La Paloma.

I

—¿De dónde vienes, cándida paloma?
¿Qué númeron ha vertido ese que exhalas
De tu albo pecho y matizadas alas,
Grato perfume de celeste aroma?

¿Quién eres? ¿A do vés? ¿qué rumbo toma
Tu vuelo? ¿Quién te manda, Jove ó Palas?
¿A qué cabañas ó doradas salas
Llevas la carta que en tu pico asoma?

—Es de amores no más la mision mia:
Hoy á la más gentil de las mujeres
Anacreonte rápida me envía.

Y si mi historia y dueño saber quieres,
En premio de una dulce poesía
Al vate insigne me donó Citéres.

II
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 Por servir á mi dueño me desvelo
 Y suyo es el que ves, tierno billete:
 La libertad en breve me promete;
 Mas yo sin él la libertad no anhelo.

¿Es posible que al monte tienda el vuelo
 Y á las silvestres frutas me sujete,
 Cuando de Anacreonte en el retrete
 Vivo dichosa, sin afán ni duelo?

El con su mano el pan me despedaza,
 Y cuando apra el néctar delicioso
 Hace que beba yo en su propia taza.

Con mis alas arrullo al cariñoso
 Vate, en redor volando; y si me caza
 El sueño, ahí en su lira me reposo.

ODA XII.

—
A una Golondrina.

¿Qué quieres, vocinglera golondrina,
 Qué quieres que severo haga contigo?
 Tú propia elige el ejemplar castigo
 Que merece tu charla matutina.

¿Perder las raudas alas más te inclina,
 Que del halcon te ponen al abrigo?
 O cual Terco, de tu pico amigo
 La lengua arrancaré, que tanto trina?

Tranquilo reposaba hácia la aurora
 Y á mi lado miraba en grato ensueño
 Al hijo que perdido mi alma llora.

Llegaste á mi ventana; y con empeño
 Empezando á trinar, tu voz canora
 Me arrebató á la par Batilo y sueño.

ODA LIII.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Los Amantes.

Hierro candente, del corcel veloce
El anca pingüe doloroso sella,
Y lo distingue la indeleble huella,
Aunque entre muchos el brido retoce.

De nada sirve que la faz emboce
El lidiador; por la tiara bella
Que en su cabeza fúlgida descuella
El guerrero de Partia se conoce.

Así, á primera vista, en el semblante
Descubro yo á la niña enamorada
Y el secreto adivino del amante.

La que en el corazon llevan grabada
Marca sutil de llama fulgurante,
Al encendido rostro se traslada.

ODA LIV.

Canas mis cejas; blanco mi cabello;
Mi barba se tornó color de nieve:
Mi dentadura lánguida se mueve
De la vejez mostrando el triste sello.

Pasó fugaz el tiempo dulce y bello
De la florida juventud; y en breve
La adusta Muerte sin remedio debe
Con pesada segur tronchar mi cuello.

Lloro al mirarme del sepulcro encima.
¿Cómo quereis que viendo la apacible
Vida escaparse, de pavor no gima?

¡Hórrido abismo, Tártaro terrible!
¡Cuán fácil es bajar hasta tu sima!
Pero el subir de nuevo, es imposible.

ODA LX.

A Diana.

¡Diosa gentil, de ciervos cazadora,
Blonda prole de Jove, alma Diana,
De las fieras agrestes soberana,
Y de los bosques única señora!

Oye mi voz que tu favor implora,
Y vén benigna á la region lejana
Do el Leteo veloz, con furia insana,
Hace girar su linfa bramadora.

A recibir el fervido homenaje
De esta ciudad, henchida de valientes,
Tu excelso númen del Olimpo baje.

Yo te ruego que aquí tu trono asientes:
No son un pueblo rudo ni salvaje
Los que hoy inclinan á tus piés sus frentes.

ODA LXIII.

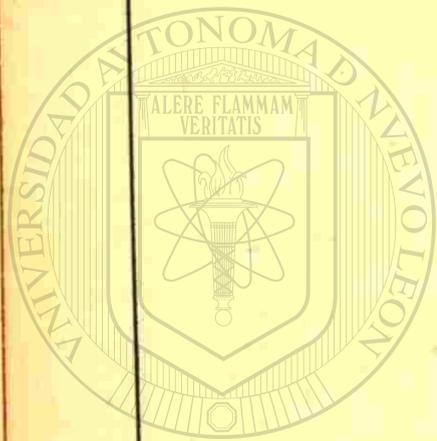
A una Yegua.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!
Si llevo á tí con palpitante seno,
¿Por qué relinchas tú con voz de trueno
Y mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltron? Sabe, altanera,
Que te pondrá mi mano rienda y freno,
Y sobre tí lanzándome sereno,
Te haré girar en rápida carrera.

Pace libre por hoy: alegre salta
Sobre la yerba, en tu feraz retrete,
Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil ginete
A domeñarte. Goza miéntras falta
Quien á la silla y carro te sujete.



RECUERDOS Y MEDITACIONES

DE UN PEREGRINO

En el Castillo de Miramar

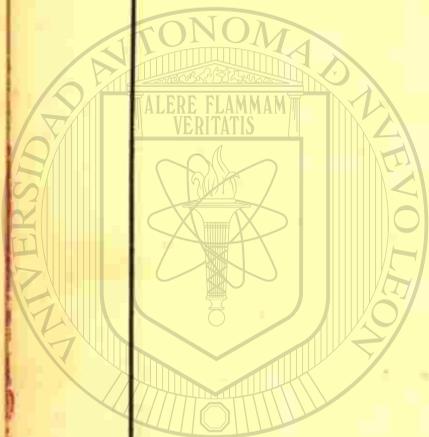
EN OCTUBRE DE 1876.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

MIRAMAR EN 1876.

Sepulcro de doradas ilusiones,
Terror de las modernas monarquías,
Ostentas hoy, cual en mejores días,
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones
En pórticos y vastas galerías,
Y de México al Aguila confías
Tu régia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el Príncipe está, que sér y fama
Te diera, y nombre de fatal dulzura?

¿Dó la que fué tu luz, augusta Dama?

Encubre á aquel sangrienta sepultura,
Y á la infeliz Princesa, en lenta llama
Quemando va terrífica locura.

II

EL ARCHIDUQUE.

Aquí lo conocí. Con palpitante
Seno, en este magnífico recinto
Al Vástago imperial de Carlos Quinto
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de almirante
Sobre el pecho el Toison, la espada al cinto.
¡Qué majestad! De mármol de Corinto
Parecía su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,
Y áulicos gigantescos, el Hapsburgo,
Cual Ajax ó Saúl, sobresalía.

A Aquiles igualar en la batalla;
En el consejo á Mínos y á Licurgia;
A Néstor en el trono prometía.

III

TRES AÑOS DESPUES.

¡Ay! Yo lo ví despues. ¡Cuán diferente
Del Príncipe magnánimo y hermoso
Que respiraba *agua*, libre y dichoso,
Del Adriático Mar el fresco ambiente!

Los ojos sin fulgor, yerta la frente,
Atravesado el pecho generoso,
No por hostil acero victorioso,
Mas por el plomo de comprada gente.

Así el Hapsburgo exánime yacia,
Hecha pedazos la valiente mano
Que aún al morir favores repartía.

En torno al ataúd, vulgo profano
Y soldadesca ruda escarnecía
Al muerto Emperador MAXIMILIANO.

IV

LA PRINCESA.

Esta es la régia alcoba: ahí la mesa
Miro de mármol y de entalle añejo,
Do reclinada con gentil despejo
Aguardaba la bella Archiduquesa.

Yo desde aquí la contemplaba, presa
Mi alma de admiración; aquel espejo
Retratava con vívido reflejo
El manto y la diadema, obra francesa.

¡Ahí! ¿Cómo no admirarla? Encantadora
Estaba la deidad resplandeciente
Que íbamos á aclamar Reina y Señora.

¿Del tiempo quién así la marcha siente?
Fugaz momento fué la feliz hora
Que de la augusta Dama estuve enfrente.

V

EL JURAMENTO.

¿Es sueño? ¡Aquí otra vez! Nada ha cambiado;
Tapices, cuadros, techo, pavimento,
Todo lo reconozco: el regio asiento,
El sérico dosel y rico estrado.

Aquí el Abad, ahí El, Ella á su lado,
Enfrente estaba yo (¡grato momento!)
Cuando el sacro espontáneo juramento
Prestó sobre el Volúmen Inspirado.

¡Cuánto augurio de paz! ¡Cuánta esperanza
Al oírlo exclamation: *Por Dios yo juro
De México labrar la bienandanza!*

¡Patria feliz! (pensé). Jamás perjuro
Un Hapsburgo será. Mas, ¿quién alcanza
A descifrar el porvenir oscuro?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL ORATORIO.

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,
Y en la desierta, lúgubre capilla
Del solitario Alcázar, la rodilla
Doblando humilde, por mis Reyes óro.

¡Cuán otra en aquel día! Del sonoro
Organo, de la Europa maravilla,
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella Corte, sólo llego,
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto
Con que su trono ensangrentado riego.

EL 19 de JUNIO DE 1867.

¡Desventurada raza mexicana!
Mandar no sabe, obedecer no quiere:
Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa faccion republicana,
No goces, no! MAXIMILIANO muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Despues del que hora sacudir te plugo
Con infanda traicion, otro más grave
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo,
Y roja tumba á tus señores cave.

ALERE FLAMMAM EL PAÑUELO.
VERITATIS

¿Qué recuerdos excitan en mi mente
Sus prendas y su hogar! ¿Qué miro, oh cielo?
Su cifra . . . la corona . . . es el pañuelo
Con que antes de morir limpió su frente.

¿Cuál héroe, qué filósofo no siente
Un instante de amargo desconsuelo,
Cuando con mano de pesado hielo
Toca su faz la Parca de repente?

Del cadalso al pisar la primer grada,
El rostro se enjugó, y al Crucifijo
Lanzó, lleno de fé, tierna mirada:

Y el lienzo dando al sacerdote, dijo:
Llegue esta prenda á tí, ¡madre adorada!
Con el postrero trasador de tu hijo.

¿FUE TRAICION?

De una felicidad siempre ilusoria
Buscaba en vano México la senda;
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria
El torbellino de civil contienda,
Que del gobierno al empuñar la rienda
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor, quien á lejana
Region, pide EQUIDAD EN LA JUSTICIA
Para la triste patria mexicana?

¿FUE LOCURA?

De conocida fruta la figura
 Observo aquí doquier. Mas escudriña
 Mi vista, y hallo más la Indica Piña
 En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura
 Verla fructificar en la campiña
 Dó el olivar y la fecunda viña
 Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor, que bajo el cielo
 Del trópico nació, pompa y fragancia
 Hallar no puede entre el austriaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia
 El trasplantar al mexicano suelo
 Un Príncipe alemán y usos de Francia?

XI

“NON TI FIDARE.”

¡Oh Príncipe! ¿dó vas? ¿Qué espesa bruma
 Engañadora tiende ante tus ojos
 Adverso Númen? Cesen tus arrojos,
 Y torna ántes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma
 El solío, que te ofrecen los atojos
 Del pérfido Frances, trono es de abrojos,
 Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble Casa Bonaparte.
 Aunque cetro te dona, desconfía:
 Témele, áun hoy que proteccion te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fia!
 Escondida hallará con púnico arte
 Bajo el manto real, la sogá impla.

XII

CARLOTA EN VERACRUZ.

No es esta playa de abrasada arena
La que en mis sueños vi, tierra encantada;
Ni encuentro en esta atmósfera pesada
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena
Solitaria campana. El gozo nada
Manifiesta en la calle despojada. . . .
¡No reveleis, oh lágrimas, mi pena!

¿Dó las turbas están al trono fieles?

¿Dó las aclamaciones y el rúido,
Los arcos de triunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?
¡Ambicion de reinar! ¿á dó me impeles?
¡Usurpador Frances! ¿dó me has traído?

XIII

MORIR COMO CRISTIANOS.

—
“¡Aun es tiempo, Señor! El férreo muro
Que lentamente en derredor avanza,
Romper podrán mi brazo y vuestra lanza,
Y al campo libre saltaréis seguro.

“La venta horrible del traidor perjuro
Quizá deshaga aún nuestra pujanza:
La desesperacion es la esperanza
Única que nos queda en tanto apuro.

“¡Ay si caemos vivos en sus manos!
Se acerca su veloz caballería
¡Ea, Señor, morir como Romanos!”

Un anciano guerrero así decía,
Y: *No, mejor morir como Cristianos,*
Replicando el Hapsburgo, se rendía.

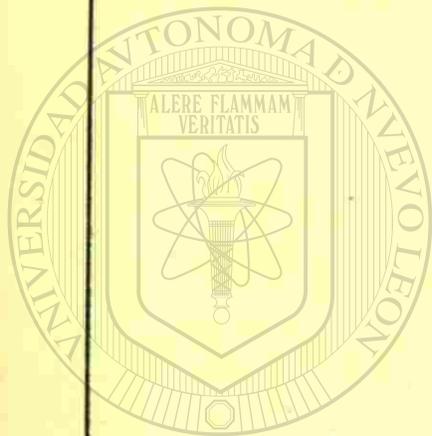
Borró con el martirio el gran Cipriano
 Sus cartas al Pastor de los Pastores;
 Del santo Hermenegildo los ardores
 Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano
 Patíbulo, lavó yerros y amores;
 Y con sangriento velo sus errores
 Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?
 ¿Quién, si mi incienso en los altares arde
 Al mártir de Cartago ó al de España?
 ¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde
 Al regio Mártir! Ya nada lo empaña:
 ¿Quién su memoria insultará cobarde?

A VARIOS

—
 DEDICANDOLES LA VERSION METRICA DE DIVERSOS
 IDILIOS DE TEOCRITO.
 —



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A UN POETA.

—
"Tírsis ó la Cancion de Dáfnis."

Dulce de Dáfnis el divino llanto,
Dulce de Tírsis la gentil avena;
Dulce tu voz en mis oídos suena,
¡Vate querido, de mi patria encanto!

Sabes que lenitivo á mi quebranto
Pido á la Musa: la floresta amena,
O bien la playa de la mar serena
El són escucha de mi triste canto.

Pero ya pulse caramillo griego,
Ya mi tosco rabel gimiendo taña,
Me faltan ¡ay! tu númen y tu fuego.

El primer eco de mi agreste caña
Te consagra mi amor. Borra, te ruego,
Cuanto su lustre original empaña.

A OTRO.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

"Los Segadores."

¡Cantor de Leila, y de aves y de flores,
Cuya inspirada voz más suave trina
Que el eco de la tierna golondrina,
Mensajera que fué de tus amores!

Los himnos de los mismos *segadores*
Que interpretó tu fistula argentina,
Al modular mi Musa, á tí se inclina
Indulgencia pidiendo y no loores.

Temblé, pulsando la sonora caña
Que de tu labio el perfumado aliento
Más dulce que la miel, sabroso baña:

Me fué preciso repetir tu acento,
Y temo que de Pan la justa saña
Me condene á terrífico escarmiento.

A UNA DAMA.

"El Vaquerillo."

No solo una castísima Susana
Recuerda altiva la nación hebrea,
Ni solo destruyó de Amor la tea
La que nombre te dió, virgen romana.

En Sicilia también ninfa pagana
El cinto desgarró de Citera:
Tu probada amistad la égloga lea
Que vierto para tí, ¡viuda cristiana!

Es una flor de fraternal cariño,
Que quisiera añadir á la corona
Que en tu frente he admirado desde niño.

Ya virgen, ya viuda, ya matrona,
Dura cual roca, pura como armiño,
La trompa de la fama te pregona.

A OTEA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

"La Rueda."

¡Mujer insigne, varonil matrona,
Luz de tu pueblo, de tu hogar delicias,
Como la esposa del Milesio Nicias
Cuya virtud Teócrito pregona!

Tú, que ya el arco vibras de amazona,
Y ya la rueda plácida acaricias,
¡Oh Carolina! dame las albricias:
Hoy nueva *Rueda* mi amistad te dona.

No es de marfil, ni delicado tomo
La pulió girador en Siracusa
Del rojo Mongibelo junto al horno.

Es rica perla de la griega Musa,
Que de tu casta frente para adorno
Traslado al Tamesí desde Aretusa.

A UN CURA PARROCO.

"Los Gemelos."

La historia de dos fuertes adalides
Que el Bucólico Príncipe sublima,
Y yo describo en castellana rima,
Te mando al par que el himno que me pides.

Y que antes que llegáramos, no olvides,
Del sacerdocio á la anhelada cima,
Nos deleitaban, la variada esgrima
Y del atleta las robustas lides.

Recuerda, amigo, los Britanos juegos,
En que de mí alcanzabas la victoria
Con risa de estudiantes y labriegos.

De nuestra adolescencia la memoria
Aviven los que canto, idilios griegos,
Por pasatiempo, y no por sed de gloria.

A OTRO.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

"Los Pescadores."

Mira á dos pescadores ¡buen Dario!
Que en despoblar el piélago se empeñan,
Y en medio á su pobreza, en vano sueñan
Con peces de oro en su falaz navio.

Tal fué tu suerte y el destino mio:
Los versos que te mando á ambos enseñan,
Que si dorados peces nos desdeshan,
No hay que perder en nuestra pesca el brío.

No al avaro Epulon; á quien affige
Mendicidad, las puertas de los cielos
Abre el Señor que el universo rige.

A la Gloria entrarán los pequeñuelos.
¡Oh de almas cazador! A ellos dirige
Tus redes, y tu caña, y tus anzuelos.

A UN AMIGO.

"Epitalamio de Helena."

¿Qué sierra ó valle bélico te esconde,
O en qué palacio cortesano brillas?
¿Sirves al tierno Rey de las Castillas,
O en ocio blando duermes, oh Vizconde?

Sea que mores en tu España, ó donde
Yo te dejé, del Sena en las orillas,
Prenda serán mis églogas sencillas
De que mi amor al tuyo corresponde.

Si entre el que á Europa cubre, hórrido caos,
Los que te mando, cánticos nupciales
Pueden llevar americanas naos,

Sabrás que ante mis ojos, á inmortales
Helenas, y á gloriosos Menelaos
Mi buen Narciso y Cármen son iguales.

A UN GOBERNANTE EN 1874.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

"Panegírico de Tolomeo."

De Carlos sigues las amadas huellas,
De tí modelo, de mi casa origen:
Cuántos la nave del Estado rigen,
Surgen y pasan, mientras tú descuellas.

Cesan, por tí, del pobre las querellas;
Nunca, por tí, las guerras nos afligen:
Tú haces que el orden y la paz cobijen
Con rico manto tus comarcas bellas.

Por tí las minas brotan abundantes;
Los campos aran infinitos bueyes:
Tus villas pueblan ricos traficantes.

Un modelo te doy de antiguos reyes:
Síguelo, y el mejor de gobernantes
A despecho serás de inicuas leyes.

A MI HERMANA SOR*** DESTERRADA EN 1874.

"Amarilis."

¡Triste Amarilis! Fiel á tu bandera
Abandonaste el suelo mexicano,
Huyendo de las garras del tirano
Que asolador en nuestra patria impera.

Si no me permitió la suerte fiera
Estrechar al partir tu dulce mano,
¿Del que te llora ausente, vate hermano,
Acogerá la voz tierra extranjera?

Con el laúd del griego Simiquida
De otra *Amarilis* canto los desdenes
Que á su amador odiaba empedernida.

Así del mundo los caducos bienes
Desdeñas tú; y á tu Señor unida
La fe jurada férvida mantienes.

A TRES HERMANAS.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

“*Las Siracusanas.*”

¡Arminda bella, Filis elocuente,
Píndosa Nice; vírgenes galanas
Que entre las flores respirais ufanas
Del Marañón el perfumado ambiente!

La ofrenda recibid de amigo ausente,
Y de mi libro en las doradas llanas,
Permitidme que á dos *Siracusanas*
De Egipto moradoras, os presente.

Las calles recorred de Alejandría:
Ved á una reina, de virtud ejemplo,
Munífica y hermosa, grande y pia.

Grandes así y hermosas os contemplo,
Cuando á despecho de la turba impía
Con ricos dones decorais el templo.

A UN MEDICO.

No trueques la simbólica serpiente
Que hora en tu mano con placer sujetas,
Por el arco de amor y las saetas
Con que te brinda Erato complaciente.

Corre el estadio de la ciencia, ardiente,
Hasta llegar á sus lejanas metas;
Y entónces el laurel de los poetas
Circunde verde tu gloriosa frente.

Extingue el fuego que tenaz te inflama,
Resuene poco tu colgada lira,
Olvida, amigo, á tu hechicera dama:

Quando llegares do tu pecho aspira,
Desfoga entónces tu amorosa llama
Y fiel celebra á tu adorada Elvira.

AL MISMO,

*Dedicándola veinte años después El Ciclope que dedicó
Teócrito al Médico-Poeta Nicias.*

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Maron y Garcilaso
Pulsando la zampona juntamente.

El sabio Nicias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, canción de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

SAGRADOS

HISTORICOS Y MITOLOGICOS



AL MISMO,

*Dedicándola veinte años después El Ciclope que dedicó
Teócrito al Médico-Poeta Nicias.*

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Maron y Garcilaso
Pulsando la zampona juntamente.

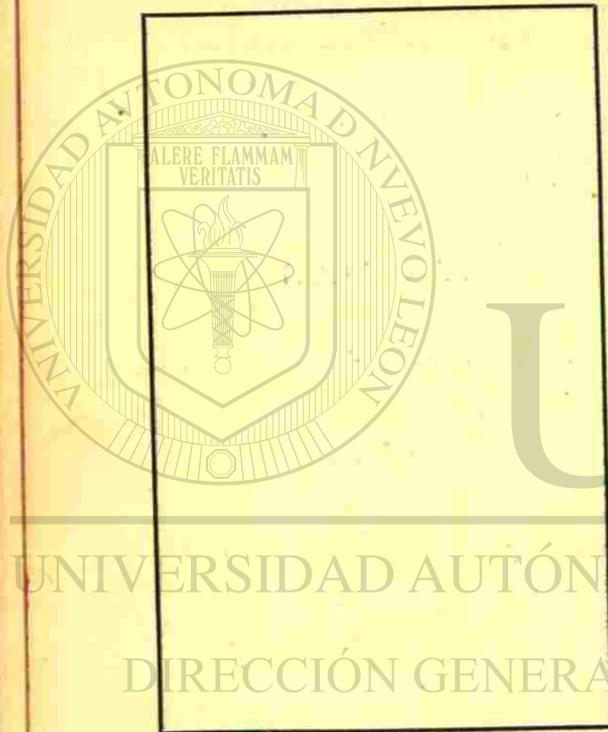
El sabio Nicias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, canción de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

SAGRADOS

HISTORICOS Y MITOLOGICOS





JESUS RESUCITADO.

Detente, por piedad, ¡buen hortelano!
Muévate á compasion mi tierno lloro.
Díme: ¿dónde has llevado mi tesoro?
¿Dó pusiste mi Amor, que busco en vano?

Dí: ¿lo robó tu codiciosa mano?
Habla; montones de diamantes y oro
Puedo pagarte por el bien que adoro:
¡Devuélvelo, devuélvelo, inhumano!

En el exceso de su amarga pena
Rebosando de amor así decia
Al Dios resucitado Magdalena;

Y el que hortelano en su dolor creía,
Con voz celeste, de dulzura llena,
Le respondió mirándola: ¡MARIA!

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.



I

Corazon de Jesus glorificado
 Que por el hombre sin cesar palpitas
 En el celeste alcázar donde habitas
 Del sempiterno Padre al diestro lado;

Corazon que doquier sacramentado
 En la tierra amoroso nos invitas
 A trocar por tus gracias infinitas
 El que en nosotros late apasionado;

Divino Corazon, yo te bendigo,
 Y en penitentes lágrimas deshecho
 Al trueque desigual audaz me obligo;

Ven, dulce Corazon, ven á mi pecho;
 Y el que en mi seno pecador abrigo
 A tu santa mansion raya derecho.

II

Hallé, por fin, de mi eternal reposo
 El lugar suspirado: de mi Hermano,
 De mi Padre, mi Rey, mi Soberano,
 El corazon hallé, fiel y amoroso.

Separarme de tí ni quiero ni oso;
 Quien se acoge á tu seno, busca en vano
 Otro refugio igual en pecho humano,
 ¡Oh de las almas celestial Esposo!

Desfallezco de amor. Con el perfume
 Sostenedme, por Dios, de suaves flores:
 Llama voraz mi corazon consume,

Cercadme de vivíficos olores
 De manzanas de Siria; no me abruma
 El dulcísimo Amor de los amores.

JUDAS.

De su delito Júdas se arrepiente
 El fin mirando de su atroz pecado;
 Y á los ancianos va desesperado,
 Al ver á Cristo de la cruz pendiente.

“Mancha, les dice, mi traidora frente
 La sangre justa que me habeis comprado:
 Ella en licor se torne envenenado,
 Que sobre vos recaiga juntamente.”

Calla: y creciendo su feroz congoja,
 Ruge y se tuerce cual airada fiera,
 Y loco arranca su áspero cabello.

La moneda fatal al suelo arroja;
 Al campo corre do Satán le espera,
 Y entrega al lazo su maldito cuello.

SAN SEBASTIAN.

Jóven esbelto, con atadas manos,
 De augusta faz y angélica hermosura,
 Desnudo ved entre la turba impura
 Yacer de los salvajes pretorianos.

Atraviésanle dardos africanos;
 Sangre tiñe su pálida blancura;
 Roja aureola en derredor fulgura
 Que deslumbra á los bárbaros paganos:

Con débil pié se acerca vacilante,
 Y de oro henchida, á los soldados tiende
 Oculta mano, trémula matrona.

Del jóven toca el seno palpitante,
 Y al serafin que rápido descende
 Arrebata la mística corona.

JUDIT Y HOLOFERNES.

¡Silencio, maliciosos! La divina
 Gracia á Judit omnipotente escuda,
 Aunque al Asirio cubren y á la viuda
 Un mismo pabellon y una cortina.

En la mesa del Gefe se reclina
 La hermosa Hebreá, y brinda, y lo saluda,
 Y seductora en aceptar no duda
 La copa que Holofernes le propina.

Con miradas de amor dulce lo halaga,
 Y con los suaves trinos de su boca
 Más que con vino al Sitiador embriaga;

Mas sin manchar de su viudez la toca,
 Solo con sangre del Infiel apaga
 El fuego necio y la arrogancia loca.

JUDIT VENCEDORA.

¡Llor al Cielo que al Infiel humilla!
 Dentro su propia tienda de campaña
 Al Gefe inícuo de la gente extraña
 La cabeza corté con su cuchilla.

Dobla, Israel, conmigo la rodilla:
 Si negra sangre mis vestidos baña,
 De mi viudez la castidad no empaña,
 A Dios lo juro, la menor mancilla.

Quando en busca del Príncipe enemigo
 Atravesé el Asirio campamento,
 El Angel del Señor iba conmigo.

Él me guardó en el crítico momento;
 De sus alas torné bajo el abrigo:
 ¡Gloria al Señor que me prestó su aliento!

EL SUMO SACERDOTE A JUDIT.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Deja que bese tus divinas plantas,
Luz de Betulia, de Israel Señora:
Bendita tú, que fuerte y vencedora
De los Asirios el poder quebrantas.

Bendita tú, que el ánimo levantas
De un pueblo á quien el pánico devora:
Agradecido Joacim te adora,
Y te proclama santa entre las santas.

Cual luce entre las pálidas estrellas
De luna llena el disco refulgente,
Entre las hijas de Sion descuellas.

¡Oh madre, oh reina, oh de consuelos fuente!
En el sagrado polvo que tú huellas
Déjame al ménos estampar mi frente.

EL CORSARIO DRAGUT.

—
Mustia la faz y roja la cabeza,
El labio seco, el párpado caído,
Yace Dragut, á su pendon asido,
Delante la cristiana fortaleza.

El musulman á flaquear empieza
Viendo á su noble general tendido;
Y el moribundo gefe da un gemido
Mirando de su gente la flaqueza.

Súbita suena aclamacion festiva,
Y allá en San Telmo vése de repente
La media luna desplegarse altiva.

Vuelve su rostro el capitán doliente,
Débil exhala un apagado *viva*,
Y hunde en el polvo su marchita frente.

EL CONDESTABLE BORBON.

Ved cuál los muros de la augusta Roma
Ejército corona numeroso:
Al fiero gefe contemplad airoso
Que entre la hueste sitiadora asoma.

Ved cuál la escala formidable toma
Atrás dejando su corcel brfoso:
Miradlo cuál asciende valeroso
Y á bravos mil arnipotente doma.

Ya sobre el alto muro, triunfante
Clava el pendon, cuando arcabuz lejano
Le da aleyoso prematura muerte.

El Orbe todo tus hazafias cante;
Pero jamás ¡oh Franco Coriolano!
Patriota alguno llorará tu suerte.

ULISES.

¡Sirena deleitosa de los mares!
Bella es tu voz, fascinador tu acento.
Frágil mortal, desfallecer me siento
El eco al escuchar de tus cantares.

¡Apártate! Mis dioses, mis altares
Olvidaré si mirote un momento;
Si á hablarte llego, faltaráme aliento
Para correr en pos de mis hogares.

¡Compañeros, huid! Cerrad los ojos;
Los oídos llenad de blanda cera
Si no quereis de Vénus ser despojos.

Luchar con las Sirenas es quimera:
Quien combatir intenta, halla sonrojos;
Huya veloz quien la victoria quiera.

AYAX.

Recibe ufano el elocuente Griego
 La fuerte lanza y el divino escudo,
 Del Lidiador á quien domar no pudo
 Ni brazo de héroe ni fémíneo ruego.

Ayax, en tanto, ya de rabia ciego
 Ruge feroz ante el concurso mudo,
 Ya al triunfante rival mira sañudo,
 De las pupilas arrojando fuego.

Desnuda, en fin, con furibunda mano
 La espada que trocar en balde quiere,
 Y se traspasa el corazon insano.

Sus ojos, al caer, el brillo hiere
 De la armadura que fraguó Vulcano,
 Y al sabio Ulises maldiciendo, muere.

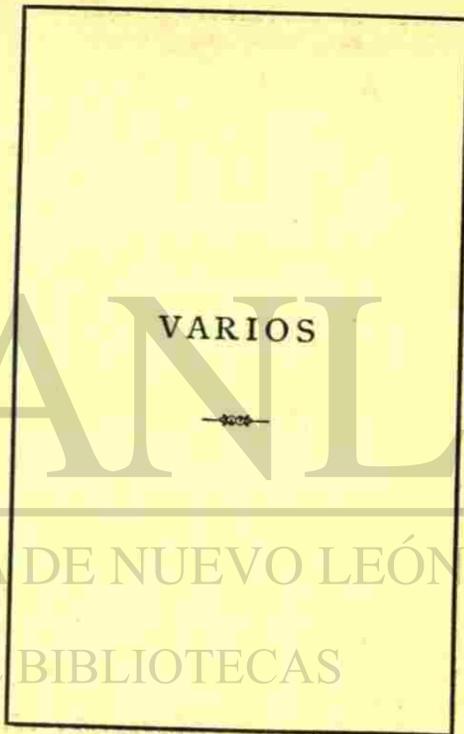
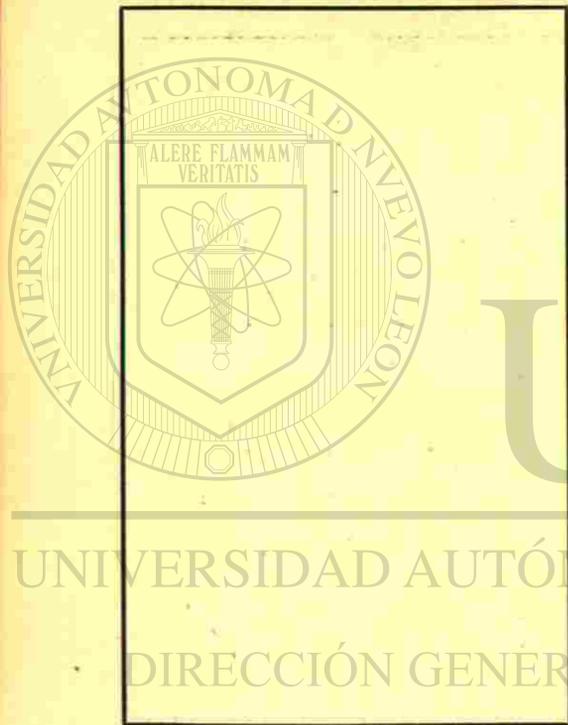
NIOBE.

De tanta prole Niobe orgullosa
 A la augusta Latona desafia:
 Rayos el Cielo vengador envía
 A castigar á la Tebana hermosa.

Sin abatir la frente ante la diosa,
 Contempla de sus hijos la agonía;
 Presencia inmóvil, con mirada fría,
 De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte
 Dobleándose al fin á peso tanto,
 Amargo lloro la cuitada vierte.

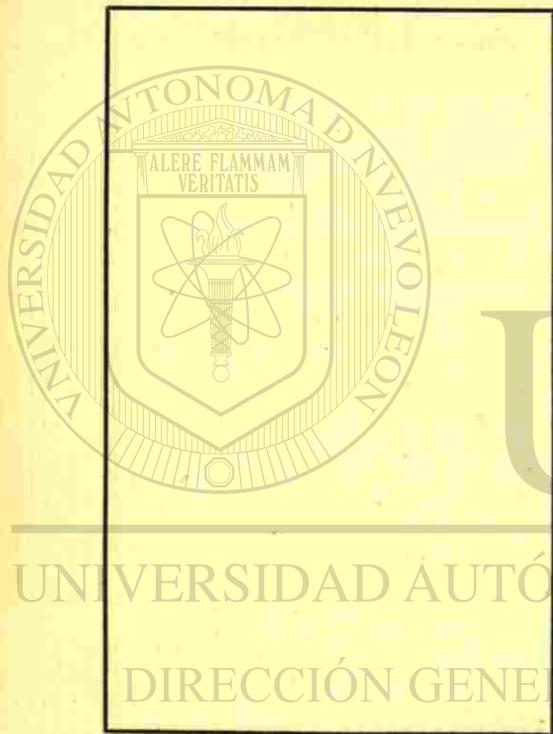
Miran los dioses su mortal quebranto,
 Y en duro mármol Jove la convierte,
 De donde mana inagotable llanto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Ni pido gloria, ni riquezas quiero,
Ni dominar imperios ambiciono;
Morir desdeño en elevado trono
Llorado del magnate y del guerrero:

Negra sotana al esplendor prefiero;
Del poderoso anhelo el abandono:
Luchar deseo con el rudo encono
De hereje altivo y ateísta fiero.

Quiero buscar del bárbaro un asilo
En medio de selvático follaje;
Vivir allí entre afanes y sudores:

Hambre sufrir y desnudez tranquilo,
Y a manos del indómito salvaje,
Morir, en fin, con hórridos dolores.

ADIÓS A MI CIUDAD NATAL.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Cava, infelice, tus avaras minas
Cubierta siempre de ansiedad y espanto,
Y con sudor y codicioso llanto
El oro riega, que afanosa hacinas.

Del Arno yo á las márgenes divinas
Mi dulce lira pulsaré entretanto,
O solitario elevaré mi canto
De Roma entre las plácidas ruinas.

A tí tal vez potente foragido
Te arrancará tu espléndido tesoro
Y dejará tu suelo enrojecido.

Yo viviré sin conocer el lloro,
Ni en su furor codiciará el bandido
Mi pobre canto y mi rabel sonoro.

VUELTA AL HOGAR PATERNO.

¡Cómo sufrí mi corazón ausente!
¡Cómo de gozo férvido palpita
Hora que ya mi planta te visita
Bello lugar de mi niñez riente!

¡Tu prado, qué magnífico! Esa fuente
Que el zéfiro gentil suave agita,
¡Cuántos recuerdos en mi mente excita;
Cuántas heridas abre juntamente!

Así, tan puro, su cristal corría
Cuando á la luz de la callada luna
Mi madre sus canciones repetía.

El arroyuelo, el fresno, la laguna,
Todos se muestran á la vista mía:
Solo mi madre..... ¡oh pérdida fortuna!

ADIOS AL MARAÑON.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Antes que en brazos del destino impío
Y desafiando al huracan y al trueno,
Prestados lares en hogar ajeno
Busque á través del piélago bravío;

Recibe ¡oh claro y cristalino río
Que te deslizas á mis piés sereno!
Recibe grato en tu paterno seno,
(Ofrenda postrimera) el llanto mio.

Y no te asombre ¡oh Marañon! si ahora
Mi corazón agita pena extraña
Y el varon fuerte en tu ribera llora.

Sabe que tu corriente mansa baña
La dulce casa dó mi padre mora:
Por eso el llanto mi pupila empaña.

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

I

No me fué dado ni cerrar sus ojos,
Ni recoger su postrimer aliento,
Ni acompañar al triste monumento
De mi adorado padre ¡os despojos;

Extraño sacerdote oró de hinojos
Ante su lecho en el fatal momento,
Mientras á Europa me llevaba el viento
De alto deber, no fútiles antojos:

Y cuando me alejaba amarga ausencia
De mi afligido hogar, hirió con saña
Su cansada cerviz letal dolencia.

¡Ah! ¿Por qué de la Muerte la guadaña
No detuvo ¡oh Señor! tu omnipotencia
Mientras tornaba á mi natal montaña?

II

De frescas flores su funérea losa
Si con guiraldas á adornar no llego,
Ni las adelfas diligente riego,
Que mano fraternal plantó en su fosa;

Mi unguida mano esfuérase piadosa
Del Purgatorio en mitigar el fuego,
Con el agua lustral, y con el ruego
Que hace á Jesus su Inmaculada Esposa.

Rosas de salmos; blancos azahares
De mortificación; rojos claveles
De actos de caridad, traigo á millares.

¡Ángeles del Señor! Recoged fieles
Las flores que coloco en sus altares
Entre ciprés y místicos laureles.

III

No solo yo su pérdida deploro,
Ni solo el familiar círculo estrecho,
En derredor del mortitorio lecho
Virtió de la orfandad el triste lloro.

Oíd cuál gime agradecido coro
De pobres mil y mil, cuyo derecho
Hizo triunfar con indomable pecho
Quien gloria fué del mexicano foro.

Al ver lucir la funeraria tea
Mirada de inquietud en torno lanza
Desde su templo solitario Astrea:

El manto rasga, rompe la balanza,
La cabellera mesa, el rostro afea;
Que á la virgen tambien mi luto alcanza,

Dos eran mis amores en el mundo:
Ajeno al brillo, sordo á los placeres,
Mi afecto concentrábase en dos séres:
Mortal el uno, espíritu el segundo.

Hirió á mi padre el golpe furibundo
De la implacable Parca: tú no mueres,
¡Ángel Custodio! y desde entonces eres
Único sér en quien mi dicha fundo.

Mirarte no me es dado; mas yo siento
Que velas tú por mí. ¿Son ilusiones?
Aun me parece respirar tu aliento.

¡Oh centro de mis puras afecciones!
Mientras yo vivo, á tu celeste asiento
No pretendas volar. ¡No me abandones!

A UN GLOBO AEROSTÁTICO.

—
¡Símbolo fiel de la fortuna mia,
Ah de frágil papel gigante globo!
Al mirarte ascender, en dulce arrobo
Mi atribulada mente se extasia.

Así entre flores empecé yo un día,
Cual tú al abrigo del laurel y el pobo,
A inflarme y á subir; y en vano el lobo
En desgarrarme se empeñó á porfia.

Alzarme hasta las nubes quise luego;
Y cuando en alto me juzgaba el mundo,
¡Ay! se extinguió de súbito mi fuego.

Caí precipitado en lo profundo;
Y con el llanto amargo en que me anego,
El monte, el llano y la pradera inundo.

EL ÁNGEL DE LA FORTALEZA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Me derrocó el Señor en su justicia
Como al antiguo Job, de mi alto asiento;
Y me tomó en oprobio en un momento
Del pueblo de que fuera honra y delicia.

Me sumergió del mundo la malicia
En piélago fatal de hondo tormento;
Y, presa de profundo desaliento,
Perdido me juzgaba en mi impericia.

Un ángel me tendió la fuerte diestra,
Y volviendo hácia mí su dulce rostro,
Me hizo triunfar de nuevo en la palestra,
¡Espíritu! A tus plantas yo me postro;
De amor, de gratitud, pide una muestra;
Por mi ángel salvador todo lo arrostro.

LA ESTRELLA DEL MAR.

Abrasador el Sol, léjos la orilla,
Boga mi nave por el mar de Atlante,
Y el Ángel de la Muerte va delante
Con rojo alfanje, que desnudo brilla.

Lo esgrime vengador; y la amarilla
Asoladora fiebre, en un instante
Al marinero audaz y al caminante
Sepulta sin piedad bajo la quilla.

La gente en balde por socorro clama:
Salir en vano del bajel pretendo,
Y huir del fuego que tenaz me inflama.

Las manos con fervor al Cielo tiendo,
Y la ESTRELLA DEL MAR su luz derrama,
Y huye á su vista el Querubín tremendo.

"FALLAX EQUUS AD SALUTEM."

VALERE FLAMMAM
VERITATIS

¡Señor! Tan solo en tu socorro fio
Para las duras marchas y campañas
Que por desiertos y ásperas montañas
En bien emprendo del rebaño mio.

Ni el Invierno me arredra ni el Estío;
Por tierras propias voy y por extrañas;
Pero si Tú, buen Dios, no me acompañas,
Es vano mi valor, vano mi brío.

¿Qué me sirvió mi fuerza y lozanía?
Cual flor que el viento arranca de su tallo
Dolencia aguda me abatió en un día.

¿Qué me valió mi indómito caballo?
Cayó al cruzar agreste serranía,
Y por tierra con él postrado me hallo.

TRADUCCIONES DEL ITALIANO.

I

Donceles mil de plácidas maneras,
De heróico porte y de gallardo brío,
El que te vió nacer, fecundo río
Produce en ambas fértiles riberas.

Habla, y la mano te dará quien quieras.
¿Qué no podrá tu garbo y señorío?
Mas no perturbes al esposo mío,
Ni por quien tuyo no es, de amores mueras.

Mira en su dedo ¡oh niña! la sortija,
De la jurada fe místico sello:
A otro amador tu corazón elija.

¡Ay si á tocar te atreves ni un cabello!
¡Ay si en su rostro tu mirar se fija!
Súbita muerte segará tu cuello.

II

Blanca paloma, que de amor sedienta
 Rompiste el nido, y desviando el vuelo
 Senda fatal te abriste sin recelo
 Por aire impuro, que áspides alienta!

Cuando empezabas á gozar contenta
 Del dulce objeto de tu infando anhelo,
 Te derribó sin vida por el suelo
 De fiero cazador flecha sangrienta.

¡Tórtolas que saltáis de rama en rama,
 Presto bajad! ¡Venid, oh mariposas,
 Que en torno revoláis de ardiente llama!

Ved el cadáver, y aprended llorosas
 Que muerte y perdición Amor derrama
 En quien suspira por ajenas rosas.

III

No oréis por ella ¡oh niñas! ¿Qué aprovecha
 Verter do ya no está, funéreo llanto,
 Si el alma á la mansion de eterno espanto
 De su cuerpo al salir, bajó derecha?

Madre infeliz, que en lágrimas deshecha
 La tumba riegas de quien fué tu encanto,
 ¿Por qué en su corazón, de amor no santo
 Entrar dejaste la homicida flecha?

Mancebo que al hechizo no supiste
 Huir de su mirada seductora,
 Luto por ella no, cilicio viste.

Y tú, infernal ministro, que en malhora
 Union vedada sancionaste triste,
 Su muerte no, tu propio crimen llora.

IV

¡Aun es hermosa! Cual de mármol Pário
Se ve á la luz de osciladora tea,
Y de su cuerpo la esbeltez no afea
El que la envuelve, fúnebre sudario.

¡Callad, profanos! Ved que el incensario
Ante el altar propiciador humea,
Y que al cristiano féretro rodea
La augusta majestad del santuario.

Al precioso ataúd en torno moja
Agua lustral, y fervorosas preces
Mitigan de los deudos la congoja.

Tu fe proclama ¡oh niña! que mereces
Perdon. Llanto oportuno desenoja
A Dios, aunque ofendido muchas veces.

A UN GENERAL.

—
Sigue blandiendo tu brillante acero
Del malvado terror, gloria del justo,
Con ese brazo intrépido y robusto
Del asesino espanto y del guerrero.

Bléndelo, sí; mas no de Marte fiero
El bélico fragor é infando susto
A la mansion de paz llevas adusto,
Ni del rebelde huellas el sendero.

Sírvate solo tu gloriosa espada
Para guardar los plácidos hogares
De la ciudad á tí y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,
Vínculo dulce de amistad sagrada,
Al arrullo estrechemos de los mares.

A OTRO.

Hijo á la par de Apolo y de Mavorte,
Del Sur luchando en la lejana tierra,
Al eco de tu cítara, á la guerra
Cual Tirteo, llevabas tu cohorte.

Cantaba en tanto en la Romana Corte
Quien hora alegre, por llanura y sierra,
Su grey dispersa apacentando, yerra
En las fronteras del desierto Norte.

Unidos hoy, do juntan sus corrientes
El Tamesí y el Pánuco, en los mares
Antes de sumergir las verdes frentes,

Colguemos de los sauces seculares
Lira y zampoña; y tú construye puentes,
Mientras yo sueño en erigir altares.

A UNA DAMA

*Que vendió sus joyas para erigir un altar,
enviándole flores
de Betania y del Monte Sion, el día de su santo.*

No es recogida en la floresta Idalia
La que te ofrezco cándida azucena;
Ni Citera produjo esta verbena,
Ni Páfos la que ves fragante dalia.

Las cultivaron vírgenes de Galia
En Betania, y do fué la Última Cena;
Y en la casa de Marta y Magdalena
Para tí las corté, piadosa EULALIA.

En vez de la diadema refulgente
Que al Señor ofrecistes, hoy corona
Con flores de Sion tu casta frente.

La Mártir tutelar de Barcelona,
Cuyo nombre te dió la sacra fuente,
Esta guirnalda virginal te dona.

A UNA NIÑA

En su primera comunión.

¡Mariposa gentil, de raudas alas,
De vivos ojos é incesante vuelo,
Que al arco bello del nublado cielo
Con tus matices seductora igualas!

Dime: ¿qué significan esas galas,
Esa cándida veste y blanco velo?
¿Por qué la vista clavas en el suelo
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

— Ya no soy la fugaz mariposilla
Que volaba á tus hombros cariñosa
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa
La sangre del Cordero sin mancilla,
Y hoy mi Jesus conmigo se desposa.

A UN AMIGO

Enviándole mi caballo.

Este rojo corcel, bello y ligero,
De raudo trote y gigantesca talla,
No es un brido de Corte ó de batalla,
Ni regalo de Rey ó de guerrero.

Es prenda de fogoso misionero
Que nunca sufre en su carrera valla;
Que á su Dueño y Señor todo avasalla
Y hasta á través del mar se abre sendero.

Sobre él más de una cerca y más de un foso
Atrevido salvé. De más de un río
Y más de un bosque me sacó brioso.

Móntalo, amigo; y en recuerdo mio
Guarda, miéntras en Roma yo reposo,
El caro potro que á tu brazo fio.

AL VESPERO.

¡Estrella de la tarde, astro de amores,
 Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano
 Luz de Citeres te llamó el pagano
 Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;
 Y ojo, lumbré, destello soberano
 De la Virgen Despara, el cristiano
 Te apellida, cantando tus loores.

¡Vespero! que del bosque entre las hojas
 Mil veces alumbrándome el camino
 Calmaste mis afanes y congojas:

Quando á cruzar el mar voy peregrino,
 No ocultes, por piedad, ese que arrojas
 Sobre las aguas, esplendor divino.

AL MAR.

¡Oh mar! que cuando airado te levantas
 Naves sumerges, mástiles doblegas,
 Y hoy mansamente á acariciar te llegas
 Sobre la arena mis cansadas plantas:

¡Hermoso mar! que al pescador espantas,
 Y, aunque la casa do nací no riegas,
 Más que mis montes y nativas vegas
 Con tu imponente majestad me encantas.

¡Oh mar divino! si á tu númen grato
 Ha sido alguna vez el canto mío
 En que tus ondas, límpidas retrato:

Si no te ofende el júbilo y el brío
 Con que á tu seno de lanzarme trato,
 Protege ahora mi veloz navío.

EN EL MAR PACIFICO.

Llega rugiendo el huracan de Oriente,
Y atravesando la montaña y lago
De Nicaragua, el espantoso estrago
Comunica á los mares de Occidente.

Su fuerte sopro el piélago resiente,
Y alzándose feroz con rudo amago,
Su antiguo nombre de celeste halago
El Pacifico Océano desmiente.

El mismo en tanto, que gentil corona
Otro tiempo tejió de humildes flores
Cogidas ya en Salem, ya en Heliconia,

In sensible del ponto á los furoros
En la agitada nave himnos entona
Del rayo á los terríficos fulgores.

EN LA PIRAMIDE DE CHOLULA.

I

¿Qué mano tus hondísimos cimientos
Audaz abrió, pirámide famosa?
¿Quién elevó esa cúspide, que airosa
Iguala á los Egipcios monumentos?

¡Oh! ¡De Titan sin duda tuvo alientos
El que erigió tu mole ponderosa!
¿Cubres, quizá, su funeraria fosa?
¿Volaron sus cenizas á los vientos?

¿Dónde nació? ¿De la remota orilla
Del Nilo bienhechor lo trajo acaso
Al Nuevo Mundo ignota navecilla?

¿O por Béring helado hallando paso,
La que aprendió en Babel, obra de arcilla,
Vino á imitar en la region de Ocaso?

II

De la indómita raza de gigantes
Que pretendieron escalar el Cielo,
Vástago soy: al mexicano suelo
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué como ántes,
Otro Babel edificar mi anhelo:
Los túmulos de Céops y de Belo
Apénas son á mi obra semejantes.

Del vecino Volcan la ardiente lava
A recoger la inmensa muchedumbre
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al Sol entónce arrebaté su lumbré,
Y quise con Popoca y Orizaba
De mi montaña nivelar la cumbre.

PLEGARIA EN LA PLAYA.

—
¡Angel divino! á cuya dulce guarda
Confió el Omnipotente estas riberas;
Cuya plegaria, en la region do imperas
Los castigos de Dios templa y retarda:

¡Angel consolador! por quien gallarda
Se eleva entre los cedros y palmeras
Torre que las agujas altaneras
Vence de la Basílica Lombarda:

¡Santo Angel tutelar! por quien mi mano
En la orilla del Mar firme coloca
La combatida enseña del cristiano:

Haz que, partido yo, la furia loca
De las olas y el viento, azote en vano
La Cruz que hemos clavado en esta roca.

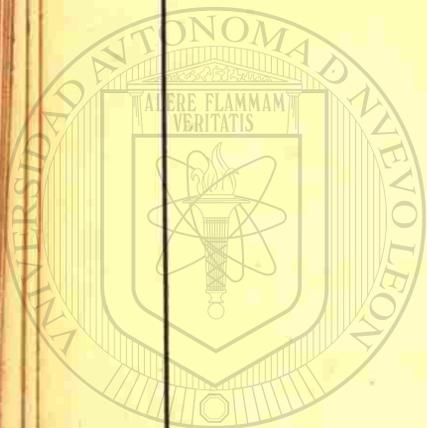


LIBRO SEGUNDO

— 300 —
EPISTOLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPISTOLA MORAL

EPISTOLA MORAL

¿Por qué tanto callar? ¿Por qué no mojas
La pluma ya, ni tiñes, cual solías,
De albo papel las perfumadas hojas?

Una tras otra van las cartas mías
Hasta tu hogar en vano. Ni un saludo
Al fiel amigo por respuesta envías.

¿Involuntaria ofensa acaso pudo
Tu amistad entibiar? ¿O te condena
A silencio sin fin dolor agudo? . . .

¡Ah! Comprenderlo juzgo. La honda pena
Con que en su nuevo giro, la mudable
Rueda de la Fortuna tu alma llena,

EPISTOLA MORAL

Cubriéndote de luto, inconsolable
Hace que al mundo niegues tus favores
Por más que el mundo cariñoso te hable.

Pero aunque apruebo que tu suerte llores,
Es menester que la amistad profunda
En lo que es justo estimes y avalores.

Es fuerza que tu mente no confunda
A la falaz caterva de galanes
Que salones y alcázares inunda;

Que los gestos elogia y ademanes
Del magnate y la dama venturosa,
Y en agradarles cifra sus afanes,

Tan solo cuando hay mesa suntuosa,
Tan solo mientras ábrese las salas
Para el placer y danza voluptosa,

Con quien no estima engañadoras galas,
Y sin mirar á dijés ni oropeles
A la santa amistad suelta las alas.

EPISTOLA MORAL

Pocos en la desgracia son los fieles;
Pero los hay, Señora, y yo soy uno:
De mi sinceridad ¡oh! no receles.

Feliz me juzgaré, si alivio alguno
Llevan á tu penar estos renglones
En que consejo y reflexion aduno:

Feliz si á tu dolor te sobrepones;
Feliz si aprovechar logras prudente
Las de la adversidad duras lecciones.

¿Qué has perdido en verdad? ¿Cubre tu frente
Ese rubor que pérfido pregona
De la virtud la pérdida reciente?

¡Ah, no! Jamás la virginal corona
Sobre tus sienes ostentó más pura
Que en este día tu gentil persona.

Jamás lució de tu alma la blancura
Cual hoy, que te une al cándido Cordero
Con mas intimidad la desventura.

EPISTOLA MORAL

Y si inocente y limpia eras primero,
Purificada tu virtud resalta
En el crisol del infortunio fiero.

¿Estimacion, honor quizá te falta?
¡No! Del mundo á la vista hoy aparece
Tu gallarda figura aún mas alta:

Quien sufre adversidad que no merece,
Hasta la Envidia acalla; y á los ojos
Del bueno y del amigo en honra crece.

¿Qué te ocasiona, pues, tantos sonrojos
Que solitaria en el hogar gimiendo
Tu rostro nos ocultas con enojos?

¡Valor, Señora mia! No es tremendo
El porvenir, cual juzgas congojada,
Ni que así llores el pasado entiendo.

Si lanzas hácia atrás una mirada,
Verás que es hoy cuando en verdad te espera
La paz, ántes en vano deseada.

EPISTOLA MORAL

Díme: ¿Encontraste dicha verdadera
Cuando con oro y goces la Fortuna
Te circundaba, siempre placentera?

Con flores te brindó desde la cuna;
Y sin aroma ni beldad las flores
Cayeron deshojadas una á una.

Temprano revolaron los Amores
Sobre tu tierna virginal cabeza;
Mas ¡ay! te dieron solo sinsabores.

Nada valió tu ingenio y tu belleza;
Nada tu ciencia, y gracia, y gallardía:
Nada de tus afectos la pureza.

Rompieron todo el dolo y la falsía,
Y á acibararte vino el desengaño
¡Ay! de tu juventud el primer día.

¿Y qué medicamento á mal tamaño
Te dieron las riquezas? ¿Pudo el oro
Conjurar de tu pecho tanto daño?

EPISTOLA MORAL

¿Secó la sociedad tu amargo lloro
Cuando buscando en el rumor consuelo
Por agradar gastabas un tesoro?

¡Ingrata sociedad! Ni el denso velo
De santa devocion con que cubriste
Tu lágrima primera y primer duelo

Le plugo respetar. Alegre ó triste
A la doncella pura, hermosa, rica,
La negra Envidia con furor embiste.

En el hogar tenaz la mortifica;
En la plaza, en las calles, en el templo,
La zahiere feroz y la critica.

En vano fiel dechado te contemplo
De virtudes domésticas; en vano
De modestia y candor eres ejemplo.

Todo te lo censura el mundo insano;
Y cuanto más á desarmarlo aspiras,
Más y más sobre tí carga la mano.

EPISTOLA MORAL

Romántica te llama si suspiras;
Fingimiento procaz grita si lloras:
Si prefieres reir, teme sus iras.

¡Ay de tí, si al paseo algunas horas
Dedicas y al solaz! ¡Más infelice
Si asídua ante el altar de hinojos oras!

Si le abres tus salones, te maldice
Aunque te dé las gracias con la boca:
Si los cierratquizá, ruin te dice.

¿Recoge humilde red ó grave toca
Tu luenga trenza? Rie. ¿La sujeta
Alto peinado? Te proclama loca.

¿Ajustado jubon tu talle aprieta?
Mártir serás de vanidad. ¿Flotante
Cauda arrastra tu falda? *Eres coqueta.*

Y si desprecias abanico y guante
Y portas vestidura holgada y ancha,
Pondrás al mundo de peor talante.

EPISTOLA MORAL

Verás cómo sus límites ensancha
La sátira mordaz, y en tu sublime
Virtud y en tu pureza encuentra mancha.

A nadie, á nadie la calumnia exime:
A todos hiere su pañal infame,
Y aun al varon santísimo deprime.

A tu recuerdo déjame que llame
Del insigne Gerónimo la historia;
Quizá en tu seno bálsamo derrame.

Despreciando el renombre y la alta gloria
Con que le brinda Roma; y los placeres
Y el oro reputando vil escoria,

Distribuye á los pobres sus haberes,
Y se apresta á emigrar á Palestina
Con dos insignes, pádicas mujeres.

Mujeres santas, de virtud divina,
Ante cuyas efigies veneradas
La Iglesia universal aun hoy se inclina.

EPISTOLA MORAL

De riquísimos padres engendradas
Van á fundar espléndido convento,
A Dios con voto eterno consagradas.

¿Qué no merece tal desprendimiento?
¿Tamaño abnegacion, di, no era digna
De perenne mármóreo monumento?

Pues de verlas partir Roma se indigna,
Y contra las matronas se desata
Sin compasion la sociedad maligna;

Y con agudo arpon hiriendo ingrata
Al que ántes aclamó Doctor y Guia,
Su honor en un momento le arrebató.

En espera de viento se mecia
La nave con los tristes penitentes,
Y á Asela así Gerónimo escribía:

“Me desgarran con lenguas de serpientes;
Acércanse con boca almibarada
A besarme la mano reverentes;

EPISTOLA MORAL

“Mas por detrás, con la traidora espada
Me hieren, de la sátira terrible,
Y todo, todo en mí les desagrada.

“Quién crítica mi andar; quién reprehensible
Encuentra mi habitual dulce sonrisa
Y este mirar suave y apacible.

“A quién mi penitencia mueve á risa;
Quién en mi trato tan sencillo y franco,
Dobleza oculta y liviandad divisa.

“Y cuando al brillo y al placer me arranco
Para seguir del Salvador las huellas,
De la maledicencia soy el blanco.

“Que digan las innúmeras doncellas
Que interpretar me oyeron la Escritura,
Si descubrí siquiera que fuesen bellas!

“Con ojo codicioso, ¿la hermosura
De quién miré? ¿De quién, grande ó pequeño,
Regalo admití yo con mano impar?

EPISTOLA MORAL

“Pero no bien, cediendo á casto empeño,
Dejé que una matrona me alojara,
Y mi virtud se dispó cual sueño.

“Digno me pregonaban de la tiara;
Y ya que crimen á mi faz no asoma,
Hoy mi sexo, y no más, se me echa en cara.

“A Paula y á Melania muerde Roma
Porque una y otra el místico estandarte
Que enarbó Jesús, sin miedo toma.

“Porque una y otra á Palestina páрте,
Elegiendo las dos, como María,
La que no han de arrancarles, mejor parte.

“A entrambas hasta el Cielo ensalzaria,
Si al teatro acudieran y á los baños,
Y vistieran con lujo y fantasía . . .

“Y si al ménos de idólatras ó extraños
Viniera la calumnia! ¡Algun consuelo
Nos mitigara tantos desengaños! . . .

EPISTOLA MORAL

“Pero ¡oh dolor! el farisaico celo,
La ruin murmuracion y la mentira
Que nos han sumergido en hondo duelo,

“De gente vienen que al renombre aspira
De cristiana y de fiel . . . ¡Adios! Del mundo
Gerónimo por siempre se retira.”

Al leer estos versos me confundo.
¿Tambien, Melania, á tí, y á tí ¡oh matrona
Sin par! y á tí ¡oh Doctor sabio y profundo!

La calumnia ciñó con su corona
De punzantes espinas? ¿Quién immune
Ser tras tales ejemplos ambiciona?

Estos los frutos son que nos reúne
La ingrata sociedad, cuando con ella
Brillante posicion tenaz nos une.

Bendice, pues, á tu propicia estrella
Que de fatal voráGINE te libra,
Y no haga en tu alma el infortunio mella.

EPISTOLA MORAL

La paciente virtud todo equilibra,
Y para la mujer fuerte y constante
Su rayo en vano la desgracia vibra.

No irá tras tí la Envidia en adelante,
Cuando modesta á respirar la brisa
Salgas al lado de tu madre amante.

Ya no tendrás, de centinela á guisa,
Turba cruel, que descortés observe
Tus miradas en Visperas ó en Misa.

Riesgo no habrá que tu vigor enerve
Danza continua ó larga desvelada;
Pero al varon en cuyo pecho hierve

El almo fuego de amistad sagrada,
No ahuyentará (como ántes tu opulencia)
La que órnate hoy, mediocridad dorada.

Verás cómo tendrán mayor influencia
Tus bellos ojos y gallardo rostro,
De fútiles adornos con la ausencia.

EPISTOLA MORAL

Mejor el lino vestirás que el ostro,
Y el que te encuentre exclamará al mirarte:
"Es un arcángel: á sus piés me postro."

¡Ah! Deja, deja la tristeza aparte,
Y torne á ver tu letra tan querida
Quien hoy consuelo á tu dolor imparte;

Quien, aunque léjos, tu natal no olvida,
Y el dulce nombre con que al Orbe encantas
A festejar alegre te convida.

¡Adios! Hoy que á la flor de Hispanas santas
Con culto insigne México venera,
Tu humilde servidor besa tus plantas
Al empezar la alegre primavera.

EPISTOLA MORAL

PASAJES

DE LA

EPISTOLA XLV DE S. GERONIMO

CITADOS EN LA POESIA QUE PRECEDE.

*Osculabantur mihi manus quidam, et ore vi-
pereo detrahebant: dolebant labiis, corde gau-
debant.*

*. . . . Alius incestum meum calumniabatur
et risum: ille vultui detrahebat, hic in simpli-
citate aliud suspicabatur. . . .*

*. . . . Multa me virginum crebro turba cir-
cumdedit. Divinos libros ut potui nonnullis
sape discui. . . . Dicant, quid unquam in
me aliter senserint quam Christianum decebat?
Pecuniam cujusquam accepi? munera vel par-
va vel magna non sprevis in manu mea aes ali-*

EPISTOLA MORAL

cujus insonant? obliquus sermo, oculus petulans fuit? Nihil mihi aliud obicitur nisi sexus meus, et hoc nunquam obicitur, nisi quum Jerosolymanam Paula proficiscitur. . . .

Antequam domum Sancte Paulae nossem, totius in me urbis studia consonabant. Omnium pene judicio dignus Summo Sacerdotio decernebar.

. . . . Dicebar sanctus, dicebar humilis et disertus. . . . Sed postquam jam pro sua merito castitatis venerari, colere, suscipere ceppi, omnes me illo deteruere virtutes.

O invidiam primum mordax tui! o Satanae calliditas semper sancta persequens! Nulla alie Romana urbi fabulam praeberunt nisi Paula et Melaniam, quae contemptis facultatibus, pignoribusque desertis, crucem Domini quasi quoddam pietatis levare vexillum. Si balneas peterent, unguenta eligerent, divitias et viduitatem haberent materiem luxuria, domine vocaretur et sancta. . . .

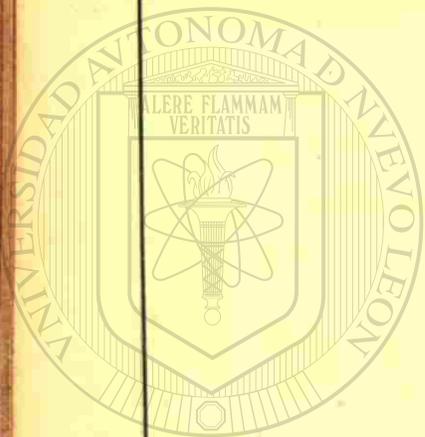
. . . . Si Gentiles hanc vitam carperent; si

EPISTOLA MORAL

Judei haberent solatium non placendi eis quibus displicet Christus. Nunc vero pro nefas! homines Christiani, praetermissa domorum suarum cura, et proprii oculi trabe neglecta, in alieno oculo festucam quarunt. . . .

Hec, mi Domina Asella, cum jam navem conscenderem, raptim flens dolensque conscripsi, et gratias ago Deo meo, quod dignus sim quem mundus oderit.

Saluta Paulam et Eustochium, velit nolit mundus in Christo meas. . . . Memento mei, exemplum pudicitiae et virginitalis insigne; fluctusque maris tuis precibus mitiga.

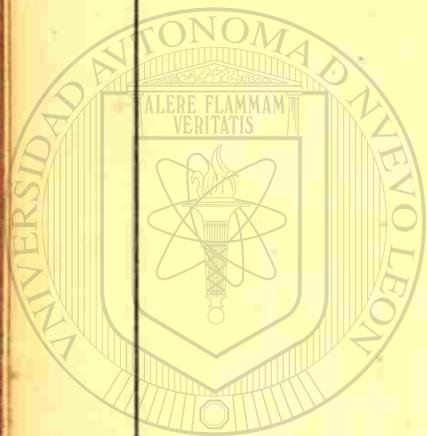


LIBRO TERCERO

FIESCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FIESCO

FIESCO

—o—

ENSAYO HEROICO

AÑO DE 1547

I

Cubren el sereno cielo
De Génova la soberbia,
Nubarrones que ocultando
Las relucientes estrellas
Envuelven sus altos muros
En pavorosas tinieblas.
Sus alcázares de mármol
Trazarse pueden apenas

FIESCO

Por los fatigados ojos
En la oscuridad que reina:
Los dorados campanarios,
Que el aire elevados pueblan
Se pierden de la honda noche
Entre las sombras espesas.
Tras los cerrados cristales
Ninguna dama se muestra,
Ni se perciben abajo
De amante joven las huellas.
El trovador embozado
A su morada regresa
Sin que su mano entumida
Pulsar la cítara pueda.
Algun relámpago acaso
Descubre los centinelas
Que apoyados en su pica
Y calada la visera,
La hora del feliz relevo
Llenos de ansiedad esperan;
Mientras en torno á la llama
Los soldados se calientan,

FIESCO

Y del deber olvidados
A blando sueño se entregan.
De los cansados marinos
El ronco gritar ya cesa,
Y sin sentir el esclavo
El peso de sus cadenas,
Duerme también recostado
Sobre la anclada galera.
Tan solo rompe el silencio
Algun apagado *alerta*
Que en el palacio de Dória
De vez en cuando resuena:
Tan solo en aquella nave
Que en sus mástiles despliega
De los condes de Lavaña
Las poderosas enseñas,
Quizás algún movimiento
De gente armada se observa.
Y con razón: presurosa
Se hará mañana á la vela
Fuego asolador llevando
A la flota sarracena.

FIESCO

¡Oh! feliz el soberano
Que sobre súbditos reina
Que siempre tan generosos
Y tan patriotas se muestran!
¡Feliz de Lavaña el conde,
Que mientras hace la guerra
Armando mil galeones
Y naves, á sus expensas,
En máscaras y festines
Pasa las noches enteras
Y los cuidados y afanes
De su morada de tierra!
Si mirad iluminadas
De su alcázar las vidrieras:
Ved cuán á menudo gira
Sobre sus goznes la puerta
El paso libre dejando
A mil caballeros que entran
Ricamente ataviados
Para la suntuosa fiesta
Que esta noche les prepara
Con insólita grandeza.

FIESCO

Es régia de sus banquetes
La pompa y magnificencia;
A manos llenas prodiga
Su inagotable riqueza;
Es valiente y poderoso,
Y entre sus abuelos cuenta
Mil afamados guerreros
Y mil príncipes y reinas.
Idolatrado del pueblo,
Querido de la nobleza,
Con una alma generosa
De raras virtudes llena,
Digno es Ludovico Fiesco
De ceñir ducal diadema,
Y de sentarse en el trono
De la poderosa Génova.
Mas su corazón festivo
Tamaña suerte desdicha,
Y mil dichosos amigos
Mirar prefiere á su mesa
Copas sin fin apurando
De dulces licores llenas,

FIESCO

Que contemplan en su tomo
Mil guardias y centinelas
Y aduladores sin cuento
Con descubierta cabeza,
Y que estrechar amistoso
De Carlos Quinto la diestra.

Con ser de Dóña el amigo
Su corazon se contenta,
Y ni en coronas ni cetros
Ni tronos ducales piensa.

Si, duerme tranquilo, Dóña,
De Ludovico no temas.
Duerme; y tu poder presente
Y glorias pasadas sueña:
Vuelve á desafiar osado
Del Gran Capitan la fuerza;
Arma tus bravos marinos,
Iza tus rápidas velas,
Y al musulman acomete

FIESCO

Con tus invictas galeras:
Una vez y otra repasa
Tus inauditas proezas;
Vuelva á colocar potente
Tu nunca vencida diestra,
Las águilas victoriosas
Sobre los muros de Génova,
Y tu majestosa planta
Al trono ducal ascienda,
Mientras tu mano se apoya
Sobre la rubia cabeza
De ese jóven que animoso
Presto seguirá tus huellas,
La corona asegurando
A tu ilustre descendencia.

Después de sueño tan grato,
Con faz risueña despierta
Y de tus vasallos fieles
El hondo silencio observa:
En tu gobierno fiados
Al sueño todos se entregan,

FIESCO

Y ni un malhechor se mira
Dentro tu ciudad siquiera.

¡Oh! Duermé otra vez tranquilo,
Y que ninguna sospecha,
Ningun afan ni cuidado
A turbar tu sueño venga.

FIESCO

II

Del alcázar de Fiesco los salones
Antorchas á millares iluminan
Que con su luz espléndida remedan
La ardiente claridad del Mediodía.

Poco á poco los nobles convidados
Van entrando á la fiesta prometida:
De seda y de brocado son sus trajes,
Y en su rostro se pinta la alegría.

El jóven caballero que en el campo
Ha blandido mil veces la cuchilla,
Y ha ganado mil palmas y laureles
Que á las plantas llevó de su querida,

FIESCO

Viene á mostrar que en la festiva danza
El primero será cual en la liza,
Y que si diestro en su corcel batalla,
Diestro tambien por los salones gira.

Artificiosos brindis preparados
Trae para vencer sa dama esquivá,
El gallardo poeta, cuyo fuego
Noble se esplaya en amorosa rima.

El magnate que cruces y blasones
Ostenta en derredor con mano altiva,
Viene á lucir sus numerosas joyas,
Su toison y magníficas sortijas.

Tal vez el padre que en los puros goces
De su prole feliz, su dicha cifra,
Extraña que el galante Ludovico
Haya olvidado á sus hermosas hijas.

FIESCO

El nuevo esposo, del altar llegado,
Entra tal vez, y á descifrar no atina,
Porqué el amigo de sus tiempos años
A su gallarda esposa no convida.

Mas al mirar sin damas los salones
Queda resuelto el enredado enigma,
Y que tendrán desordenada cena,
Y no sarao espléndido adivinan.

En animados grupos se divide
Aquí y allí la alegre compañía;
Y quién á Dórina de improprios llena,
Quién sus acciones sin piedad critica.

Del Caballero-Rey encomia alguno,
El sin igual denuedo y bizarría;
Otro declara que veloz la estrella
De Carlos á su ocaso se aproxima:

FIESCO

Quién la inacción del genovés cobarde
Con mil colores ardoroso pinta;
Quién en voz baja, á su inmediato amigo
De Dória el yugo á sacudir excita.

Pasan las horas, y la noche avanza;
Y atónita la alegre comitiva,
Observa que ni danza se prepara,
Ni que haya aprestos de banquete mira:

Y que en lugar de numerosos pajes
Que dulces vinos y manjares sirvan,
Se oye el crujir de pavoroso acero,
Y armada gente en el palacio gira.

Ya la puerta no se abre del alcázar
Ni el silencio de Génova adormida,
Interrumpe tardío convidado
Que la calle atrávese á toda prisa:

FIESCO

La média noche rápida se acerca,
Y todos más y más se maravillan
Al esperar en vano al de Lavaña
Cuya ausencia sus dudas eterniza.

Los unos á los otros se interrogan;
Unos á otros atónitos se miran:
Y temen, y vacilan, y ninguno
La causa del fenómeno se explica.

Súbitas se abren las cerradas puertas
Que á las alcobas del palacio guían,
Y se presenta Ludovico armado
Radiante con insólita alegría.

Fúlgido almete de variadas plumas
En su cabeza majestosa brilla;
Limpia coraza de bruñido acero
Sobre su pecho espléndida se mira.

FIESCO

Tajante espada, que fraguó Toledo,
Vistosa cuelga de dorada cinta,
Y sobre el puño apoyase la mano
De guantelete rico guarnecida.

Grave su andar, esbelto su talante:
Todos su talla gigantesca admiran,
Su noble frente, su poblada barba,
Sus negros ojos y mirada altiva.

Viene á su diestra su valiente hermano;
A su siniestra trae al fiel Verrina,
Detiéndose al entrar en los umbrales
Y exclama así con plácida sonrisa:

“¿Qué significa, amigos, la extrañeza
Que en vuestros rostros vívida se pinta?
Ese vano temor, esas sospechas,
Mis amigos, decid, ¿qué significan?”

FIESCO

“¿Pasar la noche en voluptuosas danzas,
Y entre festines báquicos creáis
Mientras oprime á nuestra patria hermosa
El yugo de insufrible tiranía?”

“¡Os gloriais, valientes genoveses,
De vuestro nombre y fama primitiva,
Y tal yugo sufrís! ¡Doblais sumisos
A un decrepito anciano la rodilla!”

“¿No detestais su orgullo y su arrogancia,
Su sin igual doblez y su falsía,
Y bajo su fingido patriotismo
No veis ocultas alevosas miras?”

“Notad cual cada día desaparecen
Los privilegios nuestros y franquicias:
Marcad las proscripciones numerosas;
De nobles ved las cárceles henchidas.”

FIESCO

“Leyes son los caprichos del anciano
A quien escucha Génova sumisa;
Y si la voz alzamos suplicantes,
Es nuestra voz humilde escarnecida.

“Una esperanza de remedio pronto
Su senectud en vano nos inspira,
Que del sobrino pérfido, á su muerte
Nos regirá la diestra aborrecida.

“En vano Dória tremoló arrogante
De Libertad la enseña purpurina:
Presto trocó las águilas hermosas
Del verdugo feroz por la cuchilla.

“Extrañas armas deseables fueran
Más que sus hachas y tiranas picas;
Mejor sufrir la esclavitud del turco
Que el yugo atroz del Austria vengativa .

FIESCO

“Pero vosotros ¡oh! que á mil tiranos
Habeis vencido ya en sangrienta liza,
(Lo digo con rubor) sufrís ahora
Tamaño deshonor con faz tranquila.

“En la ciudad un viejo delirante
Y un imberbe garzon nos tiranizan;
Sin siquiera saberlo, desde lejos
El ambicioso César nos domina.

“Pronto tambien en Génova la bella
De Carlos al imperio sometida,
Infames españoles y tudescos
Nos burlarán con orgullosa risa.

“Y sufriréis, oh amigos, impasibles
Tamaño deshonor, tanta mancilla!
¡Imposible! ¡Jamás! Sobre el malvado
De Dios la mano ya su rayo vibra!

FIESCO

“Esta noche de eterna remembranza
Ese Dios que los crímenes castiga,
Hórrida muerte le dará al tirano
Y á nosotros poder y nombradía.

“Hoy con riquezas y durable fama
La suerte á todos obsequiosa brinda:
Quien no desprecie tan soberbios dones,
Armese bravo y mis pendones siga.

“El palacio ducal está cercado;
Guardadas están ya las avenidas;
Mis marinos armados en el puerto;
Por la ciudad mi gente repartida.

“Mis numerosos guardias y vasallos
Unidos marcharán á la voz mia,
Y bien presto veréis inanimada
De entrambos Dórias la cabeza altiva.

FIESCO

“Mas no creáis que un éxito tan bello
Fruto será de horrible alevosía:
¡Lejos de mí! Tan atrevidos planes
Estratagema son de Fiesco digna.

“Cuando despierte la azorada guardia
Que hora sin recelar duerme tranquila,
Mis valientes soldados á millares
Ya de ella fuertes estarán encima.

“Y sorprendido mirará el tirano
Enrojecerse su infeliz guarida,
Y cual del seno de la oscura tierra
Brotar en derredor la gente mia.

“Del opresor la aborrecida sangre
Ofreceréis grata en copa rica;
Con ella más contentos libarémos
Que con licor de España ó de Sicilia.

FIESCO

"Mañana, amigos, la Ciudad Soberbia
Nos doblará obediente la rodilla:
Riquezas y honra alcanzaréis entónces
Que de esta noche premien la fatiga."

"Tal es la fiesta y el banquete regio
A que mi labio férvido os invita;
El que poder y glorias ambicione
Armese bravo y mis pendones siga."

Calla: y el auditorio conmovido,
Sin replicar, con estupor lo mira:
El entretanto los callados rostros
Recorre majestoso con la vista.

Y cual hoy día en la opulenta Londres,
Con arte al hombre aún desconocida,
Raro varón á quien Europa toda
Sin comprender estupefacta admira;

FIESCO

Cuando corcel salvaje se presenta
Que nunca freno soportó ni silla,
Y burló de los fuertes domadores
La sin igual destreza no vencida;

El sin usar del mexicano lazo
Ni montar de los árabes á guisa,
Mientras el bruto por el ancho circo
Corre feroz é indómito relincha;

En medio de la arena se detiene,
Torva en la bestia su mirada fija,
Y con el brillo de sus claros ojos,
Fascinador al animal domina:

Así á los vacilantes de Fiesco
Vence también la fúlgida pupila,
Y de valor sus pechos rebosando
Suena por fin estrepitoso *viva*.

FIESCO

Del rico ferreruelo se despojan,
Y el dorado espadín á toda prisa
Cambian ansiosos por tajantes sables,
Y por adargas, yelmos y lorigas.

Al puesto se encaminan ardorosos
Que la mano de Fiesco les asigna;
Y todos sin escándalo ni ruido,
Por la callada Génova desfilan.

FIESCO

III

¡Corazon, corazon! ¿por qué del hombre
En el camino infausto te atraviesas,
Y le haces olvidar de sus deberes
La que pisara, gloriosa senda?

De la adusta razon á los dictados
¿Por qué tan ardoroso te rebelas,
Y el amor ó la cólera encendiendo
En amargura los placeres truecas?

Al jóven lidiador, la desolada
Imágen de su dama le presentas,
Y con tus amorosas pulsaciones
Del rojo campo del honor lo alejas.

FIESCO

Horribles celos fementido excitas
En el amante que al altar se acerca,
Y haces que innoble, vengativa daga
Clave en el pecho de su esposa tierna.

Hora á la estancia de su fiel consorte
Inoportuno á Ludovico llevas
Sin que vencer tus fervidos impulsos
Pueda de su alma la inaudita fuerza.

Corre la jóven con abiertos brazos
No bien rechina la cerrada puerta,
Y al estrecharse entrambos cariñosos,
Solo se escucha "¡Ludovico!" "¡Clelia!"

Quisiera hablar la dolorida esposa,
Mas á las fauces pégase su lengua,
Y solo con sus lágrimas empaña
Del acerado peto la limpieza.

FIESCO

"Esposo Ludovico, al fin exclama
De majestad y de nobleza llena,
¿Qué significan, dime, esa armadura
Y esos aprestos de cercana guerra?

"¡Ay! En vano me ocultas, desdichado,
La que innoble meditas trama negra:
Tu demudado rostro me descubre
Tu alevosía ¡oh conde! y tu baja.

"Yo te he visto mil veces denodado
Verter tu sangre en hórrida pelea,
Y ni ligera sombra de congoja
Mi valerosa faz cubrió siquiera.

"Mil y mil veces, con pupila enjuta
Entre mis brazos te estreché contenta,
Cuando marchabas de entusiasmo lleno
A perecer quizás en cruda guerra.

FIESCO

“Mas hora que alevoso te preparas
A acometer aborrecida empresa,
Yo no sé, conde, lo que en mi alma pasa:
No sé porqué la sangre se me hiela.

“Siento que á aborrecer al asesino
Me impele sin cesar secreta fuerza;
Y no puedo, mi amor, no puedo odiarte;
La fe jurada, el corazon lo vedan.

“Pero es verdad ¡oh Fiesco! que olvidado
De tus virtudes y tu estirpe régia,
Vas á teñir tu immaculado acero
En la sangre mejor de la alma Génova?

“Respóndeme que no: dime que marchas
A domeñar las huestes agarenas:
Dime que vas á perecer con gloria,
Que por tu patria á pelear te aprestas.

FIESCO

“Entónces ¡oh! con palpitante pecho
Mi último abrazo te daré contenta;
Y adornaré tu gloriosa tumba
Con deshojadas flores, la primera.

“Pero si armado de alevosa daga
De un puñado de gente á la cabeza,
Oculto entre las sombras de la noche
Vas á cebarte en inocente presa;

“Antes que Dória inanimado caiga,
Connigo aquí tus crímenes empieza;
Y ántes que ver tu infamia y tu deshonra,
Muerta á tus plantas tu puñal me tienda.

“Oh, por piedad no partas! prosternada
Tu dolorida esposa te lo ruega:
Que vas á hallar, mi corazon me dice,
No gloria, sino muerte en las tinieblas.

FIESCO

"Ya me parece verte mutilado,
Con secos labios y la faz sangrienta,
Hecho en la playa de voraces perros
Y de buitres carnívoros la presa.

"Ya me parece que entre fieras burlas
Por la ciudad atado te pasean:
Tu cabeza del tronco separada
En palo infamador se me presenta.

"Olvida, olvida, tan atroces planes,
Vuelve á pisar de la virtud la senda,
Que de tu vida, de tu honor al precio,
Yo no ambiciono cetos ni diademas.

"¿No me dejes, por Dios! ¿De nuestras bodas
El venturoso día no recuerdas,
Cuando extasiado en amorosos raptos
Mil promesas me hicistes halagueñas?

FIESCO

"Cuando dijiste: El universo entero
No trocara por tí, mi dulce prenda;
Por vivir, Clelia, á tu envidiable lado
Una cabaña á un trono prefiriera?

"¿Ay cuánto amor entónces! Mas ahora
De mi dicha pasó la feliz época,
Y más que duro mármol, insensible
Te muestras á mi llanto y mi ternera.

"Si, véte, déja á tu infeliz esposa;
Córre á la lid, á la matanza vuela:
Olvida al hijo que en mi seno abrigo,
Troncha de un golpe la esperanza nuestra.

"Vé, hierre, mata, sin temor destroza;
Tus blasones empaña y tu nobleza;
Mas recuerda que amar á un asesino,
Nunca podrá de Cibo la condesa."

FIESCO

Calla por fin: y en doble sentimiento,
De ira y amor sus ojos centellean,
Y lágrimas arranca afectuosas
Del que jamás el llanto conociera.

El conde de Lavaña conmovido
Va ya á ceder incauto á su belleza,
Cuando la voz funesta de Verrina
Por el palacio atronadora suena.

Despierta su ambicion al escucharla,
De su imprudente lloro se avergüenza,
Y enjugando sus lágrimas ansioso,
Exclama así con su habitual firmeza:

“Condesa de Lavaña, noble esposa,
Cese, por Dios, tu fervida querella;
Nunca temas que manche mis blasones
Accion indigna de mí estirpe régia.

FIESCO

“Tu amor, el de mi patria esclavizada
Hoy vehementes á lidiar me llevan:
El oprimido pueblo clama á gritos
Del tirano pidiendo la cabeza.

“Adios! O nunca de tu amante esposo
Podrás ya contemplar la faz risueña,
O pronto, sí, mañana, á nuestras plantas
Verás postrada la Ciudad Soberbia.”

Dice: y se aleja con violento paso
Tras sí cerrando la pesada puerta,
Y despiadado, á su infeliz-esposa
Sobre la tierra desmayada deja.

IV

¡Noche, lóbrega noche que testigo
Fuiste de tanto horror y escena tanta!
¿Quién describir pudiera tus terrores,
Los crímenes que viste y la matanza?

¿Quién el pavor de la asombrada gente
Con sus colores tétricos pintara,
Cuando del lecho en que dormía muelle
Con estrépito horrible fué llamada?

¿Quién la fatal sorpresa del marino
Y el estupor de la dormida guardia,
Cuando sin armas vióse de improviso
Y de ejército intrépido cercada?

Que era llegada á su mitad la noche
Anunciaba la lúgubre campana,
Cuando cundió por la Ciudad Soberbia
En un momento inesperada alarma.

La galera que armara contra el turco
El generoso conde de Layaña,
A un caballero que veloz se acerca
Deja caer sin dilacion la escala.

Empuña el remo el vigoroso esclavo:
Fuerte levanta el marinero el ancla,
Y entre las negras sombras avanzando
Bloquean de la Dársena la entrada.

De Dória los bajeles numerosos
Que allí encerrados sin temor descansan,
Por doquiera asaltados de improviso
Todos se ven de innumerables lanchas.

FIESCO

En vano los forzados se despiertan
Y los marinos bravos se levantan:
Prisioneros se encuentran y vencidos
Antes que puedan empuñar las armas.

Si algun valiente en resistir se obstina,
Lo pasa el filo de enemiga espada,
Y si escaparse algun bajel pretende,
La galera sobre el su fuego lanza.

Vano es luchar: en vano por auxilio
El compañero al compañero clama;
El acero fatal del asaltante
Su dolorida voz cruel apaga.

Noble descuella en la invasora hueste
Forma sublime de elevada talla,
De largo sable, de brillante peto,
Ancho el broquel y la cimera blanca.

FIESCO

El peso sin sentir de la armadura
Cual pajarillo por las aguas salta;
Y con ligero pié corre veloce
De bajel á bajel, de barca á barca.

No es el estrago del funesto rayo
Terrible más que el de su diestra infanda:
Rastros sangrientos por doquiera deja. . . .
El es, él es: el conde de Lavaña.

Todo se humilla ó se aniquila todo
Allí do posa la insegura planta:
Blande el acero, y á su vista solo
Los enemigos con terror se apartan.

Presto dejando á su poder sujeta
Del almirante la infeliz escuadra,
Al frente marcha de sus bravas tropas
Las naves á atacar republicanas.

FIESCO

Armados ya los marineros todos,
Sobre los puentes sin temor lo aguardan,
Y apenas miran que se acerca intrépido,
Lluvia de fuego asolador descargan.

Corre á torrentes la fraterna sangre,
Se cubren de cadáveres las aguas,
Y mil y mil inanimadas formas
En el mar pavoroso sobrenadan.

La muerte despreciando que horrorosa
Lleva doquier terrífica metralla,
Avanza Fiesco con desnudo sable
Y á las naos impávido se lanza.

Todas se ven en el instante mismo
Por muchedumbre intrépida abordadas,
Que por las cuerdas valerosa sube
Cual por escala de dorado alcázar.

FIESCO

Los golpes á porfía se redoblan;
Acrecen más y más las estocadas;
Retruenan sin cesar los arcabuces,
Y rotos caen yelmos y corazas.

¡Ay! más de un jóven que laureles y oro
Se prometiera, y sempiterna fama,
Del insondable mar en lo profundo
Sepultadas dejó sus esperanzas!

¡Más de un valiente que en su puesto firme
Esgrimió la cuchilla no manchada,
Bravo hasta el fin, del indomable Fiesco
Cayó bajo la diestra sanguinaria!

¡Cuánto mancebo á quien la sed de gloria
Del seno de su madre arrebatará,
En la lucha fatal cayó sin vida,
Cuando ella ¡oh cielos! sin temor soñaba!

FIESCO

Cansado el labio enumerar no puede
La multitud de infortunadas almas
Que á las regiones del eterno olvido
Bajaron ¡ay! en esa noche aciaga.

Adamantina voz fuera impotente,
Cien ardorosas lenguas no bastaran,
Para cantar ¡oh Fiesco! tus proezas;
A referir ¡oh conde! tus hazañas.

Tú enarbolaste tu pendon altivo
En la vencida nave capitana,
Y tu sonoro grito de victoria
Hizo cesar la lucha encarnizada.

¡Ved! Al oírlo el enemigo tiembla:
Todos deponen con terror las armas,
Y en un instante quedan sometidas
A la rebelde gente las escuadras.

FIESCO

Apénas cesa en el calmado puerto
El confuso rumor de la batalla,
Cuando lejano llega á los oídos
El eco de terrífica algazara.

El pecho rebosando de alegría,
Hacen volver á la ciudad las lanchas,
Y más distinto el plácido ruido
Anuncia la victoria deseada.

El pueblo todo de la ardiente Génova
Cubre las calles y espaciosas plazas;
Y *Fiesco, Fiesco*, por el aire suena,
Y *Libertad* estrepitosos claman.

El valiente Verrina descendido
Del leño que la Dársena bloqueara,
Rodeado de gente sobre el muelle
A su caudillo vencedor aguarda.

FIESCO

Apénas mira que á la tierra llega,
Cuando radiante de alborozo exclama:
"La fortuna doquier nos favorece,
Vencen doquier nuestras potentes armas.

"Nuestras son ya de la ciudad las puertas:
Están las fortalezas ya tomadas;
Los enemigos, muertos ó vencidos;
Grande, muy grande ha sido la matanza.

"En este instante tu valiente hermano
De entrambos Dórias el palacio asalta;
Nuevos laureles á ganar marchemos,
Funesta puede sernos la tardanza."

Tiéndele Fiesco la amigable diestra;
Detiene el paso, la visera se alza,
Y á la gente que ansiosa le circunda,
Arenga así con rápidas palabras:

FIESCO

"Mis amigos: el cielo nos protege;
Presto hollará vuestra soberbia planta
El exánime cuerpo de ese mónstruo
Que nos oprime vil y nos ultraja.

"No desmayeis, mis bravos genoveses:
De Libertad la sacrosanta causa
La ayuda vuestra rigurosa exige,
Y nuestra sangre y vida nos demanda.

"Marchémos á beber la del tirano:
Ataquémos intrépidos su alcázar:
Pobres y ricos, nobles y pecheros
Renombre y oro poseeréis mañana.

"¡Ea, marchémos! De mis bravas tropas
Al frente me tendréis en la batalla:
¡Perezcan, sí, perezcan los tiranos!
¡A libertar, á libertar la patria!"

FIESCO

Sigue de aprobacion ronco murmullo,
Y todos le abren respetosa valla;
El por en medio pasa presuroso
Y tras él todos al ataque avanzan.

Ya no muy lejos del ducal palacio,
Cuando á asaltarlo unidos se preparan,
Entre la espesa oscuridad perciben
Que hácia ellos viene sombra encapotada.

Que es mensajero de fatales nuevas
El corazon fatídico presagia:
Acaso de Gerónimo de Fiesco
Viene á anunciar la muerte ó rota aciaga.

Sí: no se escuchan gritos de victoria,
Ni rumor se percibe de batalla:
"Es tiempo aún: volémos á su auxilio;
El paso acelerad," Verrina clama.

FIESCO

Al mirarlos correr, el embozado,
Desenvaina terrífico la espada:
En medio de la calle se detiene,
Y arroja al suelo la pesada capa.

Y en lugar de funesto mensajero,
A la luz de las teas ya cercanas,
Del jóven Dória el rostro se descubre
Que hace brillar amenazantes dagas.

Mas Fiesco las aparta con su brazo;
Grande trecho hácia Dória se adelanta;
Y arrojando el almete: "¿Me conoces,
Le dice, vil tirano de mi patria?"

"¿Sabes que ya llegó el feliz momento
En que mi noble mano ensangrentada,
Haga bajar hasta el profundo abismo
De los infiernos tu ánima execranda?"

FIESCO

“Recuerda, Juan, si enumerarlos puedes,
Tus crímenes sin cuento y tus infamias,
Y pide á Dios perdon de tus maldades
Antes que tu cabeza al suelo caiga.

“Prepárate á morir: ó si pudieres
A tu enemigo combatiendo mata:
Míralo, su cabeza está desnuda;
Yace en el suelo mi robusta adarga.”

A lo cual Dória: Bien te reconozco,
Con voz de trueno dice, alma villana,
Traidor ingrato, fementido amigo,
Adulador infame de mi casa.

“Bien tal pago merecen los incautos
Que en su regazo ¡oh sierpe! te abrigaran,
En vez de hundirte en fétida mazmorra
Que tu traicion horrible demandaba.

FIESCO

“Me avergüenzo; por Dios que me avergüenzo
Con tal villano de medir mis armas;
Mas no importa: á los buitres tu cabeza
Muy presto arrojaré en la árida playa.”

Y Fiesco le responde: No sé cómo
Puedo sufrir, mancebo, tu arrogancia:
Mas te juro que en breve tu cabeza
En alto palo se verá plantada.

“Te juro que tu cuerpo lacerado
Arrastrará entre mofas la canalla,
Y que del tío vil que te protege,
El pecho romperá tu propia daga.”

Dice: y comienza la terrible lucha
Que todos miran con asombro y ansia:
Mortales golpes ambos se dirigen;
Los golpes ambos con destreza paran.

FIESCO

Sin peso de armadura, el joven Dória
Con movimientos rápidos escapa;
La robustez del acerado peto
La vida alarga al conde de Lavaña.

Ora la punta del agudo sable
El limpio acero con fragor rechaza:
Ora veloz el cuerpo se retira
Y el viento hiere cuchillada vana.

Dória, por fin, del éxito impaciente
Asesta á su rival fiera estocada,
Que va derecha al corazon del conde;
Mas en el peto fúlgido resbala.

Pérfida entónces la desviada punta
Bajo el siniestro brazo honda se clava;
Mas nuevas fuerzas y vigor inmenso
A Fiesco da la sangre derramada.

FIESCO

No con tal furia Aquiles de Larissa
Bajo los muros de Ilton sagrada,
Hirviendo en ciega cólera, el postrero
Golpe mortal sobre Héctor descargara;

Cual Fiesco ahora, con robusto brazo
Su fuerte acero asolador levanta,
Y lo deja caer, y un golpe solo
La alta cabeza del rival separa.

Roncos aplausos á su muerte siguen;
Y la cabeza aún, ya destroncada,
Vuelve al oirlo sus marchitos ojos
Y una mirada aterradora lanza.

¡Desdichado mancebo! La fortuna
Placentera á reinar lo destinaba;
Mas en hora fatal trocó los hados
La voluntad del cielo soberana:

FIESCO

Y en lugar de presentes y diademas
Recibe, muerto ya, mil puñaladas,
Y la plebe en odiosa muchedumbre
Sobre su cuerpo inanimado pasa.

Mientras, los senadores presurosos
Del senado se juntan en la sala,
Y uno tras otro rápidos penetran
Con débil paso y faz desencajada.

Espínola el postrero se presenta
Cubierto de sudor, pero con calma,
Y á los ansiosos próceres reunidos
Dirige así veloce la palabra:

“Senadores, ya todo se ha perdido;
El tiempo no es de discusiones largas;
Cautela, actividad, premura exige
El estado fatal de nuestra causa.

FIESCO

“En este instante los rebeldes entran
Victoriosos al ducal alcázar;
Del jóven Dória cubren el cadáver
Heridas ciento de alevosas dagas.

“Vanos han sido mis esfuerzos todos
Para alentar los derrotados guardias:
Las sorprendidas tropas han huido
Y las galeras quedan apresadas.

“A mil peligros el anciano Dória
En su caballo de escapar acaba:
Desórden y anarquía por doquiera
Destrozan rudos la infelice patria.

“Fin imponed á inútiles arengas,
Y al viento tremolando enseña blanca,
Venid conmigo humildes á postraros
Del fiero vencedor ante las plantas.

FIESCO

“Intrepido luché con mis soldados;
En medio me arrojé de la metralla;
Cubierto vengo de sudor honroso;
Mirad en sangre tinta mi coraza.

“Mas todo en vano: á mi cruento lado
Ni sombra me quedó de amiga espada:
Más tiempo combatir fuera locura.
Sustituya la súplica á las armas.

“Si no queréis que Génova perezca,
¡Oh! seguid mi consejo sin tardanza;
No hay otro medio: Espínola lo dice;
De Espínola fiad en la palabra.

“Si á tanta humillacion hoy me sujeto,
Si hora se abate tanto mi pujanza,
Es tan solo, creedme, Senadores,
Para salvar mi patria infortunada.

FIESCO

“¿De qué sirve verter inútil sangre,
Sin gloria, sin honor, si hazaña tanta
Solo ha de remachar esas cadenas
Que fementida tiéndonos la Francia?

“Tiempo es aún de remediar los males
Que acrecentar podria nuestra audacia.
¡Resolucion! Al vencedor unidos,
Salvémos ¡oh! salvémos nuestra patria.

“Si no, lo que motin hora parece
Presto será dominacion extraña;
Y ya sabeis, señores, cuán terrible
Es de Francisco la feroz venganza.”

Apénas cesa, el jóven Bocanegra,
Con ímpetu fogoso se levanta,
Y, “¿Quién creyera, dice, Senadores,
Que tal mengua pacientes escuchárais?”

FIESCO

“¿Qué es de la sangre que arde en nuestras ve-
¿Qué se hizo nuestra fama decantada? (nas?
¡Oh Espínola! ¿qué es ya de la bravura
Que á tu familia ilustre señalara?

“Por Dios que ya tu miedo inexplicable
Solo presenta á tu ánimo fantasmas,
Y ese motin de marineros ebrios
En invasion convierte de la Francia.

“¿Qué importa que los guardias sorprendidos
Hayan huido ante esa turba insana?
Yo solo, yo, con mi tajante sable
A los rebeldes todos derrotara.

“Combatamos sin tregua, Senadores,
Hasta vencer en desigual batalla:
Combatir hasta el fin. . .” é interrumpiéndole
El anciano Grimaldi, grave exclama:

FIESCO

“Ten ¡oh mancebo! tu insultante lengua:
Refrena un poco ¡oh jóven! tu arrogancia:
Y mis consejos dócil escuchando
A la experiencia cede de estas canas.

“Con hombres más audaces he vivido:
Otras he visto poderosas razas,
Cual hoy el mundo producir no puede,
Que mis mandatos sabios acataban.

“Vieron tambien mis ojos á esos héroes
Con quien diez de vosotros no lucharais,
Humillarse á los débiles á veces
Por la salud de su adorada patria.

“Así, no es mengua que marchemos todos
Ramos llevando de la oliva sacra,
Y el trono á Fiesco humildes ofrecemos
Para salvarnos y templar su saña.”

FIESCO

“Marchemos, pues, ilustres Senadores;
Marchemos, pues, con suplicantes palmas:
El orgullo funesto depongamos
Y la prudencia guie nuestras plantas.

“Modera tus discursos, Bocanegra,
Aunque rival no tenga tu pujanza:
Y tú, Espínola, olvida generoso
Las palabras que incauto él pronunciara.

“Alcémonos, colegas, presurosos
Que ya las horas rápidas avanzan:
Hechos en vez de fútiles arengas
La fortuna de Génova demanda.”

Nadie ósa replicar á su discurso,
Que cual rocío cae sobre sus almas,
Y en procesion pacífica desfilan
Los senadores al ducal alcázar.

FIESCO

¡Ay! ¡Cuán poco esta humilde comitiva
A aquella comitiva asemejaba,
Que al comenzar de la tremenda noche
Leyes á toda Génova dictara!

Heraldos mil de estrepitosas lenguas
Ya no pregonan su feliz llegada,
Y al pronunciar de Fiesco el débil nombre,
La voz les tiembla sin saber la causa.

Mas en lugar del conocido labio,
Eco altanero inesperado clama:
“Fiesco no existe: á mí, y á mí tan solo
Pida y será la súplica escuchada.”

No con tal gozo en la llanura inmensa
Del infernal desierto de Sahara,
Cuando del sol los infecundos rayos
Abrasan la sedienta caravana,

FIESCO

El árabe cansado de impreviso
Ve la fértil oasis deseada,
Que claras fuentes pródiga le ofrece
Y grata sombra de arrogantes palmas;

Como el Senado escucha tal noticia
Que valor les infunde y arrogancia:
Maravilloso es ver con qué presteza
Todos su tono y expresiones cambian.

¡Vanidoso Gerónimo! ¿Qué has hecho
De tu hermano contando la desgracia?
Tu necio orgullo todo lo ha perdido,
Cuando todo tenias á tus plantas.

Ludovico maldice tu locura
Desde el profundo seno de las aguas,
Donde en momento de fatal memoria
¡Ay! le arrojó tambien locura insana.

FIESCO

¡Infeliz Ludovico! ya á sus huestes
Rendida, toda Génova miraba;
Venian ya hácia él los senadores
La corona á ofrecerle que anhelara;

Ya su inmensa ambicion insaciable
Al blanco más excelso era llegada,
Cuando en mala hora se oye en las galeras
Aterrador tumulto y algazara.

Por el confuso estrépito angustiado
A las galeras presuroso marcha:
Alas le da el furor; con pié ligero
Cruza las aguas por estrecha tabla.

Mas ¡ay incauto! resistir no puede
El frágil leño pesadumbre tanta;
Cruje, se rompe, y desaparece Fiesco
Como suele en las sombras la fantasma.

FIESCO

Así traidora la falaz fortuna
Hasta los cielos al mortal ensalza,
Y con mano feroz lo precipita
Del hondo averno hasta la sima infanda.

En las pobladas márgenes del Sena
Excelso así se encumbra el aeronauta;
Y de las nubes, al profundo río,
Victima cae de su fatal confianza.

FIESCO

V

¿Visteis el cielo que risueño alegre
El insondable golfo mexicano
De espesas nubes súbito cubrirse,
Luego tronar y retronar airado?

¿El silbo oísteis del furioso Bóreas,
Y el bramido feroz del mar insano,
Y el frecuente crujir del frágil leño
A merced de las olas agitado?

¿Visteis la rapidez con que instantáneas
Señales tan terribles cesaron,
Y á fresca tarde bellos sucedieron
De la alba luna los serenos rayos?

FIESCO

¿Visteis trocarse la plegaria humilde
Del arpa dulce en los acentos gratos,
Y de la nave en el tranquilo puente
Improvisarse plácido sarao?

No de otra suerte en Génova la hermosa
De la pasada noche el fiero estrago
De repente cesó, dejando apénas
De su ciego furor ligeros rastros.

Del rojo sol el encendido globo
Pronto á llegar á su temido ocaso,
Los dorados balcones ilumina
De colgaduras ricas adornados.

Ostentan orgullosas las doncellas
Soberbias vestes de oro y de brocado,
Y á los gallardos jóvenes se mira
Las anchas calles recorrer ufanos.

FIESCO

Presto se escucha el relinchar fogoso
De ciento y ciento rápidos caballos,
Que en procesion espléndida conducen
Nobles ginetes al ducal palacio.

Presidiendo la ilustre comitiva,
De vistoso cortejo acompañado,
Fiero aparece el soberano Dória
Sentado altivo en triunfante carro.

Vivas sin fin escúchanse doquiera;
El gozoso cañon retruena en tanto,
Y música marcial puebla los vientos
Con aromas sin fin embalsamados.

¿Qué es ya de los valientes Genoveses?
¿Dó están ahora los rebeldes bravos
Que al oprimido pueblo prometieran
Del yugo de los Dórias libertarlo?

FIESCO

Védlos ahí con faz adolorada
Al mismo Dórina alegres victoreando,
Cuya cabeza horrisonos pedían
Vil opresor llamándole y tirano.

Otros siguen el mísero camino
Del que buscaron ¡ay! destierro amargo;
De otros, en fin, los lacerados cuerpos
A los peces del mar sirven de pasto.

Así de vil gusano la soberbia,
De Dios abate la potente mano,
Cuando á la cumbre de elevado monte
Subir pretende con tardío paso.

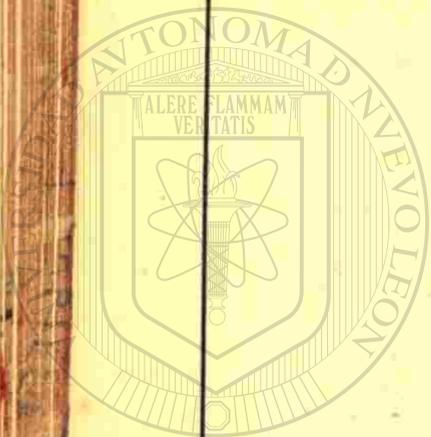
¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?
¿Adónde fueron los soberbios lauros
Que los rebeldes fieros prometíanse
Al blandir sus puñales inhumanos?

FIESCO

¡Ay! al tocar las elevadas nubes
Solo se hundieron en horrible fango;
Y al respirar de Libertad la brisa
¡Infelices! sus grillos remacharon.

Sus crímenes en página enlutada
Conservarán de Génova los fastos,
Y al leer sus maldades inauditas
Nádie dirá siquiera: "triunfaron."

¡Fiesco! tu rebelion inolvidable
¡Qué huellas tan funestas ha dejado!
Sangre, matanza, huérfanos, viudas,
Y un renombre inmortal, pero execrando.



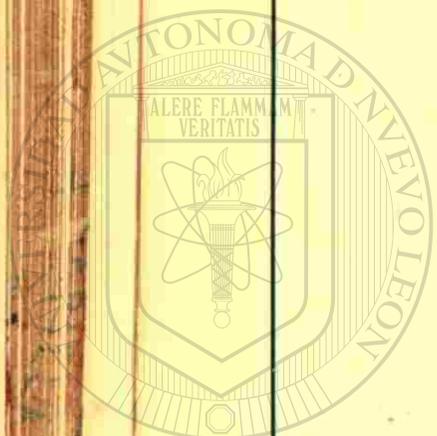
LIBRO CUARTO

—❦—
ODAS

HIMNOS Y CANCIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODAS

EN LA CANONIZACIÓN

DE LOS

MARTIRES JAPONESES

*Filia Jerusalem, venite et videte
Martyres cum coronis, quibus coro-
navit eos Dominus.*

¡Venid y ved mil mártires gloriosos
Ornados de las fúlgidas coronas
Con que ciñó Jehová su augusta frente!
¡Venid y ved! Pastores que animosos
Los rebaños pacéis, que el sol ardiente
Del Ecuador abrasa, y los que cerca
Perpétua nieve en las heladas zonas.

ODAS

¡Venid y ved! los que del Pó y el Arno
 Bebeis las dulces aguas; ó en el Sena
 Apagais vuestra sed; los que en Bretaña
 La fe gloriosa de inclitos mayores
 Fervientes encendeis; los que en España
 No indignos sucesores
 Os mostrais de Ildelfonsos y Leandro;
 Los que habitais las plácidas comarcas
 Que baña el Rin, y el Neva, y el Danubio,
 Y las vastas regiones que fecunda
 El caudaloso Nilo, ó el Vesubio
 De roja lava destructor inunda.
 Venid todos, venid, del Orbe entero
 Pontífices augustos,
 De la Esposa sin mancha del Cordero
 A presenciar las inefables glorias:
 Venid; y de los Mártires de Cristo
 Cantad en torno mio las victorias.”

Desde lo alto del monte Vaticano,
 Así intrépido clama
 Con voz sonora majestoso Anciano.

ODAS

Aligera la Fama
 Del Sucesor de Pedro el sacro acento
 Por doquiera difunde en un momento.
 Por apagarlo en vano
 Se esfuerza la Impiedad: al Capitolio
 Sus huestes dirigir en vano intenta
 Y derribar sangrienta
 Del Nono Pio el venerando solio.

¡Miradla! Al pié de los nevados Alpes
 Su inmensa forma al Universo ostenta,
 Gigante meretriz: sus vestiduras
 Tintas están en inocente sangre,
 Y robada coraza
 Cabre empañada su abultado seno:
 Ajeno escudo embraza,
 Y orna su frente, de metal ajeno,
 Mal forjada diadema. Centellantes
 Sus torvos ojos furibunda fija
 En la Eterna Ciudad; y fascinada,
 La maldice con labios espumantes
 Y la amenaza con su rota espada.

ODAS

¡Insano maldecir! Del mar Tirreno
 Ya las azules ondas desaparecen
 Bajo millares de extranjeras naves,
 Que plácidas se mecen
 Llevadas por los zéfiros sñaves.
 Allí del Nuevo Mundo; allí de Europa;
 Allí de Libia y del lejano Oriente
 De Pontífices viene augusta tropa;
 Y mil y mil Levitas
 E inmensa turba de piadosa gente
 En torno suyo á Roma se dirigen.
 Mil cánticos sagrados
 Al trueno se unen del cañon festivo
 Que anuncia de los inclitos varones
 El anhelado arribo.
 Todos con palpitantes corazones
 Cercan postrados al Pastor Supremo;
 Y con el rostro en lágrimas bañado,
 Atestiguan al Mundo
 Su intensa devocion y amor profundo
 Al Padre de los Padres venerado.

ODAS

Raya, por fin, la suspirada aurora;
 Y de la excelsa cumbre
 Del Vaticano monte, el infalible
 Vicario de Jesus, de la alma lumbre
 Del Creador Espíritu animado,
 Muestra al Orbe la espléndida aureola
 Que á la inclita falange en torno brilla
 De mártires sin fin, que merecieron
 En el Japon lavar su blanca estola
 Con sangre del Cordero sin manchilla.
 Del Pontífice-rey la voz sagrada
 En las excelsas bóvedas retumba
 De la inmensa Basílica; palpitan
 Los pechos de la turba al escucharla:
 Truena el cañon, y manos mil agitan
 Alborozadas los alegres bronces,
 Y las vencidas Puertas del Infierno
 Rechinan con fragor sobre sus gonces.
 La Madre Iglesia en tanto
 Enjuga el que la baña, amargo llanto,
 Y á la márgen del Tiber se presenta,

ODAS

¡Matrona celestial! Fúnebre velo
 No oculta ya su faz. Soberbia veste
 De mil colores matizada ostenta;
 De púrpura y brocado
 Vistoso manto cuelga de sus hombros
 De perlas y diamantes salpicado;
 Y en vez de las espigas
 Con que sus blandas sienas circundara,
 Pontifical tiara
 Y triplece diadema orna su frente:
 Rayos despide de celeste lumbre
 Su rostro refulgente;
 Y la sonrisa angélica que brilla
 En sus rosados labios, la esperanza
 Que la anima revela, y nos augura
 Dorado porvenir de bienandanza.

Entrambos ojos al sereno cielo
 Eleva suplicante; y penetrando
 El azulado velo,
 De Jehová postrados ante el trono
 Los Japoneses mártires divisa

ODAS

Cercados de esplendor. Férvidas preces
 Por la de Pedro combatida nave
 Alzan á Dios; y humildes presentando
 Sus llagas y su cruz, por tí mil veces
 Oran tus hijos, ¡oh del gran Loyola
 Inclita Compañía! y los que vieron
 La luz en tu regazo, ¡oh Española
 Gloriosa tierra, en mártires fecunda!
 Por tí sus votos al Señor dirigen.
 Del mexicano suelo el Protomártir
 Resplandece entre todos. ¡Cuál conjuran
 Sus ardientes plegarias, los que afligen
 A México infeliz males infandos!
 ¡Cuál sobre sus Pontífices errantes
 Invoca del Señor las bendiciones,
 Generoso patrono! ¡Ah! Las constantes
 Súplicas de sus fieles campeones
 Dios no desechará: su augusto cetro
 Benigno tiende, y plácida mirada
 Lanza sobre su intrépido Vicario.
 Lo ve la Madre Iglesia; y ya segura
 De la victoria, fulminante espada

ODAS

Guerrera empuña: fúlgida armadura
Viste sobre su túnica; y al viento
Tremolando, entre vítores sin cuento,
La enseña de las Llaves celestiales,
Sus legiones convoca sacrosantas,
Hasta hacer de las huestes infernales
El escabel humilde de sus plantas.

ODAS

EN LA CONSAGRACION EPISCOPAL

Del Excmo. Sr.
Nuncio Apostólico en Bélgica

MONSEÑOR MIECISLAW LEDOCHOWSKI,

*Antiguo Delegado
de la Santa Sede en Nueva Granada,
actualmente
Cardenal Arzobispo de Gnesen y Posen.*



Permite que también mi humilde mano
Una sencilla flor tímida añada
A la corona con que ornó tu frente
Un tiempo la católica Granada.
¡Gloria y honor de la Polaca gente!
Aunque tu noble rostro

ODAS

Jamás miré, ni de tu voz sonora
 El eco nunca resonó en mi oído,
 La Fama voladora
 Tus claros hechos, al rincón oscuro
 En que yazgo, ha traído.
 Mil veces pronunció tu ilustre nombre
 La juventud brillante, que á tu puro
 Celo y santo fervor debe la dicha
 De hollar de Roma el venerando polvo.
 Mil veces tus loores
 Escuché entusiasmado de su labio,
 Y te admiré sin conocerte ¡oh sabio
 Legado del Pastor de los Pastores!
 Y ardiente en mi alma se encendió el deseo
 De contemplar tu faz; y al fin cumplido
 Este día faustísimo lo veo.
 De episcopal ropaje revestido
 A mi afanosa vista te presentas:
 Sobre tu pecho ostentas
 La cruz, que tanto tu virtud merece;
 Y el pastoral anillo
 En tu dedo fulgente resplandece.

ODAS

Al mirarte, doquier vivas sin cuento
 Y aplausos mil y mil llenan el viento;
 Y de Polonia el pueblo, y el Romano,
 Y de América el hijo,
 Llenos de regocijo
 Te proclaman Pontífice Tebano.

Solo en medio del público alborozo
 De cuando en cuando los oídos hieren
 Prolongado sollozo.

Es la joven Granada. Entre cadenas
 Yace allende los mares, recostada
 Sobre las duras peñas de los Andes.
 La túnica preciosa, en que las plumas
 Primitivas trocara, desgarrada,
 Sus heridas hondísimas descubre.
 Baña copioso llanto
 Su dolorida faz; que ni procura
 La infeliz enjugar: en su amargura
 Vuelve al inmenso mar los tristes ojos,
 Y con acento lánguido te llama;

ODAS

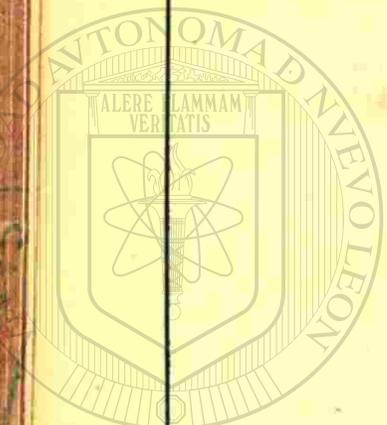
¡Oh Tebano Pastor! y *Padre*, clama:
Padre, repite; y sin hallar consuelo
 La cansada cabeza
 Deja caer sobre el mojado suelo.

¡Desventurada! Sus amargos ayes
 No te es dado escuchar. A otras regiones
 Te aprestas á llevar las bendiciones
 De que amoroso la colmaste un día.
 Ya la piadosa Bélgica sus brazos
 Te abre llena de amor; ya de tu nave
 Las extendidas lonas
 Hinche apacible zéfiro suave:
 Ya de Cristo el santísimo Vicario
 El ósculo de paz en tu alba frente
 Imprime, y en tu diestra dulcemente
 El ramo pone de sagrada oliva
 Que has de llevar al Belga hospitalario.

¡Vé; vuela do te llama
 Tu sublime mision! Veloz la Fama
 Con sus trompas sin cuento te preceda;

ODAS

Te acompañe la Paz; y la Fortuna
 Haga parar su no cansada rueda.
 De aureóla brillante
 Tu majestosa sien la Gloria ciña;
 Y cuando á Roma tornes triunfante
 Tu sacra veste en púrpura se tiña.



EL MAR

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos
Ese bramido furibundo suena!
¡De cuánto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!

¡Cómo del agua la color oscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!

ODAS

¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!

¡Cómo las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!
Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desaparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilon su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada
A lo léjos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.

ODAS

Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa,
Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo tambien á desafiar en breve
El tempestoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan solo tú, Señor, que en Tiberiades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.

ODAS

¡Estrella del Océano! que guías
 En la borrasca al infeliz marino,
 Resplandeciente alúmbrame el camino:
 De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santuario
 Presto te eleve mi oracion ardiente,
 Y que se postre mi devota frente
 De Cristo ante el Santísimo Vicario.

ODAS

AL RODANO.

—
 ¡Oh Ródano afamado,
 Oh caudaloso rio,
 Más rápido que el viento
 Y el huracan temido!

¡Con qué placer tus aguas
 Embelesado miro
 Regar mil y mil campos
 De vides y de olivos!

De fértiles colinas
 Ya bañas fugitivo
 El pié, que llena Agosto
 De pesados racimos,

ODAS

O ya la orilla lames
De llanos infinitos
Do brota el rico grano
Del Indostan traído.

Tal vez en tu ribera,
De algun feudal castillo
Descábrese entre musgos
El torreón sombrío;

O tal vez, en dos brazos
Tu cauce dividido,
Algun ameno islote
Se mira de improviso.

¡Cuán bellos son tus campos
En el Abril florido!
Tus márgenes feraces
¡Cuánto en Otoño admiro!

ODAS

El zagal abrasado,
¡Con cuánto regocijo
No salta entre tus ondas
En el ardiente Estío;

O de la luna triste
Bajo el rayo tranquilo
Sobre ellas se desliza
En frágil botecillo!

Pero también ahora,
¡Oh Ródano divino!
También eres hermoso
En el Invierno impío.

Ya ardiente las entibie
Del sol el fuego vivo,
O ya sobre ellas floten
Hielos endurecidos;

ODAS

Ya guarden en su curso
Los límites prescritos,
O inundén los feraces
Campos circunvecinos;

Tus ondas siempre ofrecen
El plácido atractivo
Que prodiga Natura
Te dió desde el principio:

Y al paso que deleitan
Con su correr continuo
Los ojos del viajero
Que admírate embebido,

Excitan en el alma
Recuerdos los más vivos
De edades muy remotas,
De tiempos muy antiguos;

ODAS

Allá cuando sentiste
Peso desconocido
Y cubrieron tus aguas
Mil Atícos navíos;

Y viste en un momento
En tu márgen florido
Alzarse mil ciudades
Y teatros y circos.

De Rómulo llegaron
Después los bravos hijos,
Y en tu orilla erigieron
Muros y templos ricos.

Cuando la vista absorto
En tu corriente fijo,
De Aníbal la bravura
Me pasma; y me imagino

ODAS

Que veo al renombrado
 Cartaginés invicto
 Cruzarte con su inmenso
 Ejército aguerrido.

Sus Púnicos infantes
 Paréceme que miro:
 Sus bárbaros ginetes,
 Sus elefantes indios.

¡Ay! ¡Quién escenas tantas
 Como tú hubiera visto!
 ¡Quién, los hechos gloriosos
 De que has sido testigo!

De férvidos Cristianos
 Los horribos martirios,
 Y de ínclitas ciudades
 Los inmortales sitios;

ODAS

De ejércitos valientes
 Combates infinitos
 De que solo la fama
 Llegó á nuestros oidos,

Todo lo presenciaste,
 Afortunado Rio:
 Felicidad tamaña
 ¡Cuánto, cuánto te envidio!

De cadáveres nobles
 Tambien te viste henchido,
 Que arrojara á tus ondas
 Escandaloso siglo;

Y vistes á tus peces
 Avidos engullirlos,
 En veneno trocando
 Su cuerpo apetecido.

ODAS

En estos gloriosos
Pensamientos me abismo;
Y ni temo las nieves
Ni siento el crudo frío:

Mas mientras en la remota
Antigüedad medito,
Recuerdo involuntario
Oprime el pecho mio.

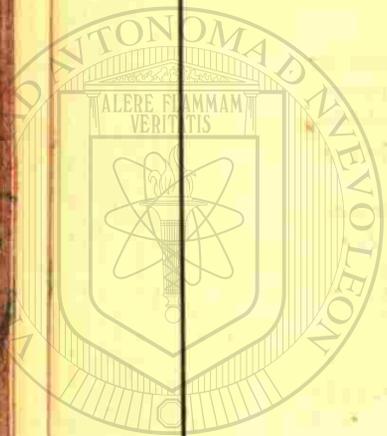
Recuérdanme esas nieves
Las que en los altos riscos
De mi adorada patria
Cubren rocas y pinos;

Las que coronan bellas
Al Orizaba altivo
Cuya sublime cumbre
Alcanza al cielo mismo;

ODAS

A esa montaña excelsa
Que, el faro ya perdido
Que á Veracruz alumbró
Desde el fuerte castillo,

Su frente gigantesca
Mostraba y albo *Pico*
Al alejarme triste
De mi suelo natío.



ODAS

IMITACION
DE HORACIO

Otros celebren
A Roma santa:
A augusta Londres;
A insigne Mantua;
A la opulenta
Perla de Francia,
O á la señora
Que rodéada
De las azules
Ondas del Adria,
Se dice hermosa
Reina de Italia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODAS

Vense poetas
 Que siempre cantan
 Las hermosuras
 De su Granada;
 Con su soberbia,
 Sin par Alhambra,
 Y aquella amena
 Vega encantada
 Que mil preciosas
 Flores esmaltan.

Mas ni Florencia
 Tanto me agrada
 Sobre sus verdes
 Campos sentada
 Que el Arno manso
 Tranquilo baña;
 Con mil jardines
 Engalanada,
 Y con mármóreas
 Ricas estatuas
 Que se contemplan

ODAS

En cada alcázar;
 Ni las famosas
 Suizas montañas
 Que hasta las nubes
 Sus cumbres alzan,
 Cubiertas siempre
 De nieves blancas,
 Miéntras azotan
 Sus verdes faldas
 De lagos puros
 Las ondas claras;
 Como los montes
 Que de mi patria
 El suelo cubren
 Con oro y plata
 Que arrojan todos
 De sus entrañas.

Mi humilde suerte
 Yo no trocara
 Con la opulencia
 De cien monarcas,

ODAS

Cuando me encuentro

Junto á la clara

Fresca laguna

Que con sus aguas

Mi sed primera

Dulce apagara:

Hermoso es verlas

Cuando retratan

A la apacible

Luna argentada,

Que temblorosa

Su luz derrama

Sobre las quintas

Y las cabañas,

Que graciosas

En torno se alzan.

Mas cuando dora

Risueña el alba

Los arroyuelos

Que entre escarpadas

Peñas y riscos

Veloces bajan

ODAS

Sus puras linfas

A regalarla;

No hay en la tierra

Region humana

A que pudiera

Ser comparada:

Tivoli misma

Con sus cascadas,

En atractivos

No la igualara.

Venid, amigos,

A mi morada:

Humilde mesa

Ya nos aguarda;

Y aunque sin ricas

Suntuosas viandas,

Veréis los vinos

En abundancia;

Y entre las flores

Y ricas dalias,

Llena la copa

ODAS

De buen champaña,
 Queden las penas
 Allí olvidadas,
 Y los dolores
 Del pecho salgan:
 Risa tan solo,
 Placer y holganza,
 Hallarse deben
 Donde sus gracias
 Naturaleza
 Prodigia ufana;
 Y á manos llenas
 Siempre derrama
 Tanta hermosura,
 Belleza tanta.

ODAS

LA VIOLETA
 DEL TAMESÍ

—
 Violeta pálida
 Que airosa brilla
 En las orillas
 Del Pó y Genil,
 ¿Por qué raquítica
 Tu faz doblegas
 Acá en las vegas
 Del Tamesí?
 ¿Por qué tus pétalos
 Abres gigante
 Cabe el distante
 Guadalquivir,
 Y pequeníssima
 Tu azul corola
 Muestras, oh viola,
 Del Tamesí?

ODAS

De buen champaña,
 Queden las penas
 Allí olvidadas,
 Y los dolores
 Del pecho salgan:
 Risa tan solo,
 Placer y holganza,
 Hallarse deben
 Donde sus gracias
 Naturaleza
 Prodigia ufana;
 Y á manos llenas
 Siempre derrama
 Tanta hermosura,
 Belleza tanta.

ODAS

LA VIOLETA
 DEL TAMESÍ

Violeta pálida
 Que airosa brilla
 En las orillas
 Del Pó y Genil,
 ¿Por qué raquítica
 Tu faz doblegas
 Acá en las vegas
 Del Tamesí?
 ¿Por qué tus pétalos
 Abres gigante
 Cabe el distante
 Guadalquivir,
 Y pequenísima
 Tu azul corola
 Muestras, oh viola,
 Del Tamesí?

ODAS

¡Qué! ¿De los trópicos
 El sol fulgente
 Asaz caliente
 No es para tí?
 ¿Riego benéfico
 No te depara
 El agua clara
 Del Tamesí?
 De lirio cándido
 Corona hermosa
 De blanca rosa
 Y albo jazmin
 Formaba espléndida
 Gallarda ninfa
 Junto á la linfa
 Del Tamesí,
 Y á la aromática
 Guirnalda en vano
 Quiso la mano
 Diestra y gentil
 Con lazo sério
 Dejar sujetas
 Unas violetas
 Del Tamesí.

ODAS

Huyendo tímidas
 Del tierno dedo;
 Borrando el miedo
 Su azul matiz,
 Cayeron lánguidas,
 Todas marchitas
 Las violetitas
 Del Tamesí.
 Antes que rápida
 Las sumergiera
 Corriente fiera
 Las recogí;
 Y entre las páginas
 De libro de oro
 Puse el tesoro
 Del Tamesí.
 Secos los cálices,
 Ya sin olores,
 Miré, las flores
 Al oprimir;
 Y contemplándote
 Tan diminuta,
 ¡Oh viola enjuta
 Del Tamesí!

ODAS

Violeta pálida,
 (Dije) que brillas
 En las orillas
 Del Pá y Genil,
 ¿Por qué raquítica
 Tu faz doblegas
 Acá en las vegas
 Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote
 Violeta mía:
 Que todavía
 No llega Abril.
 Aun sopla el Abrego,
 Y prematura
 Ya tu hermosura
 Ve el Tamesí.

No gozas, misera,
 Vida completa,
 Y ya ¡violeta!
 Ser del pensil
 Reina magnífica
 Quieres ansiosa;
 Quieres ser diosa
 Del Tamesí.

ODAS

¡Oh flor simpática!
 Paciente espera
 Que primavera
 Tome feliz;
 Y á amantes zéfiros
 Nunca respondas
 Sin que las ondas
 Del Tamesí

Temple vivífico
 Calor suave;
 Mientras el ave
 No cante aquí.
 Entónce admírente
 Más exquisita,
 ¡Oh violetita
 Del Tamesí!

Mientras mortífero
 Reine el invierno,
 Guarda tu tierno
 Tallo sutil;
 Tu vida plácida
 Cuida y conserva
 Entre la yerba
 Del Tamesí.

ODAS

Y cuando fúlgido
Despunte el rayo
Del sol de Mayo,
Tórnate á abrir.
Entónces júrote,
¡Violeta hermosa!
Serás la diosa
Del Tamesi.

ODAS

A ESTACIO

AL LEER SU "PSITTACUS MELIORIS."



JUGUETE ANACREONTICO

Cantó el divino Homero
La cólera de Aquiles;
De Eneas las hazañas
El Mantfiano Cisne:

Los Olímpicos juegos
A Pindaro sublime,
Y á Ovidio sus amores
Dieron renombre insigne:

ODAS

V tú, sin par Estacio,
Más que todos felice,
Famoso eternamente
Tu claro nombre hiciste,

Del papagayo hermoso
Que alegró los convites
De Melior, cantando
La pérdida sensible.

¿Qué valen, comparadas
Con esos versos tristes
Las fieras descripciones
De batallas horribles?

¿Qué los ruidosos cantos
De bailes y festines
Y las amargas quejas
De amantes infelices?

ODAS

Las antiguas coronas
Con que su frente cifien
Depongan los cantores
De Eneas y de Ulises.

Orna tu sien con ellas,
Tú, que cantaste triste
De un verde papagayo
La pérdida sensible.

ODAS

SANTA CATARINA DE SENA

*Traducción
del latín de Carlos de Aquino.*

PALINODIA A LA ODA XV DE ANACREONTE

¿Por qué, Virgen etrusca,
Con esquiz vez repeles
Las flores recogidas
En el jardín celeste?

¿Por qué áspera corona
De espinas, di, prefieres
Para adornar con ellas
Tus virginales sienes?

ODAS

Mas ella: "Te equivocas
(Responde dulcemente)
Esa áspera guirnalda
De espinas, que aborreces,
Compónese á mis ojos
De rosas y claveles;
Y esotra primorosa
De flores que me ofreces,
Tejida está á mi vista
De cardos solamente."

HIMNOS

HIMNO

*Para los alumnos del Colegio Pio-Latino-Americano
de Roma.*

CORO

*¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos con voz armoniosa
Al Señor de los Cielos cantad.*

I

¡Dios Eterno! Tus hijos amantes
De la patria adorada lejanos,
A Ti elevan fervientes las manos
De la tumba de Pedro en redor.
Sus plegarias acoge benigno:
A sus ruegos inclina tu frente;
Y de gracias copioso torrente
En sus almas derrama ¡oh Señor!

HIMNOS

CORO

*¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos con voz armoniosa
Al Señor de los Cielos cantad.*

II

Coronada de oliva y de rosas
Desplegada la cándida enseña,
Haz que baje del cielo risueña
A abrazarnos gozosa la Paz.
Entre lirios y blancos jazmines
Fije aquí su dichosa morada
La Inocencia; y jamás sonrojada
Nos oculte su angélica faz.

CORO

*¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos con voz armoniosa
Al Señor de los Cielos cantad.*

HIMNOS

III

Tremolando tu Cruz, la celeste
Fortaleza descienda radiante:
Ella venga de duro adamante
¡Oh Señor! nuestros pechos á armar.
De su fúlgido escudo cubiertos
Y blandiendo su espada terrible,
Nos conduzca su diestra invencible
Contra el hórrido Averno á luchar.

CORO

*¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos con voz armoniosa
Al Señor de los Cielos cantad.*

HIMNOS

HIMNO

PARA LAS NIÑAS DEL COLEGIO DE JACONA
CERCA DE ZAMORA.

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

I.

Rompe del claustro la reja,
Rasga á la vírgen el velo,
Insulta al benigno cielo
El hijo de la Impiedad.
Pero no exhale una queja
Ni arda vengativo en ira
El pecho que á unirse aspira
Al Dios de eterna bondad.

HIMNOS

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

II.

Con la modestia por toca,
Con la pureza por manto,
De Dios con el temor santo
Por escudo virginal:
Inmóviles como roca
En medio del mar profundo,
Será el borrascoso mundo
Nuestro recinto claustral.

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

HIMNOS

III.

Por cada virgen que lanza
Allende la mar de Atlante
El espíritu arrogante
Del tirano Lucifer;
Caridad, Fe y Esperanza,
Redoblando nuestro aliento,
En nuestro suelo otras ciento
Harémos reblorecer.

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

IV.

No carecerá de lecho
El moribundo y doliente;
El anciano y el demente
Seguro asilo hallarán.

HIMNOS

Y dulce materno pecho
Grata hospitalaria estancia
A la desvalida infancia
Brindaremos con afan.

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

V.

Niñas, vírgenes, matronas,
De cariño testimonio,
Tributad al gran Antonio
Que de Padua fué esplendor,
Y tejed verdes coronas
De filial amor en prueba,
A quien digno el nombre lleva
Del celeste protector.

HIMNOS

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

VI.

Caed, niñas, de rodillas,
Y con voz conmovedora
De la Iglesia de Zamora
Por el santo Gefe orad.
Bañe el llanto las mejillas
De gozo, y en suave tono
Al glorioso Pio Nono
Reverentes aclamad.

CORO

*Almas santas, que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor:
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.*

ODAS

A UN PRELADO

AL PARTIR PARA SUD AMERICA.

Césen los vientos y aquilones rudos
Apénas pises la veloce nave;
Solo presenten las azules ondas
Límpido espejo.

La triste niebla presto se disipe;
Luzcan los rayos del benigno Febo:
Hinche tus lonas con ligero soplo
Brisa suave,

ODAS

En las tinieblas de la oscura noche
Dulce te alumbré la fulgente luna;
Abran las aguas á tu frágil leño
Fácil camino.

En el desierto de la mar inmensa
Siempre acompañen tu bajel aislado
Marinas aves de ligero vuelo,
Corvos delfines.

Presto aparezca la anhelada playa;
Y cuando huelles su fatal arena,
Rápida ahuyente la temida peste
Grato Favonio.

Cúbran entonces el brillante cielo
Nubes que él aire cándidas refresquen,
Y que mitiguen la que el sol arroja,
Vívida lumbre.

ODAS

El que á los mares límites impuso,
El que los vientos suelta y encadena,
A la remota tierra americana
Salvo te lleve.

Salvo te lleve; y en tu larga ausencia
De nuestros pechos el dolor mitigue;
En nuestras almas bienhechor infunda
Dulce consuelo.

ODAS

A MI LIRA

—
¿Por qué, cítara amada,
A acompañar mis cantos te rehusas?
¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas
En alejar de mi mansión las Musas?
En vano á las Piérides divinas
Ansioso invoco; y las ardientes preces
Que escucharon benignas otros días
En vano les repito; tú enmudeces,
Y las hijas de Apolo
De la cítara al són acuden solo.

¿Por qué conmigo, oh lira,
Tamaña ingratitude? ¿Qué! ¿No recuerdas
Con qué entusiasmo en épocas mejores
Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?
¿Cuánto, oh lira, te amé! De noche y día
En tí solo pensaba; y por tañerte,

ODAS

Libros, amigos, todo abandonaba;
Y en más que los laureles de un guerrero,
Y en más que de un monarca la corona,
En mi ciego entusiasmo te preciaba.

Pero el Señor habló. "Deja (me dijo)
Tus fútiles cantares:

En el silencio y soledad exijo
Que á ser mi fiel ministro te prepares.
Bebe la ciencia en los sublimes Libros
Por mi Divino Espíritu dictados;
Tu mente en ellos ávida escudriñe
Los arcanos al hombre revelados.
Tu cítara abandona; fuerte cife
De sólido saber fúlgida espada:
Contra el hereje marcha, y al impío,
Y al orgulloso incrédulo anonada.
No de profanos vates
Como hasta aquí lo hiciste, los poemas
Con tal veneracion iluso acates.
Tú, que no ya mi siervo, sino amigo
En llamar me complazco; tú que al cielo

ODAS

Mil almas conducir debes contigo,
Es fuerza que más alto alces el vuelo."

Dijo: y á sus mandatos obediente
Al punto te colgué. ¡Con cuánta pena,
Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente
Nublarse viste, y en amargo llanto
Mis mejillas bañarse, al despedirme
De tí, mi dulce bien, mi único encanto.

Por largos años á tus cuerdas de oro
No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,
Crisóstomo, Gerónimo, Agustino,
Fueron no más mi estudio y mi tesoro.
¡Cuántas veces con ímpetu violento,
Loco por escuchar tus melodías,
Al sáuce me arrojé, de cuyas ramas
Pendiente te mecíás;
Y al recordar de Dios el mandamiento,
De nuevo te dejé á merced del viento!

Si: yo te abandoné; que por entónces
Al dulce canto despegar los labios

ODAS

El cielo me vedaba; mas ahora
 Que ya de Roma los adustos sabios
 El premio á mis fatigas concedieron,
 Y mi cansada frente
 Del anhelado lauro al fin ciñeron,
 Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las vegas
 Del Anio te descuelgo, y al estudio
 Dando treguas, un cántico te pido,
 Tú desdeñosa un cántico me niegas!
 ¡Resuena, lira mía! No preludio
 Sobre tus cuerdas cantilena indigna
 De un ministro del cielo: no de amores
 Fútil canción modulo; ¿cuándo nunca
 A una beldad de barro ofrecí flores?
 ¡Ea, lira, resuena!
 Cantémos al Señor: su nombre santo
 Ayúdame á ensalzar; el aire llena
 De celestiales notas; que mi canto
 Desdeñando sublime el triste suelo
 De hoy más á Dios remontará su vuelo.

ODAS

A UN POETA

LEYENDO SUS VERSOS.

—
 ¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,
 Al ver que pulsas tu sonora lira,
 Y que te inspira melodiosos himnos
 Dócil Apolo.

¡Cuánto te envidio! Con sus dulces aguas
 Aún te brinda la Castalia fuente,
 Y orna tu frente, sin jamás secarse,
 Delfico lauro.

Pasan los años, y de tu alma fuerte
 Ni el fuego apagan, ni el vigor consumen;
 Siempre tu númen ardoroso y jóven
 México admira.

ODAS

El cielo me vedaba; mas ahora
 Que ya de Roma los adustos sabios
 El premio á mis fatigas concedieron,
 Y mi cansada frente
 Del anhelado lauro al fin ciñeron,
 Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las vegas
 Del Anio te descuelgo, y al estudio
 Dando treguas, un cántico te pido,
 Tú desdeñosa un cántico me niegas!
 ¡Resuena, lira mía! No preludio
 Sobre tus cuerdas cantilena indigna
 De un ministro del cielo: no de amores
 Fútil canción modulo; ¿cuándo nunca
 A una beldad de barro ofrecí flores?
 ¡Ea, lira, resuena!
 Cantémos al Señor: su nombre santo
 Ayúdame á ensalzar; el aire llena
 De celestiales notas; que mi canto
 Desdeñando sublime el triste suelo
 De hoy más á Dios remontará su vuelo.

ODAS

A UN POETA

LEYENDO SUS VERSOS.

—
 ¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,
 Al ver que pulsas tu sonora lira,
 Y que te inspira melodiosos himnos
 Dócil Apolo.

¡Cuánto te envidio! Con sus dulces aguas
 Aún te brinda la Castalia fuente,
 Y orna tu frente, sin jamás secarse,
 Delfico lauro.

Pasan los años, y de tu alma fuerte
 Ni el fuego apagan, ni el vigor consumen;
 Siempre tu númen ardoroso y jóven
 México admira.

ODAS

Tu plectro anima las marchitas flores
Y del desierto la abrasada arena;
De vida llena los enjutos ríos
Y áridas rocas.

Ya nos trasportas á la edad felice
Que immaculada contempló á *Susana*;
Ya la *Campana* del Germano vate
Tañe tu diestra.

Ora los ayes de *Nahum* doliente
Bien acordado tu laúd renueva;
Ora nos lleva do llegara solo
Dante divino.

Al *Parciso* que el Inglés cantara
Tu musa apenas á volar aprende,
Cuando descende modulando fácil
Rústicos himnos.

ODAS

Y si de amores á cantar se abaja,
Y del Azteca baila en el tugurio,
Solo es augurio de mayores ecos
Altisonantes;

Y ó bien los *Salmos* de David entonas,
O la zampona soplas de *Virgilio*,
Y suave idilio, con cadencia nueva
Blando repites.

Todo lo abarca tu cantar sonoro:
Riendo y llorando, ya procaz, ya serio,
Arpa y salterio tañes igualmente
Y épica trompa.

Hasta las selvas que me dan abrigo,
Entre el follaje débil susurrando,
Zéfiro blando de tu voz suave
Trajo los ecos.

ODAS

Al escucharlos, inflamó mi pecho
El almo fuego de mejores días,
Y melodías entonar alegres
Quise de nuevo.

Mas ¡ay! con burla papagayos verdes
Y mil cotorras en-redor posadas,
Con carcajadas sin piedad acogen
Mi hórrido canto.

Para no oírlo, con rumor se mueven
Los altos cedros; y cerrando esquiva
La sensitiva sus cansadas hojas,
Triste se cubre.

¡Ay! ¿Quién creyera que al pastor Ipadro
Tal desengaño preparaba el cielo?
Ya sin consuelo corro á mi cabaña,
Rompo mi lira;

ODAS

Y tu zampona, cual postrer refugio,
Aquel antiguo músico instrumento
Que en el momento de partir me diste
Llevo á mi labio;

Y de tus coplas recorriendo el libro,
Días y noches con tenaz estudio,
Solo prelude las que tú modulas
Cántigas bellas.

ODAS

ESTANCIAS

RECITADAS

DELANTE DE NUESTRO SANTISIMO PADRE
EL PAPA PIO IX

*En una visita de Su Santidad
á la Quinta
del Colegio Latino-Americano de Roma.*

Vuelve ¡oh lira! á mi trémula mano:
Armoniosas tus cuerdas resuenen,
Y los vientos mil cánticos llenen
Del Vicario de Cristo en loor.
Hoy risueño lo miro á mi lado;
Hoy felice mi techo lo abriga:
¡Entusiasta mi lengua bendiga
Por tamaña ventura al Señor!

ODAS

¡Compatriotas, venid! Frente á frente
Contemplad ese augusto semblante;
Escuchad la voz tierna y amante
Que á la Eterna Ciudad nos llamó.
Himnos mil al Pontífice excelso
Entonad á sus plantas postrados:
¿Quién jamás en sus sueños dorados
Alcanzar tanta dicha creyó?

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento
Su pupila á empañar viene el llanto?
¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,
A quien osa á tu Ungido angustiar.
¡Si el amor que en el seno abrigamos
Mitigar sus dolores pudiera! . . .
Presto el cielo esas lágrimas quiera
Apiadado por fin enjugar.

ODAS

A UN SACERDOTE

EN SU PRIMERA MISA.

*Introibo ad altare Dei: ad Deum
qui laetificat juventutem meam.*

Sube, sube al altar; por vez primera
Dá al Cordero de Dios mística muerte,
Y esa Sangre que al mundo regenera
Arrodillado sobre el ara vierte.
Sube, sube á mi lado
Al altar del Señor: ¿por qué tu planta
Del santuario en el dintel vacila,
Y en vez de la que en hora tan solemne
Anima á todos, alegría santa,
Negra tristeza ofusca tu pupila?
¡Ea, valor! Tu espíritu abatido
De sobrehumana fuerza se revista,
Y desprecie las viles asechanzas
Del enemigo audaz que te contrista.

ODAS

Espera en el Señor: El fortaleza,
El es nuestra salud; El al recinto
De su almo tabernáculo sagrado
Cual á Aron te ha llamado,
Y de su santo monte á la alta cumbre,
Te ayudará á ascender; El en tu pecho
Encenderá de su virtud la lumbre.
El tu ánima inocente,
Juzgó benigno; y segregó tu causa
De la dolosa gente.
Sube al altar; y al Dios que en las alturas
Gloria inmortal espléndida corona,
Himnos de amor, postrado en su presencia,
Con los coros angélicos entona.
De la sagrada cítara al concento
Confiesa del Señor la omnipotencia,
Y de confianza el corazón henchido,
Eleva la alba frente
Al que de santo regocijo colma
Tu juventud ardiente:
Al que de gracias refrescante lluvia
Benéfico derrama,

ODAS

Sobre el mancebo noble y generoso
 Que desde la niñez ferviente le ama:
 Que en los floridos años,
 Su dulce libertad le sacrifica,
 Y el vivo fuego que en sus venas arde
 Para su honor y gloria santifica.

¡Feliz mil veces el varon constante
 A quien halló el Señor immaculado;
 A quien jamás sedujo
 Del oro vil el brillo fulgurante;
 Que pudo delinquir, y nunca albergue
 En su alma dió al pecado!
 ¿Dónde tal maravilla
 Será dado encontrar? ¡Señor! Tú solo
 El noble pecho señalarnos puedes
 En que heroísmo tan sublime brilla.
 Solo de tu luz fulgida al destello
 Mirar podemos la ánima dichosa
 En que imprimió tu diestra poderosa
 De predestinacion el sacro sello.
 Tan solo tú, Señor, de tu infinita

ODAS

Bondad tantos raudales
 Verter pudiste sobre el fiel levita
 Que hoy de tu templo pasa los umbrales.
 ¿Quién dudarlo osará? Tú lo elegiste
 Para ser tu ministro, y á inmolarte
 La hostia de salvacion, su ánima pura
 Desde sus tiernos años dispusiste.
 El temor de tu Nombre sacrosanto,
 Principio del saber, y el dón precioso
 De sólida piedad, tú le infundiste.
 Pontífice piadoso,
 Luz de la Iglesia, de la patria gloria,
 Le diste por mentor; y de su manto
 En edad y en virtud creció al abrigo.
 Y cuando sobre México infelice
 Horas menguadas de mortal quebranto
 En tu justicia descargar te plugo,
 Del que empañar tentara su inocencia,
 De corrupcion y vicio hórrido yugo,
 Lo libertó tu altísima clemencia.
 Tu salvadora mano
 Lo sacó de la inmundia Babilonia,

ODAS

Y allá de Albion en el remoto clima
 Del ferviente católico britano
 Encomendólo á la eficaz tutela.
 ¡Cuán misteriosos son, Señor, tus juicios!
 Aquella del error, infanda escuela,
 Mansion del crimen, cenagal de vicios,
 En celestial morada.
 Tornaste para esta alma inmaculada.

Allí por vez primera
 Entre el humo del místico incensario
 Al tierno jóven que ferviente oraba
 Llamaste al interior del santuario.
 Allí la fortaleza; allí la viva
 Fe que lo anima y la humildad profunda,
 La caridad activa,
 Y la esperanza que su seno inunda,
 Te dignaste infundir, y la prudencia,
 La templanza y la indómita paciencia.

Lo que en tu siervo obraste
 Plázcate confirmar: ya lo has probado

ODAS

Cual oro en el crisol: su sed ardiente
 De la Santa Ciudad ha ya apagado
 En la límpida fuente.
 Ya la sublime potestad le diste
 De atar y desatar, y solo aguardas
 De su inspirado labio el sacro acento
 Para dejar tu celestial asiento.
 Ven ¡oh Señor! ¿Qué tardas
 En descender á sus ungidas manos?
 Ya las santas palabras creadoras
 A pronunciar se apresta el sacerdote
 Sobre el celeste Pan. ¡Callad, profanos!
 Ante el excelso Dios de las batallas
 Fieles doblad la trémula rodilla;
 La frente peccadora
 Alzar no oséis: que sobre el ara yace
 Inmolado el Cordero sin mancha.
 Su sangre salvadora
 Que cancela los crímenes del mundo
 Ya vertió el nuevo Aron. Gracias ardientes
 Haced á Jehová reconocidos:
 ¡Grande es su santo nombre entre las gentes!

ODAS

Alabad al Señor, que la bajeza
De su siervo miró con tiernos ojos:
Del humilde en quien luce su grandeza
(Ante las plantas os postrad de hinojos;
Y bienaventurado
Proclamad al levita immaculado.
Ante el que Dios sublima y enaltece
El mundo todo la cerviz abaje,
Y humilde le rinda el que merece
De respeto y amor puro homenaje,

ODAS

AL MISMO ASUNTO

—
No en los umbrales del ornado templo
Detener quieras la insegura planta;
Que ya levanta clamoroso grito
Avida turba.

Turba que admira tu virtud sublime,
Que al pié del ara con afán te aguarda!
¡Ah! ¿Por qué tarda el suspirado instante?
Entra, no temas,

Arde el incienso, brillan las antorchas;
Hierve en el cáliz el sagrado vino,
Y el Pan divino tu palabra santa
Dócil espera.

ODAS

Entra, no temas; al fragor del rayo
Ya no desciende el Creador del cielo:
Místico velo su fulgor terrible
Cándido cubre.

El, que de lo alto mira tu pureza,
El, que sus dones sobre tí derrama,
Dulce te llama, y á tu unguida mano
Baja gozoso.

Ven á mis brazos, amoroso dice,
Anima casta de mi fiel levita,
De mí infinita deleitosa gracia
Quiero colmarte.

Hasta mi trono de sublime gloria
De tu inocencia me llegó el perfume;
Y me consume de tu amor el sacro
Místico fuego.

ODAS

¡Cuánto eres bella, mi adorada esposa!
Es de granada tu sin par mejilla:
De tortolilla son tus radfantes
Fúlgidos ojos.

Tu cuello iguala de David la torre
Y tu cabeza al Líbano semeja:
Cada madeja de tus trenzas áureas
Ostro parece.

Eres augusta cual Salem la régia,
Y cual la aurora dulce y apacible:
Eres terrible cual en guerra cruda
Bélica hueste.

Ven á mis castas virginales bodas:
Tu esbelto talle abrazará mi diestra,
Y mi siniestra sostendrá tu pura
Lánguida frente.

ODAS

Abreme, esposa, tu cercado huerto:
Ven y gustemos celestial banquete;
De mi retrete al interior recinto
Sígueme tierna.

Anima casta del feliz levita
Que Cristo llama con prolijo empeño,
Ven de tu dueño á las celestes nupcias;
Rápida vuela.

Jesus en cambio del virgíneo lirio
Que inmaculado con arlor mantienes,
Sobre tus sienes impondrá de estrellas
Aurea corona.

ODAS

AL MISMO

Es hora de partir: abando nemos
De la Eterna Ciudad los santos muros,
¡Apóstol de Jesus! La victoriosa
Enseña de la Cruz, en los extremos
Del Mundo Nuevo enarbolar gloriosa
Es nuestra alta mision. Ante el Vicario
Del Hombre-Dios postrémonos de hinojos,
Y por la vez postrera nuestros ojos
Con lágrimas ardientes
Rieguen el Vaticano Santuario.
De Pedro y Pablo á las sagradas tumbas
Dé nuestro labio el postrimero vale,
Y dentro las antiguas Catacumbas
La postrera oracion férvido exhale.
¡Cuán triste es arrancarse de tus brazos,
Oh Roma idolatrada!

ODAS

Tan solo del deber la voz sagrada
 Puede romper tan deliciosos lazos.
 Mas del Señor la voluntad divina
 A trabajar en los paternos lares.
 Próvida nos destina.
 Armate de valor, mi dulce amigo,
 Y apréstate conmigo
 A atravesar los anchurosos mares.

A tí me unió la suerte
 Desde la tierna infancia: ¿no recuerdas
 Cuál ofrecimos juntos á María,
 Nuestra delicia y únicos amores,
 Las más preciosas flores
 Que el suelo ingrato de Albión rendía?
 Bajo la misma bóveda mil veces
 Sonaron nuestras preces;
 Y al pie del mismo altar, en su clemencia
 El que eleva al humilde desde el cieno
 Nos brindó con su cáliz y su herencia.
 Hasta la margen del sagrado Tíber
 Me seguiste después; y hora mi mano

ODAS

Al ara del Señor te ha conducido;
 Inseparable hermano,
 Sigue también mis presurosas huellas
 A nuestro patrio suelo mexicano.
 ¿No escuchas, dime, el amoroso acento
 Que tu nombre y el mío pronunciando
 Trae en sus alas rápidas el viento?
 De México es la voz: regenerada
 A nueva vida, se alza majestosa,
 De América la reina, aunque infelice.
 Espléndida armadura de adamante
 La cubre rutilante.
 Sobre su regio manto recamada
 Se ve la Cruz gloriosa;
 Cruz de diamantes de su cuello pende,
 Y su diestra tremola el estandarte
 De la divina Cruz, que nunca pudo
 La Impiedad arrancar: sobre su escudo
 Grabado el sacro Símbolo aparece;
 Y encima de la fúlgida diadema
 El venerado Emblema
 Entre el oro y las perlas resplandece.

ODAS

La vista gira en derredor; y entonces
 Lágrima amarga su pupila empaña
 Que apresurada enjuga
 Trocando el lloro en furibunda saña.
 El horroroso estrago
 Irritada contempla, que en su torno
 La discordia causó de años sin cuento:
 Aun hierve el hondo lago
 Que formara la sangre derramada
 De sus mejores hijos; lleva el viento
 De sus quemados templos las cenizas:
 Son ruinas sus alcázares; talados
 Están sus campos fértiles, y hollados
 Yacen sus estandartes hechos trizas.

A espectáculo tal, la voz levanta,
 Y el suelo hiriendo con airada planta,
 "Hijos, exclama, la empezada empresa
 A término llevad: sobre mis hombros
 Tenaz aún el infortunio pesa;
 Los que me cercan, áridos escombros
 Haga desaparecer vuestro heroísmo,

ODAS

Y la infernal Discordia
 Muda arrojad á su nativo abismo.
 Al maternal regazo
 Venid de vuestra patria cariñosa,
 Y uníos todos en fraterno abrazo.
 La trompa belicosa
 De hoy más tan solo á combatir os llame
 Contra el audaz que á cautivar me aspira;
 Desnudad el acero solamente
 Para abatir de la Impiedad la frente;
 Y libres de ambición é innober encono
 Del Rey de reyes defended el trono."

Dice: y el rico manto recogiendo
 Con grave paso hácia la mar avanza
 Los negros ojos por doquier volviendo:
 Viva mirada al Vaticano lanza
 Y su fulgor brillante
 Nuestra pupila hierve deslumbrante.

¿Quién al mágico hechizo
 De tal mirada resistir pudiera?

ODAS

A México volémos

Llevando de la Paz la sacra oliva:
De Dios ministros, todo en El podemos.

De nuestro labio México reciba
La divina palabra, inmaculada
Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada
Nuestra diestra impertérrita tremole:
La Fe de Cristo nuestra voz-encienda;
Y á ejemplo nuestro, la naciente prole
Dios y su Iglesia á venerar aprenda.

ODAS

A UN ROMANO EN 1859

¿Cómo quieres que pulse risueño
La pacífica lira de Apolo,
Cuando en torno se escucha tan solo
De la guerra el funesto fragor?
Antes bien á sonar me invitaras
La trompeta feroz de Mavorte,
Que á la heroica Romana cohorte
Llame al campo á vengar su baldon.

¿De la cima del Alpe no miras
Correr ya derretida la nieve?
Es del Franco el ejército aleve
Que hasta Roma pretende venir:

ODAS

A México volémos

Llevando de la Paz la sacra oliva:
De Dios ministros, todo en El podemos.

De nuestro labio México reciba
La divina palabra, inmaculada
Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada
Nuestra diestra impertérrita tremole:
La Fe de Cristo nuestra voz-encienda;
Y á ejemplo nuestro, la naciente prole
Dios y su Iglesia á venerar aprenda.

ODAS

A UN ROMANO EN 1859

¿Cómo quieres que pulse risueño
La pacífica lira de Apolo,
Cuando en torno se escucha tan solo
De la guerra el funesto fragor?
Antes bien á sonar me invitaras
La trompeta feroz de Mavorte,
Que á la heroica Romana cohorte
Llame al campo á vengar su baldon.

¿De la cima del Alpe no miras
Correr ya derretida la nieve?
Es del Franco el ejército aleve
Que hasta Roma pretende venir:

ODAS

A esta Roma, que ayer orgulloso
 Libertara con ínclita mano,
 Hierros hoy le prepara el tirano;
 Duro yugo á su tierna cerviz.

Las riberas del Arno y Ticino;
 De Romaña los prados y viñas;
 De Venecia las ricas campiñas,
 Secas, tristes, desnudas están.
 De extranjero feroz invitados
 Los que ayer cultivaran la tierra,
 Marchan hoy á sacrilega guerra
 Que á la Europa de horror llenará.

¿No los ves? A humillar á la madre
 Que los nutre en su tierno regazo,
 Hoy se aprestan con pérfido brazo
 Los que á Roma debieron el sér.
 ¿No los ves? A la silla de Pedro
 Ya dirigen ocultos cañones,
 Italianos y Francos pendones
 En el aire flotando á la vez.

ODAS

¿Y es el tiempo de sáficos himnos?
 ¿Y es el tiempo de vanos lamentos?
 ¡No, jamás! Llenen solo los vientos
 Roncos gritos de sacro furor.
 ¡Guerra! clame el Romano soldado;
 ¡Guerra, guerra! el togado repita:
 Deje el cáliz el santo levita,
 Y tremole guerrero pendon.

EL CAMPO DE BATALLA

(TRADUCCION DEL INGLES DE FELICIA HEMANS)

Miré sobre el campo do fué la batalla:
 De lucha cruenta reinaba el furor:
 Y en medio á la lluvia de ardiente metralla,
 Lanzaba el acero terrible fulgor.

Yo vi de las lanzas el bosque erizado:
 Cual campo se alzaban de espigas sin fin:
 A huir obligaban al lobo asustado
 Las bélicas notas del recio clarín.

Oí de las huestes el grito guerrero,
 Cual brama en las selvas furioso huracan:
 Y vi el estandarte flotar altanero
 De mil combatientes en medio al afán.

Al campo de muerte lancé otra mirada:
 Ni voces de guerra, ni trompas oí:
 En paz la tormenta, cubierta la espada,
 Espinos tan solo se miran allí.

Serenas las ondas del diáfano lago:
 La luna derrama tranquila su luz:
 La furia no anuncia del hórrido estrago,
 En medio á las zarzas, siquiera una cruz.

¿Dó está de las huestes el impetu fiero?
 ¿Dó están los destrozos del crudo cañón?
 ¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?
 ¿El fuego qué se hizo del noble bridon?

ODAS

El sitio no marca ni tumba ni losa
Do fue su victoria ó amargo sufrir:
Senala al viajero tan solo una fosa
Do bravos sin cuento quisieron morir.

¿Son estos ¡oh gloria! tus premios dorados?
¿Así de tus siervos se paga el sudor?
¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;
Renombre que pasa cual leve vapor?

ODAS

A LA BATALLA

DE

CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía
De sabandos ladrones, agitada
Por el feroz demonio
De la Impiedad, cayó desenfadada
De Pedro sobre el santo Patrimonio.
Del Pontífice augusto
Los escasos guerreros, sorprendidos
Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:
Nada el brazo robusto,
Nada sirvió el valor á los vencidos.
De la invasora hueste innumerable
Al impreviso asalto.

ODAS

Se abrieron los castillos mal seguros,
Y cayeron de villas y ciudades
Los mal guardados muros;
De las llaves la enseña veneranda
Rota y hollada se miró doquiera,
Y la sangrienta tricolor bandera
Victoriosa ondeó, sobre los campos
Que á la Iglesia legara Constantino.
El Piemontés sacrilego, orgulloso
Con tan fáciles triunfos, su camino
A la Eterna Ciudad siguió insolente.

“Sonó tu hora postrera
(Exclamó el insensato en su locura)
¡Oh ciudad de los Papas altanera!
Es tiempo ya que tu soberbia frente
Se abaje ante las huestes de Saboya:
Tiempo es que nuestro augusto soberano
Su nuevo regío solio
Fije sobre el antiguo Capitolio.
Propicia la Fortuna
Lo lleva ya al temido Vaticano,

ODAS

Dó el áureo cetro empuñará su mano
De Italia eterna, indivisible y una.
Temblad, temblad, de Roma imbeles hijos;
Tiembra tú, coronado Sacerdote:
Nada te librárá de nuestra saña
¡Oh de la Ausonia azote!
Un soplo derribó cual débil caña
Los tiranos de Módena y Etruria;
Arrebatamos Parma á su Princesa;
Oro y arte nos dieron tu Romaña.
De nuestras bravas tropas á la furia
El siciliano resistir no pudo;
De Nápoles rendimos los castillos,
Ni al calabrés indómito, sus rocas
Sirvióronle de escudo.
El Austria misma, el Austria formidable
Rindióse á las sabáudicas legiones,
Retrocedió al lucir de nuestro sable
Y al tronar nuestros bélicos cañones:
Nuestro valor proclaman y su afrenta,
Solferino y Milan, Como y Magenta. ®

ODAS

"Y tú podrás ¡oh Roma!
 En impetu atajar de nuestras armas?
 Tus rayos ya no fueren,
 Y tu arrogancia ejércitos no doma.
 A tu voz ya no tiemblan los monarcas,
 Ni acuden las naciones
 A vaciar sus tesoros en tus arcas,
 A embrazar tus fanáticos pendones.
 ¿Con plegarias acaso
 A nuestros incontables batallones
 Impedir piensas el sangriento paso?
 Depon ¡oh desechada! tu tiara,
 Y dentro las antiguas catacumbas
 Asilo á tu Pontífice prepara.
 La Francia poderosa,
 A quien en vano tu defensa fias,
 A abandonar tus torres se dispone;
 Y ¡ay de tu escasa gente
 Si á nuestras armas resistencia opone!
 ¡Ay del triste puñado de extranjeros
 Con cuyo endeble brazo
 Osas desafiar nuestros guerreros!

ODAS

Sus cuerpos lanzarémos al profundo
 Mediterráneo mar; y sabrá el mundo
 Que Italia, ni una tumba en su regazo
 Concede al mercenario, que hoy aleve
 Su libre suelo á mancillar se atreve."

Del Piamontés impío
 Conmueve al universo el grito infame;
 Y del sagrado rio
 Que el Vaticano muro ilustre lame,
 Acude á la ribera,
 De Pedro tremolando la bandera
 La juventud más noble y esforzada
 Que en el mundo católico respira.
 De Bélgica la flor; de la postrada
 Irlanda lo más fuerte y más lucido,
 Y lo mejor que la Polonia admira,
 A atajar el ejército aguerrido
 Del sacrilego sardo, á toda vela
 De religion al grito, á Roma vuelan;
 Y veloces lo siguen de Germania

ODAS

Mil jóvenes y mil, y mil franceses
Y de España también y Lusitania.

Los no probados bélicos arneses
A toda prisa visten. Nunca el trueno
Oyeron del cañon; jamás al cinto
Daga llevaron ú homicida espada:
Ni vieron nunca atravesar el seno
De guerrero feroz, punta acerada.
En el quieto recinto
De áureo palacio, ó claustro solitario,
Ya la pluma pacífica esgrimian,
Ya á mecer aprendían
Las cadenas del místico incensario;
Ni de la celda ó del hogar querido
Volarian jamás al campamento,
Si del Pastor Supremo el sacro acento
No los sacara del paterno nido.
En la nueva milicia
Si álguien ostenta fuerzas y pujanza,
Al cayado las debe, no á la lanza:
Y portento aparece de pericia.

ODAS

Y cual nadie aguerrido y belicoso
Quien derribó cazando ciervo ú oso.

¡Oh Piamontés, detente!
Aunque logres quizá fácil victoria
Sobre esta heroica, pero imbele gente,
De ella, y no de tu rey, será la gloria.
Un instante no más, un solo instante
Deja que el vencedor de Constantina
Al noble, y al labriego y estudiante
Amolde á la guerrera disciplina;
Y sin manchar tus bélicos blasones,
Podrás sobre la hueste improvisada
Lanzar una tras otra las legiones
De tu incontable armada.
Un momento no más; basta un momento
Al que humilló en Argel la Média-Luna
Para llevar con próspera fortuna
A luchar en el campo, uno con ciento.

¡Ah! Bien lo sabe el que robado trono
Llenando usurpador, la inficua trama

ODAS

Dirige contra el manso Pio Nono;
 Y: *Corred, acudid, grita cobarde:*
Con impetu asaltad, ó será tarde.
 Así el César Francés pérfido clama,
 Y obediente á su voz el sardo siervo
 Del Pontífice-Rey sobre las huestes
 Cohortes mil y mil lanza protervo.

¡Aguarda, Piamontés! No todavía
 Las coronas aprestes
 Para tus estandartes triunfantes,
 Ni de tus armas la victoria cantes.
 De los nobles Cruzados la hidalguía
 Suplirá á la pericia del contrario,
 Y á enteros escuadrones hará frente
 Un solo lidiador de ese valiente
 Ejército que llaman *mercenario*.

¡Ay! El cañon ya truena
 De Loreto en redor; junto á la casa
 Que consagró la Virgen Nazarena. . . .
 Y aún no se junta ni la guardia escasa

ODAS

Defensora de Dios y del Papado.
 ¡Son una multitud contra un puñado!

Pero ¿cómo no avanza
 La inmensa veterana muchedumbre,
 Y en rápida carrera,
 Cómo no se apodera
 De la mal guarnecida y baja cumbre?
 ¿Cómo puede una lanza
 Contener de mil lanzas el empuje?
 ¿Cómo el aislado acero
 De inexperto guerrero
 Se opone á ciento y sin romperse cruje?

¿Visteis allá en la etrusca Volaterra
 Al vendaval hiriendo las vetustas
 Murallas ciclopéas? Sus robustas
 Piedras enormes no une algun cimiento
 Ni betún entre sí; ni fundamento
 En la que las sostiene, árida tierra,
 Profundo las enclava; ®
 Pero fuertes é inmóviles resisten

ODAS

Al aquilon más rudo,
 Que en tantos siglos derribar no pudo
 Su mole sin igual. Mas cuando lava
 Larga lluvia invernal el frágil suelo
 En que se apoya, ¿qué poder, qué roca
 Podrá oponerse á la tormenta loca
 Y á los torrentes que despiden el cielo?
 Una tras otra entonces las gigantes
 Piedras se precipitan,
 Y majestosas al caer, más que ántes
 La admiracion excitan;
 Y exclama al contemplarlas el viajero:
*No es el triunfo, no, de la corriente
 Que en el lugar primero
 Donde reinábais os hirió insolente.
 Cesó la tempestad; el viento calla;
 Mas vosotras formais nueva muralla
 Que derribar no pueden tempestades
 Ni diluvió ya más: vuestra es la gloria;
 Es vuestra sobre el tiempo y las edades
 La desigual victoria.*

ODAS

No de otra suerte el aluvion se estrella
 Del piamontés ejército, ante el muro
 De la bizarra hueste pontificia.
 Ni lanzas ni cañones hacen mella
 En el cristiano zuavo, muy más duro
 Que piedra ciclopéa; ni pericia
 Adquirida en combates, ni una larga
 Militar disciplina, ni el idioma,
 La patria, ó profesion, ó estado liga
 Soldado con soldado; pero aliento
 La Fe de Cristo y el amor á Roma
 A todos presta; y la furiosa carga
 Les hace resistir de la enemiga
 Veterana legion. Tu fuerte acento
 Nuevo valor infunde
 Que al rechazado Piamontés confunde
 ¡Oh vencedor de Abd-el-Kader famoso!
 ¡Las árabes campañas
 Vieron jamás las fáciles hazañas,
 Con que terror, y confusion, y susto
 Siembra en los invasores batallones
 La intrepidez de Pimodan robusto? . . .

ODAS

A él, á él, aceros y cañones
 ¡Oh sardos dirigid! Vuestros bridones
 Cerquenlo sin tardanza,
 Si no queréis perder toda esperanza. . . .

¡Cayó! Lo cubre la enemiga nube
 Como á la mies en el lejano Oriente
 Langosta destructora; y su alma sube
 Llena de gloria al Dios omnipotente.
 ¡Cayó! y en su caída majestoso
 Más aún que en la lucha, tal respeto
 Infunde por doquier, que el fuego cesa
 De la invasora fuese piemontesa.
 ¡Cayó! y en derredor monte glorioso
 De mártires exánimes hacina
 La sabáuda segur; sangriento lago
 Al luchador terrífico circunda,
 Y de CASTELFIDARDO, anegó torrente
 Baja por la colina
 Que la llanura asolador inunda
 Con sangre del herido combatiente.

ODAS

¡Cuán pocos, ay, cuán pocos sobreviven
 Tras el largo combate! Ya ni aceros
 Les quedan que esgrimir á los guerreros
 Del Pontífice-Rey; hechos pedazos,
 Y la punta clavada en corazones
 Enemigos están; miéntras reciben
 Sus fuertes dueños con inermes brazos
 La carga de los frescos batallones
 Que lanza el Piemontés á cada instante.

Ya no es dado luchar. Cése el conflicto.
 ¡Lamorièere invicto!
 Apresta ya á los hierros inhumanos
 Las no domadas manos
 Que á Abd-el-Kader rompieron el alfanje;
 Pero eleva tu frente,
 Que el piemontés torrente
 Sumerge, mas no humilla á tu falangé.
 ¡Del Nonó Pio heroicos defensores!
 Vuestro insigne desastre os da más gloria[®]
 Que al Sardo su sacrilega victoria.
 No los falsos honores

ODAS

Con que el mundo á sus siervos envanece
 El Dios de las batallas os ofrece.
 La palma de los mártires sublime
 Os traen sus alados mensajeros
 En vez de los aceros
 Que vuestra yerta mano ya no esgrime.
 Aureola esplendente,
 En el celeste alcázar os espera,
 Y en la tierra os aguarda indeficiente,
 Fama imperecedera.
 Os admira la Iglesia; y la remota
 Posteridad exclamará asombrada,
 Vuestra historia al saber: "¡Bella derrota;
 Veinte triunfos vale esta jornada!
 A los reyes de Europa, coligados
 De Dios contra el Ungido, á innumerables
 Legiones de impertérritos soldados,
 De un puñado de jóvenes los sables
 Supieron contener: el sacro trono
 Conservaron muriendo á PIO NONO."

PASAJES

DEL CANTAR DE LOS CANTARES

Traducidos ó imitados
 en la Oda segunda á un sacerdote en su primera misa,
 página 283.

*Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea
 dedit odorem suavitalis.*—I, 16.

Sicut fragmen mali punici ita gena tue.—
 IV, 3.

*Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra
 es! oculi tui columbarum.*—IV, 1.

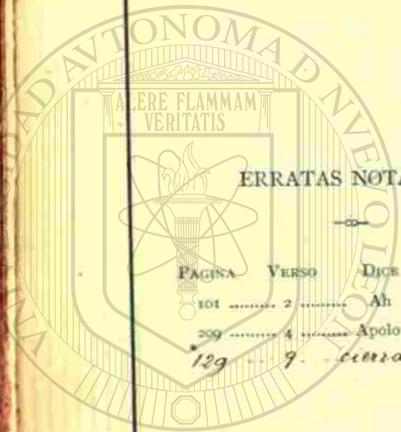
Sicut turris David collum tuum.—IV, 4.

*Caput tuum ut Carmelus, et coma capitis tui
 sicut purpura Regis.*—VII, 5.

Quasi aurora consurgens.—VI, 9.

Terribilis ut castrorum acies ordinata.—
 VI, 3.

Aperi mihi, soror mea, amica mea.—V, 2.
*Veniat dilectus meus in hortum suum. Veni in
 hortum meum, soror mea, sponsa.*—V, 1.



ERRATAS NOTABLES

PÁGINA	VERSO	DICE	LEASE
101	2	Ah	Oh
299	4	Apolo	Apolo!
129	9	<i>cierra</i>	<i>cierras</i>

INDICE



PREFACIO	PAG. VII
----------------	-------------

LIBRO PRIMERO.—SONETOS.

FLORECIJLAS DEL BREVIARIO ROMANO.....	1
I Apártate veloz de mi camino.....	3
II Buscas en balde en la Romana Corte.....	4
III Atrastran á la tórtola inocente.....	5
IV Omnipotente Padre á quien adoro.....	6
V La que el fuego respeta, dulce vida.....	7
VI En la hurefana Quinta Nomentana.....	8
VII ¡Oh santo Sacerdote! ¡A dó camina.....	9
VIII De oro vestido y purpura estofa.....	10
IX Conquistar á la virgen es delirio.....	11
X Vanos serán tus filtros y pociones.....	12
XI ¡Quién eres tú que el lacerado seno.....	13
XII La hora sono. Del irritado cielo.....	14
EPIGRAMAS GRIEGOS.....	15
XIII ¿Dónde has dejado tu arco, buen Cupido?.....	17
XIV Duermes ¡oh niño! que al mortal despierto.....	18

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	PAG.
XV Plátano seco soy ¡oh caminante!.....	19
XVI Dejad, Mondas abejas, la colmena.....	20
XVII ¡La efigie ves de la infelice Dido.....	21
XVIII Tres bellos hijos regalé a Fileno.....	22
XIX ¡Pastores qué pazeis en la colina.....	23
XX ¡Ay! No te lances a la mar de Atlante....	24
XXI Las rejas de oro y la feliz clausura.....	25
ENVIANDO MI RETRATO.....	27
XXII Esa que ostento despejada frente.....	29
XXIII Dichoso tú que en el claustral retiro....	30
XXIV Diez años hace que por vez primera....	31
XXV De mi gesto bárbarico te asombra?....	32
XXVI No te asuste esa barba de rabino.....	33
XXVII ¡El rostro contemplar del vate quieres	34
TRADUCCIONES DE ANACREONTE.....	35
XXVIII ¡De dónde vienes, cándida paloma?..	37
XXIX Por servir a mi dueño me desvelo....	38
XXX ¡Qué quieres, vocinglera golondrina....	39
XXXI Hierro candente del corcel veloce....	40
XXXII Canas mis cejás; blanco mi cabello....	41
XXXIII ¡Diosa gentil, de ciervos cazadora....	42
XXXIV ¡Vegua de Tracia, honor de la pra- deral!.....	43
RECUERDOS Y MEDITACIONES EN MIRAMAR.....	45
XXXV Sepulcro de doradas ilusiones.....	47
XXXVI Aquí lo conocí. Con palpitante.....	48

INDICE

	PAG.
XXXVII ¡Ay! Yo lo vi despues. ¡Cuán dife- rente.....	49
XXXVIII Esta es la régia alcoba: ahí la mesa	50
XXXIX ¡Es sueño? ¡Aquí otra vez! Nada ha cambiado:.....	51
XL ¡Señor! Tus juicios reverente adoro.....	52
XLI ¡Desventurada raza mexicana!.....	53
XLII ¡Qué recuerdos excitan en mi mente....	54
XLIII De una felicidad siempre ilusoria.....	55
XLIV De conocida fruta la figura.....	56
XLV ¡Oh Príncipe! ¡Dó vas? ¡Qué espesa bru- ma.....	57
XLVI No es esta playa de abrasada arena....	58
XLVII "¡Aun es tiempo, Señor! El férreo muro	59
XLVIII Borró con el martirio el gran Cipriano	60
DEDICANDO LA VERSION DE DIVERSOS LIBROS..	61
XLIX Dulce de Dafnis el divino llanto.....	63
L ¡Cantor de Leila y de aves y de flores....	64
LI No solo una castisima Susana.....	65
LII ¡Mujer insigne, varonil matrona.....	66
LIII La historia de dos fuertes adalides.....	67
LIV Mira a dos pescadores ¡buen Dario!.....	68
LV ¡Qué sierra ó valle belico te esconde....	69
LVI De Carlos sigue las amadas huellas....	70
LVII ¡Triste Amadís! Fiel a tu bandera....	71
LVIII ¡Armanda bella, Filis elocuente.....	72
LIX No trueques la simbólica serpiente.....	73
LX Es tiempo ya que tu cansada frente.....	74

INDICE

	PAG.
SAGRADOS, HISTORICOS Y MITOLOGICOS.....	75
LXI Detente, por piedad, ¡buen hortelano!...	77
LXII Corazon de Jesus glorificado.....	78
LXIII Hállé, por fin, de mi eternal reposo....	79
LXIV De su delito Júdas se arrepiente.....	80
LXV Jóven esbelto, con atadas manos.....	81
LXVI ¡Silencia, maliciosos! La divina.....	82
LXVII ¡Llor al cielo que al infiel humilla....	83
LXVIII Deja que bese tus divinas plantas....	84
LXIX Mustia la faz y roja la cabeza.....	85
LXX Ved cual los muros de la augusta Roma.	86
LXXI ¡Sirena deleitosa de los mares!.....	87
LXXII Recibe ufano el elocuente Griego....	88
LXXIII De tanta prole Niobe orgullosa.....	89
VARIOS.....	91
LXXIV Ni pido gloria ni riquezas quiero....	93
LXXV Cava, infelice, tus avaras minas.....	94
LXXVI ¡Cómo sufrió mi corazon ausente!....	95
LXXVII Antes que en brazos del destino im- plo.....	96
LXXVIII No me fué dado ni cerrar sus ojos....	97
LXXIX De frescas flores su funérea losa....	98
LXXX No solo yo su pérdida deploro.....	99
LXXXI Dos eran mis amores en el mundo....	100
LXXXII Símbolo fiel de la fortuna mía.....	101
LXXXIII Me derrocó el Señor en su justicia.	102
LXXXIV Abrasador el sol, léjos la orilla....	103

INDICE

	PAG.
LXXXV ¡Señor! Tan solo en tu socorro fio...	104
LXXXVI Donceles mil de plácidas maneras.	105
LXXXVII ¡Blanca paloma que de amor se- dienta.....	106
LXXXVIII No oréis por ella ¡oh ninfas! ¡Qué aprovecha.....	107
LXXXIX ¡Aun es hermosa! ¡Cual de mármol Páriso.....	108
XC Sigue blandiendo tu brillante acero.....	109
XCI Hijo á la par de Apolo y de Mavorte....	110
XCII No es recogida en la floresta ¡dalia....	111
XCIII ¡Mariposa gentil, de raudas alas.....	112
XCIV Ese rojo corcel bello y ligero.....	113
XCV ¡Estrella de la tarde, astro de amores...!	114
XCVI ¡Oh mar! que cuando airado te levantas	115
XCVII Llega rugiendo el huracán de Oriente	116
XCVIII ¡Qué mano tus hondísimos cimientos	117
XCIX De la indómita raza de gigantes.....	118
C ¡Angel divino! á cuya dulce guarda.....	119

LIBRO SEGUNDO.—EPISTOLA.

EPISTOLA MORAL.....	123
PASAJES DE SAN GERONIMO <i>citados en la ante- rior</i>	137

LIBRO TERCERO.—FIESCO.

FIESCO.— <i>Ensayo Heroico</i> .—I.....	143
II.....	151

INDICE

	PAG.
III.....	165
IV.....	174
V.....	201
LIBRO CUARTO—ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.	
En la Canonización de los Mártires Japoneses..	209
En la Consagración del Cardenal Ledochowski.	217
El Mar.....	223
Al Ródano.....	227
Imitación de Horacio.....	237
La Violeta del Tamesi.....	243
A Estacio.....	249
Santa Catarina de Sena.....	252
Himno del Colegio Americano de Roma.....	254
Himno del Colegio de Jacona.....	257
A un Prelado al partir para Sud América.....	262
A mi Lira.....	265
A un poeta leyendo sus versos.....	269
Estancias recitadas delante de Su Santidad.....	274
A un Sacerdote en su primera misa.....	276
Al mismo asunto.....	283
Al mismo.....	287
A un Romano en 1859.....	293
El campo de batalla.....	296
A la Batalla de Castelfidardo.....	296
Pasajes del Cantar de los Cantares.....	323

FIN DEL INDICE.



